Rosa Ribas

# TODOS DUERMEN

*colección andanzas*



TUSQUETS EDITORES

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Primera parte. Todos duermen, coraçón, todos duermen e vos non**

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17

18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36

## Segunda parte. A menudo pienso que solo han salido, que pronto volverán a casa

37
38
39
40
41
42
43

44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63

**Agradecimientos**

**Créditos**

# TODOS DUERMEN

ROSA RIBAS

TUSQUETS EDITORES

# Primera parte
# Todos duermen, coraçón, todos duermen e vos non

# 1

Pasos en la escalera. Elisa sube con la compra. La espero en la puerta sin traspasar la línea de seguridad. No le cojo la bolsa; es su tarea llevarla hasta la cocina, donde la pone sobre la mesa. Saca las piezas de fruta una a una. Las naranjas y las mandarinas van iluminando el espacio como bombillas de atracciones de feria. La luz lechosa de enero queda confinada al marco de la ventana.

Coloco las compras en su sitio; es mi tarea. Levanto una pirámide con las naranjas y las mandarinas. Después distribuyo las verduras no solo donde les corresponde, sino también en una posición precisa. El orden es importante.

—No has olvidado nada —le digo a mi hermana.

Elisa nunca olvida nada, pero sé que la complace que me dé cuenta.

—Ahora voy a prepararle la comida a la abuela. Por cierto, esta tarde pasará a verte —me anuncia.

Resoplo.

—Tienes que ser amable con ella, Ana.

—No sé por qué viene. ¿Qué quiere? Nunca se ha ocupado de nada —replico.

Mi hermana dobla la bolsa de la compra.

—Tampoco nos ha hecho falta, ¿verdad?

No.

Fue Elisa quien se hizo cargo de todo tras la muerte de nuestros padres.

Fue ella quien reconoció los cuerpos, organizó el entierro, resolvió el papeleo.

Ella afrontó el desorden que dejan las muertes inesperadas.

Retiró las zapatillas con las que papá había salido de la ducha aquella mañana; unas zapatillas de hotel que mamá había traído de alguno de sus viajes.

Cerró la partitura abierta por la última página que había estudiado mamá.

Metió los platos, las tazas, los cubiertos del último desayuno en el lavavajillas y, una vez limpios, los devolvió a su lugar.

Lavó las prendas que habían quedado en el cesto de la ropa sucia y que más tarde donó, con todas las demás, a una tienda benéfica de segunda mano, excepto los trajes de papá y los vestidos de concierto de mamá, que guardamos en el armario del desván. Su favorito, el turquesa, se lo pusimos para el entierro.

Vació los cajones, se deshizo de los cosméticos y medicamentos, se despidió uno a uno de sus objetos cotidianos para asegurarse de que nadie los utilizara. Hay ocasiones en las que el reciclaje es profanación.

La abuela lloraba y estorbaba. El duelo por la muerte de su único hijo, primero. La depresión y el alcohol, después.

—Nunca nos ha hecho falta.

# 2

Acompaño a Elisa a la puerta y cierro. Me fastidia que la abuela quiera subir esta tarde. Tendría que haberle dicho a mi hermana que voy retrasada con la traducción, pero siempre revisa mi trabajo y sabe que estoy cumpliendo con mis objetivos diarios.

Al pensar en la abuela me arde la cabeza. Voy al salón y pego la frente a una de las ventanas. Fuera ha empezado a llover. El cristal es como una mano fría que calma la fiebre. Muevo la cabeza para sentir el alivio. Lóbulo frontal, funciones cognitivas, empatía, lenguaje. Ahí guardo las palabras.

Otras me esperan en el diccionario que tengo sobre un atril barroco de pie que el abuelo compró en Florencia. Lo bajé hace un año del desván. Siempre acudo corriendo al diccionario cuando la cabeza se me enreda. El diccionario es un bálsamo. Me consuela cuando la incertidumbre me desconcierta. Me da palabras, sobre todo sustantivos. Adoro los sustantivos, las palabras que conceden existencia, que crean el mundo. Y me lo explican.

Según el diccionario lo que me pasó a mí fue una suerte de percance, porque fue una desgracia que me sobrevino, un «contratiempo, un daño, un perjuicio imprevisto». No me convence, aunque algo de razón sí tiene, ya que me cayó encima de improviso. Hubo augurios, pero no los entendí.

Lo de papá y mamá fue un accidente. Fue un «suceso eventual que altera el orden regular de las cosas». Cierto de principio a fin.

Nada altera más el orden regular de las cosas que una muerte inesperada.

Mamá se desnucó. ¿Por qué no la protegió su fuerte cuello de violinista, esos músculos acostumbrados a trabajar duro sosteniendo un instrumento? Treinta minutos para el *opus 64* de Mendelssohn; treinta y tres para el concierto de Chaikovski; treinta y cinco para el *opus 99* de Shostakóvich; cuarenta para el *opus 77* de Brahms; cuarenta y cinco para Beethoven, el *opus 61*.

En el interior del coche, su adorado Mercedes rojo de los setenta, regalo de bodas de papá, la cabeza le colgaba pesada sobre el pecho, las cuerdas rotas por dentro.

Papá se ahogó a su lado.

# 3

Elisa comparte la planta baja con la abuela.

La gran casa azul de dos plantas, edificada poco antes de la guerra, la compró nuestro abuelo paterno al casarse. La dejó en herencia a su hijo con la condición de que la abuela se quedara a vivir con ellos. A papá, más sentimental, le encantó la idea de retornar a la casa familiar. A mamá, más pragmática, le gustaba que hubiera espacios separados para todos. Nosotras la heredamos tras el accidente y nos la repartimos después de lo que me pasó. Para Elisa, la planta baja; para mí, la primera. Elisa, el jardín; yo, el desván. Elisa tiene una puerta a la calle; yo, las ventanas altas, desde las que me cercioro regularmente de que el mar sigue lejos.

El desván es un añadido a la casa original, al que se accede por una escalera de madera y una trampilla al final del pasillo que divide en dos, como una crencha oscura, el piso superior de la casa.

Allí se conservan buena parte de las compras caprichosas de los abuelos cuando hicieron su viaje de novios por Europa. Por la Europa «civilizada», con Viena como destino límite al este; Nápoles, al sur; Berlín, al norte, y París al oeste. Por lo visto, el abuelo, al que nosotras no llegamos a conocer, consideraba los países eslavos y escandinavos poco menos que salvajes amaestrados. Grecia no le interesaba porque tenían otro alfabeto y, además, «había caído en la irrelevancia». Dado que la abuela detesta las islas, tampoco fueron a Londres. Al volver del viaje se dieron cuenta de que no había espacio en la casa para los objetos que habían hecho enviar en su

frenesí comprador. En cada ciudad en la que recalaron adquirieron muebles, estatuillas, jarrones, vajillas, lámparas, cuadros, telas, objetos de tocador, espejos, cornucopias... Los embalajes apilados ocupaban las habitaciones, de ahí que el abuelo hiciera levantar un desván para albergarlos. Un minucioso inventario consignado en una libreta gruesa de tapas de lino recoge la fecha y el lugar en que se compró cada una de las piezas, una descripción detallada y su valor. Esa libreta la custodio yo. Creo que me habría llevado bien con ese abuelo desconocido, que a él le hubiera agradado que mantenga el desván en un orden estricto. Sé dónde se encuentra cada objeto, incluso los más pequeños, como los abrecartas, varios prismáticos de ópera o unas estatuillas romanas que, según el inventario, representan unos lares, a los que, dado su fracaso en esta casa, devolví al estuche en el que llegaron muchos años atrás desde Viterbo.

Cuando me canso de verlos, trueco los rollizos querubines de un jarrón renacentista italiano por lánguidos lirios de otro *art nouveau* francés; una mesita comprada en Viena, por otra adquirida en Berlín; un grabado barroco alemán, por una pieza japonista descubierta en Bruselas. Siempre uno a uno. Pero nunca abro el estrecho armario flamenco en que guardamos los vestidos de concierto de mamá. No por miedo a perder su olor. Los conciertos son un trabajo duro, un trabajo de sudar y, tras las actuaciones, los vestidos se llevaban a la tintorería. Elisa y yo los colgamos, ordenados por colores, en las fundas transparentes de plástico fino con que los entregaban en la tintorería. También, encarados a los vestidos, como dispuestos a bailar, los trajes con que papá asistía a los conciertos cuando ella tocaba en Barcelona. Puse un pañuelo de tela limpio y planchado en el bolsillo derecho de cada americana. Papá se emocionaba en los conciertos, por eso se sentaba siempre

en un asiento de la primera fila desde donde poder mirarla embelesado sin que ella notara que sacaba el pañuelo con las primeras notas del concierto de Alban Berg o las últimas del de Brahms. Después cerramos la puerta. La llavecita quedó en la cerradura. No hemos vuelto a abrirla.

# 4

—Vengo a saludar a nuestra pequeña reclusa —dice la abuela con un retintín que quiere ser gracioso cuando sube a verme por la tarde. Un vaho de alcohol envuelve sus palabras.

Con mamá, también se hacía la amable.

—Ya tenemos a nuestra artista de vuelta —la saludaba cuando regresaba de sus giras de conciertos.

Pero nunca dejaba pasar una ocasión para juzgarla, especialmente en lo que se refería a nosotras: la ropa, la alimentación, la educación, la elección de escuela...

Recriminaciones en forma de falsas preguntas.

—¿No le pones suavizante a las toallas?

—¿La nena no hace la cama antes de ir al cole?

—¿No te cuesta compaginar la casa con los conciertos y los viajes?

Aunque peor que sus preguntas enconadas eran las sugerencias.

—Yo le dejaría una media melenita.

—Le pondría un poco más de...

—Tal vez podrías bajar el ritmo de conciertos...

¡Qué hipócrita es el condicional!

Yo también lo soy. Debería alegrarme de su presencia. Tendría que hacerlo. No puedo, pero me esforzaré.

La abuela es la única persona, aparte de Elisa, que pasa a verme. El resto hace tiempo que desaparecieron. Los tronados interesamos solo al principio, después incomodamos. Como me ha sugerido Elisa,

le ofrezco un café y pasamos al salón. La abuela habla y habla; cada objeto a nuestro alrededor, la mesita baja, las tazas, las cucharillas, tiene una historia que se empeña en contarme o repetirme. Yo asiento con la cabeza, tal vez con demasiada regularidad, porque se da cuenta de que no le estoy prestando atención. Interrumpe de manera abrupta el relato y toma un sorbo de café. En cuanto la taza toca el platillo que, me ha dicho, compraron en Amberes, reaparece la abuela de verdad y, como a mamá, me ametralla a condicionales.

—Deberías bajar.

—Deberías salir.

—Deberías sobreponerte.

—Deberías esforzarte por superarlo.

De todas sus palabras apremiantes, esa es la que más odio. ¿Qué sabrá esta mujer de esfuerzo? De las secuelas que me han dejado tantos esfuerzos que no sirvieron para nada. ¿Qué sabrá ella? Pero me callo por no defraudar a Elisa.

—Deberías, por lo menos, intentarlo.

¿Por qué no me deja en paz? ¿Por qué sigue empeñada en que resolver lo mío solo es cuestión de voluntad? Respiro hondo.

—Sí, sí. Lo intentaré.

Normalmente, esa respuesta basta para hacerla callar, pero parece ser que se ha desgastado.

—Bien, bien. Lo harás. ¿Cuándo? —no se molesta en disimular la impaciencia—. Ya llevas demasiado tiempo encerrada en casa.

—Cuando pueda.

—Cuando pueda, cuando pueda —se levanta y remeda burlona mis palabras.

Y, mientras se dirige a la puerta, desplaza todos los objetos a su paso, fotografías enmarcadas, jarrones, figuritas..., hasta me tuerce un par de cuadros. Sabe que eso me perturba.

—A ver si espabilas, nena.

«Nena.» Carga de desprecio dos sílabas que antes eran mi apelativo cariñoso, cuando yo era su «nena» y ella mi «abu».

Cierra la puerta con brusquedad.

Con la oreja pegada a la puerta, sigo sus pasos por las escaleras. «Ojalá tropiece.» «Ojalá se caiga.» Pero llega entera abajo. Vuelvo a ponerlo todo en orden. Son movimientos pequeños, pero, al terminar, estoy agotada.

«Después de la partida de nuestra amiga, me siento como si hubiera superado una gran enfermedad», le escribió Schiller a Goethe tras la marcha de la pesada de Madame de Staël, que se había presentado en su casa en diciembre de 1803 y se le quedó allí a pan y cuchillo hasta marzo del año siguiente. Mamá lo citaba cuando por fin se marchaban las visitas cargantes.

Las visitas de la abuela necesitan un par de horas de convalecencia.

Si no fuera por las instrucciones de Elisa, le habría contestado mal a la abuela. Con condicionales.

«Podrías dejarme en paz.» «Deberías meterte en tus asuntos.» «Tal vez podrías dejar la ginebra.»

Tanto hablar, tanto dar órdenes, tanto condicional, pero, tras la muerte de nuestros padres, te quedaste sin verbos. Eras pura e inservible perplejidad.

Cuando regresamos a casa el día del entierro, la abuela se metió en la cocina, se ató un delantal blanco que colgaba detrás de la puerta y que no estaba muy limpio, porque papá lo había usado la noche antes de morir para freír croquetas, puso una olla grande con

agua en el fuego y echó dentro un paquete entero de arroz. Elisa y yo nos sentamos juntas a la mesa y ella se sentó a su vez frente a nosotras después de servirnos un engrudo en el que los granos de arroz habían perdido la forma.

—Esto es lo que queda de una vida. —Señaló las manchas en la pechera del delantal que aún llevaba puesto—. Un día estás cocinando para tu familia y al día siguiente solo unos lamparones dan testimonio de tu paso por la tierra.

Estas palabras me produjeron una desagradable turbación; ahora sé que era una honda vergüenza ajena. Me temblaban los labios buscando alguna palabra con que hacerla callar, y, en mi parálisis verbal, cargué la cuchara con un pegote de arroz. Cuando me disponía a lanzárselo a la boca, Elisa me contuvo poniendo una mano sobre mi muñeca. Me volví furiosa hacia ella y me encontré con otra persona. Era mi hermana mayor, con los mismos ojos castaños detrás de las gafas, el mismo cabello recogido en un moño para el entierro, la misma boca. Todo igual que por la mañana, pero era otra. No era un esbozo, como yo a mis diecisiete años; ella estaba completamente dibujada. A veces pienso que yo me he quedado a medio hacer.

Unos días después, Elisa acompañó a la abuela a los abogados para que pidiera mi tutela. Le dictó todo lo que tenía que decir, la tranquilizó para que no se dieran cuenta de su absoluta incompetencia. También la adoctrinó para la visita del asistente social, que se marchó convencido de que yo no podía estar en mejores manos. Poco después, me pasó eso. Y, otra vez, Elisa se valió de la abuela para que firmase los papeles que me permitieron

seguir los estudios en casa. Lo logró todo: informes de los psiquiatras, un centro académico en el que estudiar a distancia, tutorías. Yo se lo agradecí con notas excelentes.

—Estoy tan orgullosa de ti, Anita.

Y, aunque heredamos suficiente dinero, ambas trabajamos.

Por las tardes, Elisa da clases de piano en una academia del barrio.

—No vamos a ser señoritas ociosas —dice.

Lo de la traducción fue idea suya, porque es bueno para mí tener la mente ocupada en una actividad exigente. Es cierto, aunque a veces las palabras me dan vértigo. Pero eso ya me pasaba de pequeña.

—Traducir es algo que puedes hacer en casa.

—Y que podré seguir haciendo cuando salga —respondí.

La cara de mi hermana se transformó. Siguió sonriendo, como si una mano invisible le sostuviera las comisuras hacia arriba, pero la mirada estaba llena de dolor. Comprendí, aunque no entendí la razón, que le había sonado a menosprecio a todos sus desvelos y cuidados.

Desde entonces, nunca he vuelto a mencionar mi deseo de salir de nuevo a la calle algún día. Si ella alude a ello, muestro poco interés; entiendo que me está poniendo a prueba. Y la supero, como esos niños que no entienden las matemáticas, pero sí saben cómo aprobar exámenes de esa materia.

Mientras tanto, estoy bien. Estoy en casa, segura. Elisa me cuida y me protege.

Yo la cuido a ella a mi manera, procurando no causarle más preocupaciones. Por eso no le he contado lo que hago para evitar soñar en las vísperas del mal día. Se asustaría, seguramente con razón.

# 5

—¿Todo bien con la abuela?

Por el tono con que Elisa lo pregunta, entiendo que no le ha contado nada sobre nuestro desencuentro.

—Bien. Hemos tomado café.

—¿Se ha puesto muy pesada?

—No más que en otras ocasiones.

—Ten paciencia, no hay mala intención. En realidad, siempre tuvo debilidad por ti. Que si qué pelo tan bonito tiene la nena, con sus ricitos, que mirad qué rápido ha aprendido a hablar la nena, que menuda imaginación...

—Sí, sí —intento hacerla callar. Me incomoda.

—El armario es para la nena, para que sea su casa de muñecas —sigue Elisa, imitando a la abuela—. Aunque creo que eso lo hizo para fastidiar a mamá, que se lo había pedido para guardar partituras.

La abuela me regaló el armario bretón, otra de las compras del viaje de novios. Un mueble de roble algo achaparrado, con dos puertas decoradas con motivos vegetales tallados y unas cenefas en forma de flores en la parte superior.

Para no tener que subirlo a la primera planta, la abuela hizo que lo llevaran al saloncito de invitados, que se convirtió en el cuarto de los juegos.

—Así la nena recibe a sus amiguitas —dijo.

Elisa y mamá se reían de esas pretensiones. Yo era feliz con mi gigantesca casa de muñecas. Las acomodaba en las estanterías como si fueran gradas llenas de público atento, frente al que me sentaba a leerles cuentos en voz alta. Les leía, sobre todo, de un viejo libro que había encontrado por casa. En la portada, unas ilustraciones en tonos pastel de animales antropomórficos, niñas y niños de enormes ojos y mejillas coloradas y la palabra «cuentos» en grandes letras doradas ocultaban que tanto los niños como los cabritillos y los conejitos que compartían el dibujo iban a ser abandonados y perseguidos o devorados por toda suerte de depredadores.

Una de mis historias preferidas era la historia de Barba Azul. Cuando llegaba al pasaje en que la protagonista, al descubrir el horror de los cuerpos decapitados, dejaba caer la llave al suelo lleno de sangre, les explicaba a las muñecas cuál era la moraleja del relato:

—Si abres la puerta del gabinete para saber lo que hay dentro, no dejes caer la llave al suelo, boba, no la manches de sangre, ¿no ves que es mágica y no se puede limpiar?

Un día, después de que les leyera una vez más el cuento de Barba Azul, Elisa entró en el cuarto y me dijo:

—¿Sabes que esta es una historia real?

Yo tendría unos ocho años y las fronteras entre realidad y ficción no solo eran permeables sino irrelevantes.

—Existió un hombre que mató a todas sus esposas. —Elisa se sentó frente a mí, dándole la espalda a las muñecas. Por no interrumpirla, no le dije que todas ellas miraban hacia abajo para escucharla con atención—. Un hombre que vivió en el siglo VI, su nombre era Conomor, pero muchos lo llamaban Conomor «el Maldito». Era un conde bretón.

—¿Como el armario?

—Pues sí. Y era muy cruel. Fue el hombre de confianza de un rey francés que se llamaba Childeberto.

Me eché a reír al oír el nombre.

—Childeberto primero, que estaba casado con la reina Ultrogoda.

—¿Ultragorda?

Nuestras risas debían de oírse por toda la casa.

—Pues este Conomor había recibido una maldición que decía que su hijo lo mataría, por eso, cada vez que una de sus esposas quedaba embarazada, le cortaba la cabeza.

—¿Y volvía a casarse?

—Sí.

—¿Y ellas lo sabían?

—Sí, pero es que las obligaban. También a la última, que se llamaba..., prepárate: ¡Trifina!

Mientras las muñecas y yo nos retorcíamos de risa, Elisa continuó con la historia.

—Trifina era muy devota, con decirte que la hicieron santa. Un día descubrió el sótano donde Conomor tenía los cuerpos de las otras esposas.

—¿Cuántas eran?

—No sé, varias. Y rezó por sus almas. Por eso, ellas se le aparecieron y la avisaron, pero ya era demasiado tarde. Conomor se enteró de que estaba embarazada y la llevó a un bosque y le cortó el cuello. Pero justamente entonces pasó por allí san Gildas, que la salvó y también al bebé que llevaba.

—¡San Gildas! —grité riendo.

La abuela, atraída por las carcajadas, nos miraba desde el marco de la puerta.

—Mira que son tontas estas dos —dijo como para sí misma, pero lo suficientemente alto para que la oyéramos.

—Cuidó al niño, que se llamaba Tremeur, y también es un santo. —Elisa siguió con el relato—. Y ya te puedes imaginar lo que le pasó...

—¡Basta, Elisa!

La abuela irrumpió furiosa en la habitación, me agarró del brazo y tiró de mí como si arrancase un hierbajo del jardín. Mientras me empujaba para que saliera de la habitación, se encaró con mi hermana.

—Pero ¿cómo puedes contarle estas barbaridades?

—¿Qué pasa?

—Que va a tener pesadillas.

—Y cuando las historias de santos y martirios se las cuentas tú, ¿qué? —replicó Elisa.

—No es lo mismo.

—Ya me dirás por qué.

La abuela me soltó y corrí a agarrarme a la cintura de mi hermana.

—Lo que le pasó al pobre Tremeur ya me lo imagino, si no, no sería santo —dije.

—¿Ves? —Elisa levantó la cabeza triunfal—. Tú eres quien le llena la cabeza de historias sangrientas.

—¡Sois imposibles!

Se marchó para intentar convencer a su hijo de que tomara cartas en el asunto. Mamá estaba de viaje, en una gira de conciertos.

—Muy bien, peque —me felicitó Elisa.

—Las de la abuela tampoco me dan miedo.

Era cierto. No fui una niña miedosa. La abuela me relataba cruentas y morbosas historias de martirios de santos y me mostraba las ilustraciones de cuerpos sufriendo todo tipo de torturas y mutilaciones, a qué santos habían crucificado en aspa, boca abajo o en la posición «normal». Yo las encajaba con la misma naturalidad con que aceptaba que en el mundo de los cuentos los niños pudieran ser asados al horno, las princesas envenenadas con manzanas o los caballeros que salían en busca del tesoro acabaran convertidos en piedras.

La miedosa, aunque era la hermana mayor, siempre fue Elisa. A ella le asustaba la tenebrosidad de la casa por la noche, apartaba la vista de los rincones perpetuamente mal iluminados, veía sombras amenazadoras en la escalera, movimientos sospechosos en las cortinas y evitaba mirarse en el espejo ovalado del salón. Yo me movía por la casa a oscuras, sin encender luces, aprovechaba los rincones sombríos y la pesada densidad de las cortinas para esconderme, representaba escenas de *Blancanieves* frente al espejo. No, no fui una niña miedosa.

Ese día, después de escuchar la historia de Conomor y Trifina, me hizo feliz la casualidad de que el armario y el cuento tuvieran la misma procedencia, lo que significaba que había algo parecido al orden en el mundo. El orden es importante.

# 6

Faltan tres días para la víspera.

Sueño con mamá.

Estamos en la cocina. Mi cocina, la que hizo construir Elisa para mí. Mamá la recorre extrañada, abre cada uno de los armarios, escruta el contenido. Al abrir la nevera se vuelve hacia mí.

—¿Por qué hay una cocina en el primer piso?

Es la voz de la abuela.

Mamá me mira asustada y se lleva la mano a la boca, pero la voz de la abuela se cuela entre sus dedos.

—¿Qué hace esto aquí?

Los ojos y las manos de mamá me indican que no haga caso. Intenta hablar, pero su pecho se convulsiona en arcadas que le hacen sacar borbotones de agua. La cocina huele a yodo, a sal. Mamá mira el suelo mojado, mueve los labios, pero la voz desincronizada de la abuela se impone:

—¡La cocina debe estar abajo!

Voy a replicar, pero no me salen palabras de la boca, lo que se oye es el estridente sonido de una sirena.

Viene del exterior.

Antes de abrir los ojos, inspiro y espiro varias veces. ¿Entra aire? Sí, es aire. Lo tomo y me levanto de un salto de la cama para no volver a caer en el sueño. Es extraño que me haya sucedido esta noche. No suelo soñar este tipo de cosas si no es víspera. Ha sido por culpa de la abuela. Esa mujer no era mamá, era la abuela.

Descorro las cortinas y abro las ventanas. Entran voces y ruidos amortiguados. Vienen del lado de la calle, mi dormitorio da a los jardines. Palmeras en uno, buganvillas en otro, rosales, un espeso ficus, aspidistras, trepadoras que cubren las fachadas en pos del bosque de antenas que se alza contra el cielo. Siempre he admirado el optimismo de las plantas. Con el sol de la tarde, mi dormitorio se tiñe de un ligero color verdoso.

No me interesa lo que esté pasando fuera, pero, media hora más tarde, Elisa sube agitada. Me encuentra en la cocina, cubriendo con el sonido del molinillo de café el eco de la voz de la abuela que aún recuerdo del sueño. Por supuesto, no se lo voy a contar; se preocuparía.

—¡Han encontrado muerta a la señora Raventós!

Era la vecina que vivía a dos casas de la nuestra, con el jardín delantero lleno de hortensias, enormes pompones de color azul.

Recuerdo que, cuando yo tenía unos diez años, la vecina me explicó que sus hortensias eran de color «azul genciana». Me pareció de lo más absurdo usar el color de una flor para describir el de otra. Pero, como yo estaba empeñada en encontrarle sentido a las cosas, me dije que las gencianas podían darle nombre a un color porque nunca cambiaban. Dudo que haya algo más gratificante que descubrir algo de orden en el universo, causalidades ocultas que iluminan un rincón hasta ese momento oscuro: el sentido de una canción, el porqué de una irregularidad verbal o el mecanismo de una pieza musical. Yo había descubierto uno de esos sistemas ocultos a la vista de todos. La palabra «naranja» reforzó la impresión de haber ordenado una parcela del mundo. Hasta que me topé con las rosas, las malditas rosas, que no eran fieles ni a su nombre. Un descalabro para mi mente deseosa de lógica y estructura.

Decidí ir a verla para reprocharle que me hubiera mentido, ya que había averiguado que el color de sus hortensias no se parecía en absoluto al de las gencianas. Al llegar a su casa, vi que estaba hablando con un operario que iba a cubrir la verja con una espesa tela metálica.

—¿Por qué? —pregunté, olvidando mi propósito vengativo.

Me explicó que le habían saltado al patio varias veces para arrancarle las hojas de las hortensias.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

—Para fumárselas.

—¿Por qué?

—Porque se drogan.

—¿Con las hojas?

—Hija, ¿qué te acabo de decir?

—Su frase era ambigua.

—Y tú eres un poco impertinente.

Y ahora se había muerto detrás de la verja recubierta con una espesa tela metálica.

—¿Había hortensias?

—Hace años que se le murieron. No podía cuidarlas —dice mi hermana.

Me cuenta también que llevaba varios días muerta, que la ha encontrado la persona que una vez a la semana le hacía la compra porque la señora estaba impedida, llevaba ya un tiempo sin apenas poder salir de casa.

Me la imagino, nos imagino a ambas separadas solo por unas pocas casas, viviendo vidas paralelas sin saberlo. Asomadas a la misma hora a las ventanas que nos apartan y nos protegen del mundo exterior, pendientes de la llegada de la persona que nos trae la comida, mirando el mar lejano desde nuestros desvanes,

impedidas ambas. Me horroriza esta palabra. Impedida, soy una impedida.

Mi hermana observa la calle desde el salón.

—Parece que pasa algo. Me voy para allá. —Corre las cortinas—. Es mejor que no te asomes.

Pero en cuanto se marcha, aparto un poco la tela para espiar. Elisa se suma a un grupito de curiosos. La abuela la sigue. No miran hacia donde estoy, pero sí que lo hace una mujer que recuerdo del barrio. Me aparto de inmediato de la ventana. No me mires, bruja cotilla. Seguro que por el barrio hablan de nosotras. Al pasar por delante de nuestra casa, miran de soslayo por si la reclusa se asoma a la ventana. Se cuentan historias de mí, de mi hermana, la pobre, tan buena, tan entregada al cuidado de la hermana pequeña... ¿Cómo seremos nosotras dentro de muchos años? ¿Dos viejas locas? ¿Las dos viejas locas de la casa azul? Tal vez para los del barrio yo sea ya la loca de la casa azul, y mi hermana es la hermana de la loca de la casa azul y nuestros padres solo fueron los padres de la hermana de la loca de la casa azul y de la loca de la casa azul. Y un día nos moriremos aquí. Por edad, Elisa será la primera. Entonces yo me moriré de inanición. Encontrarán nuestros cuerpos acartonados un día que haya que hacer obras o se cuelen unos okupas... Nadie lo habrá notado hasta entonces. A mí nadie me echa de menos ahí fuera, y de mi hermana pensarán que tal vez se haya ido de viaje para respirar libre, lejos de su hermana, la impedida. Nadie lo pondrá en duda, ya que las facturas se irán pagando automáticamente, sin atraso alguno. Si muero de noche, tal vez a alguien le llame la atención que siempre haya luces encendidas en alguna habitación, pero como es y será la casa de una loca, lo olvidará en cuanto pierda de vista la ventana siempre iluminada...

La vuelta de mi hermana impide que me enajene por completo en esta espiral.

—Ya han sacado el cuerpo. ¡Eh! ¿Qué tienes? ¿Por qué pones esa cara?

—¿Y si un día te pasara algo?

—¿Qué me va a pasar?

—No sé... Un accidente por la calle...

—Eso no sucederá.

—¿Cómo lo sabes?

—No puede pasarme nada porque tengo que estar aquí para cuidarte.

Me abraza con fuerza.

Lo que acaba de decir es tan tierno y tan espantoso, que no me atrevo a confesarle que lo que no quiero es morirme aquí, que nos muramos aquí.

—Siempre te he querido, siempre te he cuidado, incluso antes de que ellos se fueran.

—Lo sé.

Siempre lo he sabido. Elisa, siempre atenta, siempre alerta. Elisa, mi hermana escudo, mi hermana paraguas, mi hermana dique, mi hermana barrera. Mi hermana salvavidas.

Estábamos en la playa de Palamós. Yo tenía unos cuatro o cinco años. Por las fotos del álbum, sé que llevaba puesto un bañador blanco con delfines dorados y una gorrita azul. No necesito las fotos, en cambio, para recordar que me habían comprado una palita, un cubo y unos moldes de plástico en una tienda del pueblo. Venían en una red y los pedí porque había una estrella de mar y un pez

sonriente. Con ellos metidos en el cubo, me fui a la orilla, donde la arena estaba húmeda, y me puse a trazar una cenefa de figuritas. Mis padres estaban sentados en unas sillas plegables, ensimismados, leyendo bajo la sombrilla, a veces levantaban la vista y se sonreían.

Me acuerdo de un grito muy agudo que llegó segundos después de que una ola se abalanzara sobre mí, me hiciera caer de bruces y me envolviera, llenándome los oídos, los ojos, la boca de agua. Se retiró bajando por mi espalda, por las piernas, y empezó a tirar de mis pies.

—¡La niña! ¡La niña!

Chillaba la voz de mi hermana.

Otra ola me cubrió por completo. Tragué el agua, respiré el agua que arrastraba mi cuerpo hasta que dos manos me agarraron con fuerza. Era Elisa. Me levantó.

—¿Dónde tenéis los ojos? —les gritó a nuestros padres.

Tosiendo, me abracé a ella con fuerza. Con los ojos llorosos vi cómo el agua se llevaba mis moldes de arena, el caballito verde, la estrella amarilla, el pececito azul. Tenía que haber otra figura, siempre hay una figura de color rojo, pero no la recuerdo. Sí, en cambio, la expresión compungida de mis padres y los brazos de mi hermana, que se negaban a soltarme.

Como ahora, en este abrazo que me consuela. «No va a pasarme nada. Y a ti tampoco. Estás en casa, conmigo, estás segura.»

¿De qué modo podré pagar esta deuda? ¿Cómo expresarle mi gratitud? Las expresiones positivas están hechas de un material más blando que las críticas y se desgastan con el uso, se devalúan.

Se lo muestro con mi obediencia. No discuto sus decisiones, no critico posibles errores. Y, sobre todo, procuro no preocuparla más.

Me separa con suavidad de su abrazo.

—¿Irás al entierro? —pregunto.

—Sí. Es una vecina.

—¿Te puedo pedir una cosa?

—Lo que tú quieras, Anita.

—Llévale un ramo de hortensias azules.

# 7

Elisa sube cargada con la compra. La espero sin traspasar la línea de seguridad.

—Aquí tienes. Todo lo que querías de la droguería para mañana. Cera para suelos, el abrillantador de muebles... La marca que te gusta. A ver, ¿qué más hay aquí?

La mano de Elisa revolotea hasta que extrae una bayeta de microfibra; amarilla, como debe ser. Las fregonas solo pueden ser grises o azules, y el papel de cocina, blanco, sin gatitos, perritos, pececitos o cualquier otro animalillo al que mancharle la cara de grasa antes de estrujarlo y tirarlo a la basura. Me repugna hacerlo.

—¿Quieres que me quede un rato más?

—No te preocupes. Tengo trabajo.

Pero la mirada se nos va al calendario de papel que cuelga al lado del frigorífico. Se lo regalaron a Elisa en la tienda al final de la calle. Yo no la conozco, porque la abrieron solo hace tres años. Los dueños son nepalíes y a veces escriben mal los nombres de los productos en cartelitos de colores fluorescentes, como los marcadores alineados marcialmente sobre mi escritorio. Elisa fotografía los carteles con el móvil y me los envía «para tu colección». *Alchochafas. Nalanjas. Lichugas*.

Señalo la foto en el calendario.

—*Mandrinas*.

Apartamos los ojos del trece, que hace tiempo que dejó de ser el número de la mala suerte supersticiosa y ha quedado degradado a

número anterior, el trece es el-día-antes.

—¿Qué toca mañana? —pregunta Elisa.

Los días catorce, mientras Elisa visita a nuestros padres en el cementerio de Montjuïc, se supone que yo me vuelco en una limpieza ritual de mi parte de la casa.

Cojo el bote de cera.

—Repasaré el despacho. El mes pasado enceré el estudio.

El despacho de papá y el estudio de mamá han quedado en el primer piso, mi parte de la casa, aunque los papeles importantes los custodia Elisa. Después del accidente, tuvimos que revolver en los cajones, buscar en sus ordenadores, en sus archivadores, en las carpetas... Duelo y papeleo a la vez, no quedaba más remedio. Allí encontramos copias de los testamentos y también los papeles que corroboraban que tenían un lugar reservado en el panteón familiar en Montjuïc. Como nosotras, como la abuela.

A la abuela se la quedó Elisa, porque su dormitorio ya estaba en la planta baja. Después de aquello, Elisa trasladó el suyo abajo, a la habitación que había sido el saloncito «de recibir», donde sigue aún el armario bretón. Como la cocina estaba en la planta baja, hizo construir otra para mí en el lugar que ocupaba uno de los baños. Vaciamos por completo el dormitorio de nuestros padres, que pasó a ser mi cuarto de trabajo.

Entramos en el despacho de papá, heredado del abuelo. Dos grandes ventanales son incapaces de iluminar tanta madera oscura, tantos lomos de libros encuadernados, los retratos de adustos abuelos muertos, el macizo escritorio de nogal, la pesada escribanía de bronce con dos tinteros de cristal que el abuelo había comprado en Austria. Solo la estilográfica favorita de papá, a la derecha, en perfecto paralelismo con el canto del vade de color verde botella, consigue lanzar un tímido destello metálico.

—No he tocado la habitación en un mes para que me dé suficiente trabajo.

Libros, diplomas, cuadros, estanterías con una colección de globos terráqueos, un escritorio cubierto por el polvo que se ha depositado durante un mes.

Elisa coge la pluma. El polvo acumulado ha dejado perfilada la silueta.

—Ya veo.

La pone en su lugar. Corrijo la posición; tiene que quedar exactamente en su sitio, tiene que encajar en el molde de polvo y estar paralela al vade. En eso, en que tienen que toquetearlo todo, mi hermana y la abuela se parecen.

En el despacho de papá cuelgan los cuatro retratos de los abuelos pintados por artistas cotizados de la época. Son unas parejas algo perturbadoras, ya que a las abuelas las habían retratado cuando eran unas jóvenes señoritas casaderas de la buena sociedad, mientras que los abuelos encargaron sus retratos cuando consideraron que, por patrimonio y éxito, ya los merecían, y a ambos se los presenta cincuentones y solemnes.

Mientras cierro la puerta, me parece ver que las cortinas se agitan, a pesar de que no hemos abierto las ventanas. Habrá sido el movimiento de aire que hemos provocado nosotras mismas.

Entramos en el estudio de mamá y abrimos las ventanas para ventilar. El aire húmedo y frío de febrero hace temblar las hojas del helecho y las dos palmeras. A mamá le gustaban esas plantas de interior propias de salones decimonónicos; tal vez compensaba así que papá hubiera heredado los muebles de su despacho mientras que ella los adquirió en subastas de antigüedades.

A falta de cuadros al óleo firmados por los pintores favoritos de la alta burguesía barcelonesa, mamá había colgado en su estudio

varios retratos que le habíamos hecho nosotras, enmarcados en ostentosos marcos antiguos que costaron pequeñas fortunas.

Le gustaba en especial uno de la familia que yo había dibujado con seis años. Padres e hijas somos unos sonrientes monigotes de colores, tomados de la mano delante de la casa, de un rotundo azul. Ellos dos en el centro, yo a la izquierda, de la mano de mamá; Elisa a la derecha, de la mano de papá.

—¡Nos has sacado clavaditos! —dijo mamá.

Aunque su melena rubia era de color rosa y el cabello de papá había pasado de castaño oscuro a naranja y tenía por pies unas rueditas abolladas con las que quise representar zapatos con cordones, para mí, en ese momento, fue el culmen de la complicación indumentaria.

Mamá lo llevó a una empresa de conservación de arte para que las ceras no perdieran ni color ni brillo con el tiempo. La abuela no ocultó su desagrado por el despilfarro, pero ella insistió en que era una obra de arte que lo merecía.

El espacio frente a la peculiar galería de retratos de mamá está despejado. Allí ensayaba; allí sigue el atril, desnudo, algo oxidado por la humedad de la ciudad. Al otro lado, cerca de la ventana, un estilizado escritorio de estilo escandinavo, como el mueble de cajones que alberga una inmensa colección de discos y cedés y un equipo de música. Enfrente, uno de mis rincones favoritos: el sofá de dos plazas donde ella y yo nos sentábamos a escuchar música.

El cajón de la derecha del escritorio de mamá quedó vacío después de que Elisa se llevara los papeles que contenía: seguros de sus violines, derechos de grabaciones, contratos de conciertos; también los que ya no tocaría. Algunos se anularon, en otros la sustituyeron. Hubo minutos de silencio y aplausos. Aplausos absurdos.

—¿A quién aplaudís? No os oyen. ¡Están muertos, no dormidos, imbéciles! —grité el día del entierro cuando hubo aplausos a la salida de los féretros.

Elisa me metió rauda en uno de los coches de la comitiva fúnebre, donde recuerdo que empecé a sacudirme las mangas de mi blusa negra como si apartase insectos. ¡Fuera! ¡Fuera, esos aplausos!

Tal vez esa reacción airada anunciaba lo que me sucedería pocas semanas después. Pero en ese momento yo acababa de cumplir diecisiete años y tenía todo el derecho de estar furiosa con el mundo. Me dejé caer sobre el regazo de mi hermana, cuando nuestro coche se puso en marcha para seguir a los dos vehículos de la funeraria. Elisa me acarició la nuca, como si intuyera que un dolor fantasma se me había alojado entre las vértebras. No podía dejar de pensar en el cuello roto de mamá, en el balanceo de su cabeza en el ataúd, mientras serpenteábamos por las calles festoneadas de nichos del cementerio de Montjuïc.

En el cajón de la derecha del escritorio de mamá guardo ahora los programas de sus conciertos y las postales que ella nos enviaba durante sus viajes. Elisa tiene las suyas dentro de una caja en un armario de su dormitorio.

Mamá nos escribía a diario una postal a cada una. Lo hacía a la antigua, con el nombre del lugar y la fecha en el margen derecho arriba, y los dos puntos tras el saludo, alternaba besos o abrazos y firmaba siempre «mamá».

Debía de ser una de las pocas personas que cultivaban la costumbre de comprar postales en cada ciudad que visitaba,

escribirlas, ponerles el sello y enviarlas para decirles a sus hijas que pensaba en ellas a diario.

Cuando ella volvía de los viajes, papá canturreaba desde la mañana y se marcaba unos pasos de baile consigo mismo o con una de nosotras si nos cruzábamos con él por la casa.

—Estás loquito por esa mujer —le soltó una vez la abuela mientras él tarareaba la melodía del vals número 2 de Shostakóvich por el pasillo.

Él la agarró de la mano y le hizo dar una vuelta sobre sí misma.

—Tiene que ser muy cansado ser tú —le respondió.

Y se marchó dando pasitos —un-dos-tres, un-dos-tres— a su despacho.

Concluido el recorrido ritual por las habitaciones, regresamos a la cocina.

—Estás bien, ¿verdad? —dice Elisa cogiendo la bolsa vacía.

Como todas las vísperas, me escudriña pendiente de señales que la obliguen a tomar medidas.

—Claro.

La noto preocupada, alerta. No quiero causarle más inquietud, sé que para ella mañana también será un día difícil. Así que cojo una escoba y me la cargo al hombro como si fuera un fusil.

—Con su permiso, mi teniente, el soldado Švejk siempre hacia el frente.

Funciona. Elisa se ríe.

—¡Qué burra eres! Paso por la tarde.

# 8

Por la noche, después de la cena, Elisa sube para un último control. Normalmente no me visita tan tarde, pero hoy es la víspera y quiere asegurarse de que estoy tranquila. Durante un tiempo, los primeros meses tras aquello, las noches de las vísperas me perseguían pesadillas espantosas. Me despertaba gritando:

—Son ellos, son ellos. Se ahogan.

Elisa corría escaleras arriba. Me encontraba en la cama dando brazadas y patadas, nadando para escapar de algo que me perseguía en el agua.

—Me ahogo.

—Respira, respira.

Ella me ponía boca abajo y me daba golpecitos en la espalda. Cuando los espasmos cesaban, me giraba, me tumbaba sobre el costado y se tendía a mi espalda.

—Duérmete, estoy aquí.

—Dime que no volverán.

—No volverán.

Una de las noches de pesadillas, Elisa, tendida a mi lado en la oscuridad, me preguntó:

—¿Te acuerdas de cuando te inventabas que veías monstruos para venir a dormir a mi cuarto?

—No me lo inventaba. Los veía.

—Pero no te daban miedo.

—No. Era solo que mamá estaba de viaje y papá a veces se olvidaba de venir a contarme un cuento.

Era Elisa quien lo hacía entonces.

—Las pesadillas sí que me dan miedo.

—Lo sé. ¡Y menudos sustos me pegas a mí!

—Lo siento, Eli.

—No pasa nada. Duérmete.

# 9

Sí pasaba. Mis pesadillas también le robaban el sueño a mi hermana. Por eso aprendí a guardármelas solo para mí. Tiraban de mí hacia el fondo del mar como caballos de descuartizamiento, me llevaban hacia el lugar donde ellos morían un mes tras otro, yo me despertaba acalambrada, con el cuerpo en aspa, pero antes de que se me escapara el grito, me decía:

—Lo siento, Eli.

Y así expulsaba el agua de los pulmones y sacaba las fuerzas para volverme boca abajo y gritar, si es que gritaba, a la almohada, y no asustar a mi hermana.

¿Ves, Eli? Yo también te cuido.

Por eso, ella cree que es algo que ya pasó.

No sabe que simplemente lo evito.

Hace tiempo que sé cómo hacerlo.

Cuando Elisa sube por la noche para echarme un último vistazo, me encuentra tranquila. Le cuento que, después de cenar, me tomaré los medicamentos de la noche y veré una película antes de acostarme.

—En blanco y negro.

No sé por qué el hecho de que no vea películas en color le parece siempre una idea excelente para dormir bien.

—Nos vemos mañana. Descansa —dice al irse.

—¿Qué les llevarás? —pregunto.

—Rosas blancas.

—Harán juego con el vestido turquesa de mamá.

Me da un beso de buenas noches. La acompaño hasta la puerta, hasta la línea que no debo rebasar porque me quedo sin aire. Ni asomar la cabeza puedo, sin que me ataque la asfixia. No lo intento, podría marearme y caer al rellano. Dejamos la puerta abierta, por si grito.

No lo haré. No gritaré porque no pienso dormir.

Voy ventana a ventana cerrando los postigos para que la luz no delate que estaré en vela. Corro también las cortinas. Telas caras compradas por la abuela, tan densas que parecen respirar y absorber una parte del aire de las habitaciones. Terciopelo, cretona, brocado; hasta sus nombres pesan y, por más que las sacudo regularmente, huelen a tela vieja. En el salón, damasco veneciano. El color, dijo la abuela, es gris paloma. Esos pájaros que ni para dar augurios sirven. A la que cubre la ventana de la derecha le falta un palmo. Cuando era pequeña, me dio por reseguir con un rotulador los ramajes bordados. La abuela le echó en cara a mamá mi pésima educación e hizo cortar el trozo que yo había mancillado. Mamá me lo regaló para que decorase el armario de las muñecas.

No, no pienso dormir esta noche.

Nunca debo dormirme en las vísperas.

No quiero soñarlos. No quiero que me lleven con ellos al fondo del mar.

Desde que me pasó aquello vienen a buscarme cada mes. No entiendo qué quieren de mí, por qué me persiguen en los sueños.

Tengo mis técnicas para evitarlos. Y funcionan.

Entro en todas las habitaciones y en cada una digo en voz alta.

—No dormiré.

Sé que nadie lo oye, que estoy sola, pero necesito decirlo, por si acaso las pesadillas ya están esperando, por si el miedo cree que le voy a abrir la puerta, por si ellos me esperan en el fondo del mar.

—No dormiré, no dormiré.

Después de formular mi propósito, inicio el ritual que lo hace posible.

Tardé en descubrirlo. Antes probé con la lectura, la música, las películas, pero me fallaron; el sopor y las pesadillas acababan atrapándome. Hasta que descubrí que tenía que moverme, permanecer activa toda la noche, y encontré una secuencia de acciones que me mantienen despierta. Rutinas que se han convertido en liturgias. Si las oficio bien, en su orden, con su forma, se cumplirá mi deseo: no dormir, no soñarlos.

Me calzo unas zapatillas de fieltro que amortiguan el sonido de mis pasos. Imagino que Elisa está abajo atenta.

Es medianoche, empieza la ceremonia.

Primero, quitar el polvo, el velo gris que el aire de Barcelona deposita sobre muebles, libros, suelos. Arenilla, heces de ácaros, polen, restos de comida, grafito de mis lápices, negro y rojo, piel humana, sobre todo mía, todo acaba pegado a los trapos que, en cuanto termino, meto en la lavadora. Adiós. Hasta la vista.

Después toca repasar la colección de globos terráqueos de papá. Los bajo con sigilo de las estanterías, los deposito en el suelo y les paso un plumero con suavidad. Algunos son bastante antiguos y delicados. Se les puede desprender un país o un continente entero si no se tiene cuidado. Es divertido. Cualquier cosa que se haga con globos terráqueos se convierte en una metáfora instantánea, incluso

algo tan banal como quitarles el polvo. Todo suena trascendente: ordenarlos, girarlos, tocarlos, pasar un paño por la base, controlar que giren bien, qué países quedan a la vista. Incluso llamarlos «bolas del mundo», una expresión que a papá le provocaba una hilaridad adolescente.

Los globos me sostienen durante una hora.

Lo siguiente es encerar el suelo del despacho. Es laborioso, primero hay que aplicar la cera, después, dejarla secar una media hora.

Mientras espero en el salón, me parece escuchar el sonido de unos pasos. Elisa, que sube a controlar si estoy durmiendo. Cojo un libro de la mesita baja. Fingiré que se me ha hecho tarde leyendo. Con la cabeza inclinada hacia las páginas, presto atención. El rumor no viene de la escalera sino del pasillo. Dejo el libro, me levanto y me asomo al pasillo oscuro. El sonido viene del despacho de papá, un golpeteo sordo y rítmico. Me acerco. Paso de largo por mi habitación, donde la cama me reclama aviesa. Me asomo al despacho, todavía no debo pisarlo, las cortinas que cubren las ventanas se agitan suavemente, he dejado entrar un poco de aire para que se seque la cera. No hacen ruido. Habrá sido un golpe de viento.

Antes de volver al salón, me acerco a la puerta de la escalera. La planta baja está en silencio, Elisa duerme. Cuando llega el momento, me pongo los auriculares inalámbricos, me calzo las zapatillas de pulir y me deslizo por el suelo del despacho bailando valses y polcas. Un repertorio de música de salón que cierro con *Salut d'amour* de Elgar. A mamá esta pieza no le gustaba, por cursi. Seguramente lo sea, pero a mí me pone de buen humor. ¿Lo ves, abuela? Las clases de ballet a las que insististe en que me enviaran sí que han servido, *bras, arabesque, demi-plié*... «La nena tendría que ir a clases de

ballet», *plié, jetté, battement tendu*. «Es bueno para su desarrollo.» Bla, bla, bla. Me deslizo por el suelo. Llega el turno de *Salut d'amour* de Elgar.

—Mira, abuela. *Jetté, plié, imparfait, passé composé*—canturreo burlona.

Sigo bailando, incluso cuando termina la música. *Attitude, des filles. Attitude,* nena.

No me dormiré. No soñaré. No los veré.

# 10

He visto amanecer. Estoy a salvo. Como todos los días 14 por la mañana, espío a mi hermana al salir de casa. Me sorprende ver que hoy se marcha sola al cementerio, que la abuela no la acompaña. Elisa no ha faltado ni una sola vez desde que los enterraron. Me cuenta que recorre siempre el mismo camino hasta el pequeño panteón familiar en el cementerio de Montjuïc. Nunca le pregunto, porque me decepcionaría que lo hiciera, si, como tanta gente, se fija en las fechas de las lápidas y calcula a qué edad murieron los allí enterrados, si eran viejos o jóvenes. Odio la expresión «joven para siempre» al referirse a los muertos prematuros. No. Para siempre solo están muertos. Papá con cincuenta y cinco; mamá con cuarenta y cuatro.

Hoy les llevará rosas blancas. Comprará trece.

Catorce nunca.

Quitará las flores secas y repartirá las frescas.

Seis para ella.

Seis para él.

Una para el abuelo, a quien tendrá que decirle que la abuela, por lo que sea, hoy ha escurrido el bulto.

Tampoco asistió al concierto de homenaje que se le rindió a mamá en el Palau de la Música. Fue poco antes de aquello.

La abuela dijo que estaba todavía demasiado afectada.

Tocaron el concierto de Bruch y se pronunciaron muchas palabras emotivas. Nosotras, sentadas en un palco, aguantamos serenas todas las miradas, toda la pena; toda la curiosidad morbosa también. Pero justo cuando la gente aplaudió tras el minuto de silencio al final del evento, a mí me entró la risa.

Me acababa de acordar de una ocasión en la que los cinco estábamos desayunando en casa durante el concierto de Año Nuevo de la Sinfónica de Viena. Nuestros padres bailaron un par de valses mientras la abuela los miraba con una sonrisa congelada. Tal vez en ese momento le pasaban por la cabeza todos los buenos partidos, mujeres de su clase, de su entorno, que su hijo había rechazado a lo largo de los años; su hijo, una especie de soltero de oro, que acabó casándose con la hija de una emigrante a Alemania, aunque fuera una estrella, una violinista reconocida. La violinista que se tronchaba de risa viendo al público engalanado en la sala de conciertos de Viena dando rígidas palmaditas al compás de la *Marcha Radetzky*.

—¡Mirad a la cotorra enjoyada esa! ¡Cómo le tiemblan las alitas de murciélago!

Elisa y yo, ebrias de valses, polcas y marchas, imitábamos aquellas palmas torpes entre risas.

—Y el vecino de asiento no da una a tiempo.

Mientras el público del Palau aplaudía y nos miraba, no pude evitar pensar en cuántas alitas de murciélago estarían bamboleándose en ese momento y se me escapó una carcajada. Elisa me giró y me apretó contra su pecho. Todos pensaron que yo había tenido un acceso de llanto, pero era un ataque de risa incontenible, que el abrazo de mi hermana ocultaba de la vista.

Después de lo que me pasó, Elisa se lo contó a la psiquiatra que me trata. El episodio de la risa se sumó a mi expediente médico.

# 11

Tras la noche en vela, estoy tan cansada que me metería en la cama hasta mañana, el bendito día quince. Pero hay que trabajar. Nunca he incumplido un plazo de entrega.

No debo.

No puedo.

Los plazos son importantes.

Anoto los progresos de mi trabajo en una libreta apaisada de contabilidad con tapas de cartoné, con su Debe y su Haber, sus columnas y sus cuadrículas. Cada día apunto cuántas páginas he traducido, cuántas palabras eran en el texto original, cuántas son en la traducción, la suma total de palabras. ¿Eran buenas? Algunas sí; otras no tanto. Mañana las mejoraré. Si no, pasado mañana. O al día siguiente. Y así, día a día hasta que se cumple el plazo de la entrega. Tic, tac, tic, tac. No. Los días no hacen tic, tac, tic, tac. Los días caminan taconeando. Tac, tac, tac. Se acercan los que están marcados. Día de entrega, víspera, mal día. Tac, tac, tac. Después regresan al punto de salida y empezamos otra vez. Tac, tac, tac.

Pasos lentos en la escalera. Es la abuela. Había olvidado que se ha quedado en casa, cuando debería estar en el cementerio con Elisa. ¿Por qué sube? No tenemos visita acordada.

Entra. No puedo impedirlo.

Oculto mi contrariedad preguntándole por qué no la ha acompañado; mientras me responde, le ofrezco un café y nos sentamos en el salón. Elisa me ha adiestrado bien.

Como un cura viejo y su última beata viva, repetimos nuestra conversación fosilizada, sus demandas, mis respuestas evasivas, sus condicionales y mis futuros remotos..., hasta que ella introduce una línea nueva:

—Si no lo haces por ti, hazlo por tu hermana, que lo ha dejado todo por cuidarte.

Se da cuenta de que he acusado el golpe y prosigue:

—Podría ser profesora del conservatorio, pero, para estar siempre cerca y disponible, malgasta su talento en una escuelita de barrio. ¿Por qué no lo intentas? Hazlo por ella.

Por ella. Por ella. Por y para Elisa.

—Vale. Pero poco a poco. Hoy me asomo al descansillo. ¿Vale?

—Muy bien —da unas palmaditas en el aire—. Ya verás qué alegría tendrá cuando vuelva y vea que has hecho progresos.

La abuela se levanta del sofá y se dirige hacia la entrada, como si quisiera guiarme. La sigo. Con parsimonia, ceremoniosamente, la abuela abre la puerta y me invita a acercarme con un gesto de la mano.

Me aproximo. El corazón me late con tanta fuerza que se me taponan los oídos, pero avanzo pasito a pasito hacia el espacio vacío debajo del marco. Allí está mi línea de seguridad. A partir de allí no hay aire.

Cuanto más cerca estoy, más pequeño me parece el hueco de la puerta. He llegado a la línea de seguridad. A partir de aquí...

—Venga, solo un pasito —me sujeta el brazo por el codo porque me tambaleo.

Doy el pasito.

Los pulmones se me llenan de agua.

—¡No me empujes! —grito, a pesar de que la asfixia me marea.

—No lo estoy haciendo, nena.

Pero siento unas manos que me presionan con más fuerza y me hacen caer de rodillas en el rellano.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

—Déjame que te ayude... —la voz le tiembla.

Grito. Toneladas de agua fría me aplastan contra el suelo. La presión aumenta. Los huesos crujen, la piel se aplasta, voy a reventar. La abuela tira de mí.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

—¡Deja que te levante!

—¡Apártate! ¡No me toques!

Ella tira un poco más. ¿Me va a arrojar escaleras abajo? Empiezo a aullar.

—No me empujes más.

No sé qué ha traído de vuelta a mi hermana en este momento, si ha percibido señales o simplemente era la hora. Tampoco he oído sus pasos en la escalera, es como si hubiera alcanzado el rellano volando.

—¿Qué le haces? —le grita a la abuela.

—Solo quería ayudar —replica.

Si la abuela hubiera estado cerca de la escalera, Elisa la habría tirado por ella. En cambio, la empuja contra la pared.

Trata de levantarme, pero yo no quiero separarme del piso. Elisa me agarra de las manos y tira con fuerza de mi cuerpo hasta que estoy otra vez al otro lado de la línea. Empiezo a respirar guiada por Elisa, que me marca el compás para llenar y vaciar los pulmones.

La abuela mira llorosa desde el umbral.

—Solo quería que viera que sí puede, que solo es cuestión de ir paso a paso, que ya es hora de que empiece a...

Elisa le manda callar con un índice admonitorio. Después me levanta, pasa mi brazo sobre su hombro y así, como a una herida de guerra, me lleva hasta el sofá del salón.

—Muy bien, muy bien —dice ella a cada paso.

Me tumba y me cubre con una manta porque estoy tiritando. Todavía siento el frío del agua en la piel.

—Quédate aquí quietecita.

Se vuelve hacia la puerta. Su cara muta a una mueca feroz.

—¿Dónde está?

La abuela se ha escabullido hacia la planta baja. Si antes parecía que mi hermana había volado escaleras arriba, sus pasos atruenan ahora al bajar.

No se entienden sus gritos en la distancia, pero está gritando.

Vuelve poco después.

—Ya pasó, ya pasó. Te prepararé una infusión para que te tranquilices.

—Es que tengo trabajo. Debo entregar la traducción esta semana.

—Pues que esperen unos días más.

—No quiero que haya quejas, que prescindan de mi trabajo. Me volvería definitivamente loca sin él.

—No digas esa palabra.

—¿Cuál?

—Loca. Tú no estás loca. Estás delicada.

—Eso no es más que un eufemismo. Odio los eufemismos.

—Con o sin eufemismos, tienes que descansar.

—Pero...

—Yo me encargo.

Remete la manta bajo mi cuerpo para que no entre aire y se dirige a mi estudio.

—Sí, sí. Necesitará unos pocos días más —oigo que dice.

Parece ser que la editora se muestra contrariada, ya que Elisa se enfada.

—Oye. Siempre ha cumplido con todos los plazos y su trabajo, más que impecable, es extraordinario.

Las lágrimas de gratitud me resbalan hasta los oídos y me provocan una cálida sordera. No oigo el final de la llamada, pero Elisa regresa victoriosa y satisfecha. Me prepara una de sus infusiones. Mientras me la tomo, ella corre los visillos. La luz de la habitación se ablanda, los muebles se emborronan, los colores de los objetos se aplacan. Se sienta a mi lado.

—Me ha dicho que por mi culpa tú malgastas tu talento en la escuela de música.

—¿Eso ha dicho? ¿Que malgasto mi talento? —Elisa se echa a reír—. ¿Qué talento? ¡Qué sabrá ella!

—Que lo intentara para que deje de ser una carga para ti.

—¿Tú? ¿Una carga? ¡Ella es una carga!

—Pero tal vez debería ir...

—Todo a su tiempo. La doctora dice que si nos precipitamos puede ser contraproducente.

—Todo a su tiempo —repito ya medio adormilada—. Pero la abuela...

—Lo de hoy no volverá a suceder. Le he prohibido que suba a verte.

Me duermo.

# 12

Ellos tampoco volverán.

Salieron de casa una mañana y no regresaron. Acabaron en el mar, que los engulló en segundos.

Aunque vi sus cuerpos en el tanatorio, las primeras semanas tras el accidente seguía esperándolos. Cuando se abría la puerta de la casa, mamá está de vuelta; cuando sonaban pasos en la escalera, papá baja; cuando tocaban al timbre, han olvidado la llave. Buscaba la cabeza de mamá a la altura del marco de la puerta por la que solía asomarse a mi cuarto para preguntarme si quería escuchar un poco de música en su estudio, o me parecía oír el roce de la mano de papá tocando la manija sin acabar de abrir, porque siempre se quedaba absorto con cualquier idea que se le pasara por la cabeza justo en ese momento.

Pensaba que solo habían salido un momento y que volverían pronto a casa.

*«Oft denk' ich, sie sind nur ausgegangen!»,* Mamá no quería que escuchara los *Kindertotenlieder* de Mahler.

—Son demasiado tristes, demasiado desolados, ya eres lo bastante melancólica —decía y me cambiaba la música.

Por eso, cuando ella estaba de viaje, me ponía estas canciones a la muerte de los niños. No solo me gustaban, además estaban prohibidas.

No he vuelto a hacerlo desde su muerte, y a veces desearía borrarlas de mi memoria. Cuatro años después de componerlas,

Mahler sufrió la muerte de su propia hija y confesó que habría sido incapaz de escribirlas tras sentir el dolor de su pérdida.

Tampoco soy capaz, a pesar de los años transcurridos, de escuchar las grabaciones de mamá.

Finalmente, acabé aceptando que no iban a volver y que el mundo no se había acabado con su muerte, que en realidad ni siquiera había dado un respingo. Nada. Todo seguía. Y punto.

Pero yo empecé a tener frío. Mucho frío, a pesar de que era un septiembre veraniego, un septiembre de sandalias y pantalones cortos, de vestidos ligeros, terrazas rebosantes de gente alrededor de copas de cerveza, de calles con olor a sudor y a aceite de fritanga que se adhería a la piel.

—¿Por qué vas tan abrigada? —me preguntaba Elisa.

—Tengo frío.

—A ver si has pillado fiebre.

Ojalá. Pero era un frío sin explicación física, un helor que se me había pegado al cuerpo como una piel de escarcha.

—Quédate mejor en casa. Ya hago yo la compra.

En casa no tenía frío y mi hermana parecía multiplicarse cada vez que decía:

—Ya lo hago yo.

Era incansable, imparable. Todo lo manejaba ella. Llamadas, papeles, derivar a otros abogados los clientes de papá, organizar el concierto de homenaje a mamá.

—No quiero ir.

—Tienes que hacerlo.

—La abuela dice que ella no va.

—La abuela no cuenta.

—Es que tengo frío.

—Pues te abrigas.

Me pasé el concierto tiritando, pero aguanté desde el palco las miradas compasivas, aplastantes, pringosas de la gente. Aguanté el asco que me dieron los aplausos; la risa, no. Solo deseaba que todo acabara para volver a casa de una vez.

La casa era mi amiga. Me protegía, me abrigaba, era mi segunda piel.

# 13

En casa estoy bien.

Como siempre desde aquello.

Si ese día el cielo hubiera estado cubierto de nubarrones negros, no habría visto un aviso de nada, sino que, como todos los barceloneses, habría acelerado el paso por la calle. Pero lo más probable es que ese día, desaparecido el velito gris de las mañanas, el cielo estuviera azul. Y que, en vez de oscuros pájaros agoreros cruzando el aire, estuviera a punto de tropezar con alguna de las palomas empeñadas en corretear ante tus pies hasta que se acuerdan de que tienen alas.

Tampoco había sucedido nada extraordinario ni ese día ni el anterior ni el anterior al anterior. El curso escolar aún no había empezado, pero mis amigos, sabedores de lo sucedido, se empeñaban en sacarme de casa, llevarme de bares, de museos, de compras, al cine...

—No, a la playa no quiero ir.

Ponían cara de comprender.

Unos miraban con pena la chaqueta que me envolvía a pesar de la ola de calor; otros se reían para fingir normalidad.

En casa ayudaba a Elisa a poner orden, decisión a decisión; qué guardamos, qué donamos, qué tiramos, qué destruimos. La abuela rondaba por las habitaciones llorosa y bebida. Elisa le prohibió que anduviera repitiendo «mi hijo, mi pobre hijo» en nuestra presencia; por eso, mientras revisábamos cajones y armarios, yo evitaba

comentar los objetos diciendo «esto le gustaba mucho a mamá» o «esto papá lo heredó de su padre». Ella debió de notar que me costaba reprimirme.

—Mejor descansa un poco. Ya me ocupo yo.

Y continuaba, con implacable eficiencia. De modo que, cuando me pasó aquello ya había terminado y pudo acondicionar los espacios para mí cuando me quedé encerrada.

Pero antes, aunque tuviera frío, yo salía a la calle, y, como todo el mundo, como una persona normal, serpenteaba para adelantar a los lentos, escuchaba fragmentos de conversaciones, intentaba adivinar en qué dirección acabaría desplazándose el que iba con la vista clavada en el móvil, anticipaba los ladridos de dos perros al cruzarse, temía o deseaba que la niña torpe del patinete se cayera de una vez, evitaba pisar las líneas oscuras que dejan en las aceras las meadas caninas o humanas, esquivaba las miradas de los mendigos o de los captadores de oenegés, y me saltaba semáforos en rojo.

Justo esto estaba haciendo o iba a hacer. Nada nuevo. Solo un semáforo en rojo y pocas ganas de esperar. Pero, cuando iba a dar el primer paso, un Mercedes rojo de los años setenta, como el que conducía mamá, dobló la esquina. Era el coche que le había regalado papá cuando se casaron, del que ella decía bromeando que representaba «el sueño secreto de cualquier hija de emigrante a Alemania», el mismo que se había hundido pesadamente en el mar y se llenó de agua como los pulmones de papá mientras el cuello roto de mamá se mecía... Mientras el Mercedes se aproximaba, toqué la calzada con la punta del zapato. Era de arena, la suela se hundía en arena húmeda. Aparté el pie y miré a mi alrededor. El semáforo, los árboles, la gente..., todo lo veía borroso, como sumergido en agua turbia, y se movía ondulante. Me mareé. Traté de aferrarme a un

árbol, pero estaba viscoso, resbaladizo. Caí, primero de rodillas, después, de espaldas. No podía respirar por el peso de toneladas de agua sobre mi cuerpo. Era una anguila aplastada en el fondo marino. «No puedo respirar, no puedo respirar.» Creo que grité, pero no oía mi voz bajo el agua.

Me desperté en una ambulancia. La camilla de la ambulancia estaba mojada, como las manos de los sanitarios. Pero no podía hablar porque llevaba una máscara de oxígeno. «Soy una buceadora», pensé.

En el hospital les pregunté por qué me ponían un camisón empapado de agua salada, el suelo estaba mojado. «No quiero que me toquen las manos pegajosas de los médicos», pedía. Mi piel, arrugada, como cuando tenían que sacarme a rastras del agua en la playa.

—Sal, Ana. Ya está bien por hoy —decía mamá.

Pero yo quería saltar otra ola. Solo otra. Y otra. Y otra. Hasta que mamá se hartaba.

—Elisa, ve a buscar a tu hermana.

—Venga, peque, que tenemos que secarnos.

La cama del hospital siempre húmeda. «No puedo más, no quiero más.» Me destapaba, me levantaba de la cama y corría por los pasillos de suelos resbaladizos hasta que la asfixia me tumbaba de nuevo.

—Sácame de aquí, Elisa.

La piel, arrugada, blanquecina, cansada del agua, se me estaba despegando de las manos y los pies.

—Hoy nos vamos. En casa estarás mejor.

El taxi que nos llevaba olía a algas y salitre. Me mareaba. Pero le pedí que corriera más. Más.

Un submarino amarillo y negro surcando las calles de Barcelona. No quiero vivir en un estúpido submarino amarillo.

—¿Cuánto falta?

—Estamos llegando.

—¿Por qué tarda tanto?

—Tranquila. Estamos cerca. Oiga, ¿no hay un trayecto más directo?

—Esto es porque los coches no son fusiformes, como los peces. Deberían ser fusiformes. Habría mejor resistencia y se desplazarían más rápido.

Elisa me puso la mano en la frente. No tenía fiebre. Sus ojos me decían que, si seguía hablando así, le pediría al comandante del submarino que diera media vuelta y regresara a la clínica. Le cogí la mano y la apreté con fuerza.

—Llévame a casa.

Casa. Casa. Casa.

La casa estaba seca y llena de aire.

# 14

—Quiero quedarme aquí.

—Tienes que intentar salir, Ana —era la voz de la doctora Molina, la psiquiatra que me visitaba entonces y sigue ahora mi tratamiento.

Se estaba despidiendo de mí tras una sesión de terapia. Mi hermana había subido al final de la hora para acompañarla abajo.

—No voy a poder.

—Inténtalo, Ana.

Ya estaban en el rellano de la escalera. Me tentaba cerrar la puerta, dejar fuera de mi vista sus exigencias, que para mí eran amenazas.

—Pero...

—Tienes que intentarlo, Anita.

—Mañana —a Elisa no se lo podía negar.

—Muy bien. —Mi hermana, orgullosa de mí, miró a la doctora—. Mañana haremos una salida.

Apenas dormí esa noche.

La abuela se despidió de mí en la puerta de casa agitando la mano como si estuviera a punto de emprender un largo viaje. Elisa me llevaba del brazo mientras cruzábamos la cancela del jardín, pasito a pasito.

—Muy bien. Muy bien —me decía al oído, y a mí me sonaba como si me hablase desde lejos, desde la puerta de la casa, que quedaba a mi espalda.

Llegamos a la esquina. Me volví para ver la casa. La abuela asomaba medio cuerpo, seguía atenta nuestros avances. Me hizo con la mano el gesto de empujar el aire. Me detuve. Elisa me apretó el brazo con fuerza y me instó a seguir. Pasamos el local donde ahora está la frutería de los nepalíes; entonces era una mercería con el escaparate lleno de calcetines de colores y bragas de color carne.

—Sigue, sigue.

Ahora era yo la que aferraba el brazo de mi hermana.

—Vas muy bien. Ya hemos cruzado dos calles.

Ahí me hundí. A dos calles no se podía ver nuestra casa. Los pulmones se me anegaron, caí de rodillas. Un enjambre de puntos negros me cubrió los ojos.

—Quiero volver a casa —gemí.

—Pero...

—Me ahogo.

Me levantó del suelo, pasó un brazo por mi cintura y me sujetó hasta casa. Aunque estaba a punto del desmayo, llegué a ver los calcetines de colores nadando por el escaparate como en un acuario, las bragas flotaban muertas en la superficie.

Casa, casa, casa. Aire.

—Pero volveremos a intentarlo —dijo o dije, no lo recuerdo.

Así lo hicimos. Me tomé una pastilla que se suponía que inhibiría el pánico. Pasábamos despacio por delante de las casas. La primera tenía un enorme jardín. Una mesa y unas sillas de hierro forjado pintado de blanco donde los vecinos tomaban el café medio ocultos de la calle por los troncos de rosales antiguos.

—Mira —me dijo Elisa—. ¡Cuántas rosas todavía!

El jardín anterior de la segunda casa quedaba oculto tras la tupida malla metálica.

—¡Qué pena! No se pueden ver las hortensias azules.

De la verja de la siguiente casa se escapaban unas matas de lavanda. Mi hermana seguía empeñada en mostrarme las maravillas del mundo.

—Tócalas. ¡Qué bien huelen!

Con cada frase entusiasta, nuestra calle, por la que llevaba caminando toda la vida, se iba volviendo un paraje extraño. Rosas, hortensias, lavanda... Algas. En la última casa del tramo, la que hacía esquina, la hiedra cubría las rejas y grandes flores rojas asomaban por encima.

—Hibisco —dije para corresponder al esfuerzo de mi hermana.

En cuanto quise volver a inspirar, se me llenaron los pulmones de agua.

—Sí, hibisco —repitió Elisa. Se giró hacia mí y entendió de inmediato lo que me estaba pasando.

Otra vez la asfixia, otra vez la pulsión en las sienes, otra vez los puntos negros ante los ojos. Otra vez el peso del agua sobre mi cuerpo blando.

No tuve que pedírselo, Elisa me llevó a casa.

Guiadas por la doctora, lo seguimos intentando. Pero mis trayectos eran cada vez más cortos.

Hasta la tercera casa.

Hasta la segunda.

Hasta la acera justo delante de la nuestra.

Hasta la cancela.

Hasta la puerta.

Hasta el recibidor.

Hasta el vértigo solo con ver las escaleras que llevaban a la planta baja.

Hasta que dije «no».

—No quiero.

—No quiero bajar.

—No quiero salir.

—No bajaré.

—No saldré.

—No voy a bajar.

—No voy a salir.

—No bajo.

—No salgo.

No volveré a ser una anguila aplastada.

# 15

La doctora Molina venía a casa. Me trataba en el primer piso; la planta baja se había inundado.

—¿De qué tienes miedo?

—De que vuelva a pasarme.

—¿Qué?

—Eso.

—¿Qué es eso?

—Lo que me pasó.

—Descríbemelo.

—¿Otra vez?

—Sí, con tus palabras.

—Eran mis palabras.

—Busca otras.

—¿Por qué? Esas eran mis palabras.

—¿Temías morirte?

—¿Temías volverte loca?

—¿Temías perder el control?

—No.

—No.

—No.

—¿Qué era?

—Era lo que me pasó. Y no quiero volver a sentirlo.

—Descríbelo.

—No puedo. Si lo hago, vuelve.

—¿Tienes miedo al miedo?

—¿He dicho eso? Tengo miedo de que me vuelva a pasar lo que me pasó.

—Esfuérzate.

Me esforcé tanto. Arañé hasta el fondo de las palabras que tenía para encontrar el modo de describirle a la doctora lo que sintió mi cuerpo, lo que pasó por mi cerebro ese día. Busqué símiles y metáforas, que ella simplificaba como en un comentario de texto escolar. Busqué más metáforas y más símiles. Algo que la aproximara a aquello que me cayó encima, me cortó la respiración, me llenó los pulmones de agua; algo que les hiciera imaginar cómo se siente un corazón dando saltos enloquecido porque las costillas se van a quebrar como palillos y todo el peso del océano va a caer sobre él, cómo los brazos y las piernas se deforman como barritas de plastilina aplastadas por dedos gigantes... ¡Cuánto me esforcé! Nada anhelaba más que librarme del miedo. Deseaba tanto volver a ser la de antes, que hice todo lo que ella me pidió: ejercicios de respiración, hablar, hipnosis, hablar más... Y una y otra vez intenté

cruzar la puerta de la planta que por entonces todavía compartía con Elisa.

Hasta que un día, mi hermana, al verme en el rellano de la escalera hecha un amasijo de miseria, temblando y llorando mientras la doctora me instaba a levantarme, dijo basta.

—Creo que es suficiente de momento.

Me levantó y me metió en mi cuarto. Después habló con la doctora Molina.

—Está de acuerdo conmigo en que en estos momentos no te encuentras en condiciones —me explicó.

Del mismo modo que era difícil explicar lo que sentía cuando me atenazaba el pánico, me faltaron las palabras para expresar la forma particular de alivio que experimenté, no se trataba solo de aligeramiento, era liberación, era indulto.

La abuela no estaba conforme.

—Pero ¿no ves cómo sufre? —replicó Elisa.

—Es necesario, para que pueda superarlo.

—¿Necesario? ¿Te parece necesario verla en el suelo llorando de puro miedo?

—¿Y a ti te parece normal que no pueda salir de casa de puro miedo?

—Ya lo hará. Cuando esté preparada.

—¿Y cómo?

—Yo me encargaré. Asesorada por la doctora Molina.

La abuela la miró con escepticismo y yo la odié porque parecía empeñada en robarme la paz que acababa de serme concedida.

—¿Estás otra vez borracha, abu? —solté.

Casi se pudo oír cómo el dardo hendía la carne y se le clavaba en el corazón. Se marchó llorosa. No me importó.

—A partir de ahora, te cuidaré yo, solo yo.

Elisa, mi hermana escudo, mi hermana paraguas, mi hermana dique, mi hermana barrera...

# 16

Después de que Elisa la reprendiera, la abuela dijo que ella tampoco iba a salir más de casa. Se encerró con un portazo en su habitación y anunció que iba a escribir un libro, la historia de la familia.

Ahora Elisa está al cargo de dos reclusas, aunque la abuela hace trampas, ya que a veces se escapa de casa. Es la diferencia entre necesidad y capricho. Yo la veo abandonar su encierro cuando mi hermana se va a hacer recados o a trabajar; aprovecha su ausencia para darse un paseo. También para comprar ginebra, su bebida favorita, trago de reinas, transparente y limpio. Ginebras caras, exclusivas, que, me imagino, sigue bebiendo en los vasos de la cristalería que habían comprado el abuelo y ella en Murano durante su viaje de novios. «Nada de colorines», le dijo por lo visto el abuelo al artesano. Le exigió formas puras y transparencia, pagó y dejó la dirección a la que tenía que llegar la cristalería. El centro de mesa con pie de plata y forma de campana ondulada se quedó en mi parte de la casa. Allí pongo chuches.

En previsión de que la abuela venga a incordiarme, Elisa ha puesto una cerradura en mi puerta. Solo ella y yo tenemos la llave. Una suerte, porque, a pesar de la prohibición, algunas veces la abuela sube mientras mi hermana está fuera.

En cuanto oigo sus pasos en la escalera, siempre los oigo, me levanto corriendo y compruebo que la puerta esté cerrada con llave, después me meto en el estudio de mamá, que está insonorizado. Así no la oigo. Como mucho, me alcanzan sus primeras palabras.

—Ábreme, por favor.

Pero interpongo otra puerta que apaga su voz. Y música. Me siento en el sofá con los ojos cerrados y las manos sobre el regazo, como hacía mamá.

—Cuando se escucha música, se escucha música —decía.

Yo me sentaba a su lado en el sofá del salón o en el de su estudio imitando su posición.

—¿Qué ponemos hoy?

—Lo que tú prefieras, mamá.

En sus últimas semanas, ella parecía obsesionada con una canción del *Spanisches Liederbuch* de Hugo Wolf. Aunque a mí me gustaba más la versión de Schumann del mismo texto.

*«Alle gingen, Herz, zur Ruh. Alle schlafen, nur nicht du.»*

El alemán es la lengua de las horas compartidas escuchando música con mamá, es la lengua de los *Lieder*. Es la lengua que aprendí para estar más cerca de ella.

No he vuelto a escuchar el *Lied* de Wolf. Tampoco el de Schumann.

Pero sigo sentándome firme para escuchar música, concentrada.

Hoy busco algo opulento. Pongo los *Vier letzte Lieder* de Richard Strauss, me acomodo en el sofá y siento a mamá tan cerca que inclino la cabeza a la derecha buscando su hombro.

# 17

Víspera.

Elisa sube cargada con la compra. Le abro la puerta y vamos juntas hasta la cocina, donde deja la bolsa sobre la mesa. Cuando suelta las asas de tela, veo las marcas blancas en su mano. Elisa sonríe satisfecha con cada producto que saca. Yo los cojo uno a uno y le explico en qué habitación voy a usarlos.

—La cera para el suelo del estudio de mamá, este limpiador para el baño, esto para...

Después los guardo.

Después recorremos la casa.

Después volvemos a la cocina.

Después Elisa dobla la bolsa.

Después le pregunto qué flores les va a llevar este mes.

—Rosas rojas. Mañana es San Valentín. ¿Te parece bien?

—Claro.

En la cabeza, siento la voz de la abuela, fea, desdeñosa, «Estás loquito por esta mujer», y veo la expresión dubitativa de Elisa.

—¿Por qué tendría que parecerme mal?

—Voy a buscarlas a la floristería para que las veas.

Se marcha.

Demasiado tarde, me doy cuenta de que hemos cometido un error. No hemos cerrado la puerta con llave. El sonido de los pies de la abuela ya alcanza los últimos escalones. Corro y llego justo a

tiempo para empujar la madera, robarle los pocos centímetros que había ganado y girar la llave.

—Pero..., pero..., ¡Ana!

Me siento en el suelo con la espalda apoyada en la hoja de la puerta para reforzarla. Noto primero el empujón fallido con que ella trata de abrir. Después, los golpes que da.

Yo permanezco en silencio, apretando la espalda.

—¿Por qué no me abres?

No respondo.

—¿Qué te he hecho yo? Si solo quiero tu bien.

Pasa la mano por la puerta como si la acariciara.

—Sé que me oyes, que estás al otro lado.

Mi silencio es el resultado de un esfuerzo cada vez mayor por no gritar.

Repite su petición en susurros, mientras araña la puerta. Siento cada uno de sus dedos afilados sobre mi espalda; la voz falsamente zalamera de las brujas de los cuentos cuando engañan a los niños.

—Solo quiero contarte algunas cosas y saber cómo estás.

Pero no olvido la trampa que me tendió.

Se echa a llorar.

—Es por tu bien. Es lo único que quiero, tu bien —hipa.

Les ordeno a las piernas que se levanten y me saquen de allí, pero no me obedecen.

—Solo quiero hablar contigo. No te haré nada, nena.

Araña la puerta con más fuerza. Sus uñas se me clavan en la nuca, en la columna.

—Vete, abuela —logro decir en voz baja—. Vete, por favor.

—Tú sabes que la abuela siempre te ha querido.

Es otra voz, la de la abuela que me contaba historias, me regalaba muñecas, me pasaba los dedos por el pelo y me decía que

era su nubecilla...

—Vete, abu. Por favor.

Logro incorporarme. Apoyo las manos en la madera.

—Abre, por favor. Hay cosas que tienes que saber. Tienes que saber que ellos...

—¡Abuela! ¿Qué haces ahí?

Elisa. Otra vez llega a tiempo. Estaba a punto de abrirle la puerta.

—¡Baja de inmediato!

—Tengo que hablar con ella, tengo que decirle que...

—Que bajes, te he dicho.

Pego la oreja a la puerta. La abuela baja los escalones cada vez más deprisa, espoleada por la impaciencia de Elisa, que sube pocos minutos después.

—¿Cómo estás?

Le digo que bien, pero ella me toma el pulso.

—Está acelerado. Será mejor que calmemos un poco los nervios.

Mientras me prepara una de sus infusiones, me dice:

—Esta mujer cada día está peor. Tal vez sea hora de ponerla en manos de profesionales.

—Sí. Tal vez sea lo mejor.

—Lo mejor para todas.

# 18

A pesar del incidente con la abuela, me esfuerzo por que el resto del día sea normal. Trabajo, lectura, comidas.

En cuanto anochece, cierro los postigos y corro las cortinas.

Me siento en el sillón y, luchando contra la modorra que me ha provocado la infusión, veo un rato la tele hasta la medianoche.

Después empiezo el rito.

Porque no voy a dormirme.

Me calzo las zapatillas suaves que amortiguan el sonido de mis pasos.

Quito el polvo de los muebles, repaso la colección de globos terráqueos de papá. Como cada víspera, los bajo con sigilo de las estanterías, los deposito en el suelo y les paso un plumero con suavidad.

Lo siguiente es encerar el suelo del estudio de mamá. Aplico la cera. Hay que dejarla secar media hora. Me siento en el sofá. Al apoyar la cabeza en el respaldo, noto una rozadura en la nuca. Me entra un escalofrío al recordar el sonido de las uñas de la abuela en la madera de la puerta. Me recuesto contra uno de los brazos y me tapo las piernas con la manta de color azul.

Un fuerte tirón en los pies me despierta. Inspiro. Intento inspirar. Pero estoy aspirando agua. Se me están llenando los pulmones de agua. Abro los ojos, estoy rodeada de agua negra, fangosa. La manta se separa con movimientos ondulantes de mis piernas. El sofá, reblandecido como un cartón empapado, va a ceder en

cualquier momento. Lo desgarro al intentar levantarme. Como a las hormigas que a veces encuentro en el lavabo, el agua me arrastra en un remolino, por el desagüe, el sifón, hasta llegar a la cloaca y al mar. El agua es tan negra que cierro los ojos para no cansarlos con el esfuerzo de intentar ver. Noto la presión en los oídos. Quiero cubrírmelos con las manos, pero otras manos me las sujetan. Abro los ojos. Son ellos. Lo que queda de ellos tras cinco años bajo el agua, jirones de carne, cuencas vacías, moluscos habitándolos y cubriéndolos. Mamá me coge la mano izquierda; papá, la derecha. Intento zafarme, pero, aunque sus manos apenas tienen residuos de músculos, me sujetan con fuerza. Me arrastran hacia el fondo, hacia dos círculos luminosos que reconozco, son los faros del coche. Una pequeña parte de mi cabeza me dice que no debo tener miedo, son ellos, son papá y mamá. Esa minúscula parte que conserva un punto de cordura huye de mí en cuanto esos restos de carne y huesos que habían sido mis padres empiezan a hablarme. La mandíbula de mi padre casi se desencaja en unas carcajadas feas, agrias, sarcásticas.

—Mírala, la pequeña parásita, la impedida, la niña mimada.

El cuerpo de mi madre me habla también. Ella no ríe, pero tampoco sé si está llorando. Sin ojos y en el agua oscura no se pueden distinguir las lágrimas.

—Pobrecita, pobrecita, pobrecita.

Apoya su cabeza, cubierta por unos pocos pelos descoloridos, en mi pecho y veo entonces en su nuca el punto por donde se ha partido. Repite sin cesar esa palabra, «pobrecita», que retumba en mi interior como si cada sílaba fuera un golpe de baqueta.

Tengo que salir de allí, huir, abrir los ojos, abrirlos de verdad.

Tiro de los párpados. Se niegan a subir.

Me zafo. Corro por el fondo del mar, pesada, torpe. Ellos, en cambio, se mueven a mi alrededor, trazando suaves curvas como

delfines.

—Pobreciiita.

—Pequeña parásita.

—Pobre..., pobrecita.

—Niña mimada.

—Impedida.

—Pobrecita impedida.

—Pobreciiita.

—Ven con papá y mamá.

—Ven, ven.

No puedo gritar porque no tengo aire.

Pero parece que sí lo he hecho porque de pronto unas manos me agarran con fuerza y oigo mi nombre. Primero lejos, después muy cerca de mi oído.

—¡Ana!

Abro los ojos. Estoy en el suelo, Elisa me abraza.

—¡Son ellos, son ellos! Vienen a buscarme.

—Ya está, ya pasó.

Miro alrededor. Es la casa, es Elisa. Aquí estoy bien. Aquí estoy segura. Pero sigo oliendo la sal y el yodo mientras me acompaña al dormitorio.

# 19

Despierto. Inspiro. Es aire. Me siento en la cama, en la habitación a oscuras, lleno y vacío los pulmones varias veces mientras hago círculos lentos con la cabeza para desentumecer la nuca. Vuelvo a sentir el pinchazo de las uñas de la abuela. Palpo la zona, pero no hay ningún arañazo. Estarán en el reverso de la piel. Sus garras me han entrado por los oídos y me raspan por dentro. «Solo quiero hablar contigo. Tengo que hacerlo, tienes que saber que ellos...» Ellos, ellos, ellos.

—¿Eli?

No está.

Miro la hora. Estará en el cementerio y se ha llevado a la abuela.

Hoy es San Valentín. Les llevará rosas rojas.

Me levanto con torpeza. Me duelen los brazos, me pesan las piernas, se parece al cansancio de mar de la infancia, pero entonces era agradable, el preludio de una siesta perezosa de verano. Hoy cada músculo, cada fibra me recuerda que es el mal día.

Me preparo un café y me dirijo con la taza al salón. Descorro las cortinas. A la luz lechosa de febrero, las fotos de mis padres repartidas por todo el salón destacan sobre el fondo oscuro de los muebles y las paredes. Mamá y papá ya no están en mi pesadilla, pero han dejado sus miradas en las imágenes. Sus ojos siguen cada uno de mis movimientos.

Aquí estamos.

Aquí están ellos.

Sobre la repisa de la chimenea, mamá y papá sonrientes el día de su boda. Los ojos dirigidos a la cámara con una fijeza artificial, como los ojos pintados sobre los párpados cerrados de las fotografías mortuorias. Las sonrisas son socarronas. ¿Se ríen de mí? Has fallado. Te has dormido. Aparto la mirada. Pero, desde la mesita circular a la derecha del sofá, me observan los ojos de mamá y papá, aunque finjan estar haciendo el tonto delante de un puesto de salchichas en el Englischer Garten de Múnich. Antes de que naciera Elisa, papá la acompañaba en sus viajes. Más atrás, sobre una estantería, mamá y papá, tomados de la mano en una gala, no me quitan ojo. Él viste esmoquin; ella, uno de los vestidos largos que ahora duermen metidos en una bolsa de plástico en el desván. Aguantan la risa, están mofándose de mí. Evito las otras fotos.

Recorro las habitaciones apartando cortinas y abriendo ventanas. Estoy enfadada conmigo. ¿Cómo he podido haberme dormido? Todos mis preparativos y fingimientos han sido en vano, ridículos. Siento la piel pegajosa. Huelo a yodo y sal. Me meto en la ducha y froto todo mi cuerpo para desprenderme de ese olor que me abochorna.

Los rituales tienen que ejecutarse al completo, de lo contrario, son meras rutinas vacías y no funcionan.

Me siento cansada y derrotada.

A media mañana, Elisa me envía una foto desde la frutería. Un cartelito de color amarillo fluorescente anuncia el precio del *pomelón*. Agradezco el acento y el gesto. Mi hermana siempre trata de aliviarme la melancolía del mal día. ¡Me cuida tan bien! Tengo

que esforzarme para no inquietarla. Hoy es un día difícil para las dos.

Cuando me sube la compra, todavía tiene los ojos algo enrojecidos por la visita al cementerio, pero sonríe mientras deja un enorme pomelo sobre la mesa de la cocina.

—El más grande que había, para hacer honor a su nombre. No hace falta que te lo comas, era por el chiste.

Le devuelvo el esfuerzo por bromear a pesar del día, con otra broma.

—Me lo comeré como Homer Simpson, espolvoreado de azúcar.

Su sonrisa me hace sentir mejor. Yo también la cuido.

Ahora está recorriendo la casa, supuestamente para apreciar mi limpieza del día catorce, pero también para ver qué tal estoy.

—El estudio te ha quedado perfecto —dice.

El suelo brilla con rabia. Lo he terminado por la mañana.

—Me he empleado a fondo.

Una y otra vez la pieza de Elgar.

Controla el pastillero, un gesto que se ha convertido en mecánico por su parte. Sí, me he tomado las de la mañana.

Cuando Elisa se marcha, me como el pomelo sin azúcar, me merezco la aspereza ácida de cada uno de esos gajos enormes. ¿Cómo puedo haberme dormido? Mientras mastico con los ojos llorosos, me repito con la acritud de la fruta en la boca que los rituales tienen que ejecutarse al completo, de lo contrario, son meras rutinas vacías y no funcionan.

# 20

Llevo días nublada, fatigada; la pesadilla de la víspera todavía me pesa, se me aparece en fragmentos en el momento más inopinado. Elisa tiene muy claro quién es la culpable. Y ha tomado una decisión que, en realidad, solo adelanta unos meses lo que de todos modos tenía previsto hacer. Lo tiene todo preparado, poderes, informes psicológicos, una plaza reservada.

Me parece cruel que le haya anunciado, esta misma mañana, que vendrán a buscarla hoy, no es propio de ella, pero incluso los más bondadosos deben de necesitar a veces un acto de maldad. Creo que la abuela lo ha entendido justo cuando la gerontóloga que dirige la residencia ha aparecido en casa acompañada de dos enfermeros. Desde la puerta abierta de la escalera, he espiado sus voces.

—No. No quiero —ha dicho la abuela.

—¿No estaba avisada? —la voz de la directora sonaba irritada.

—Por supuesto que sí —ha respondido Elisa con fingida compunción—. Me temo que se le ha olvidado.

—No quiero ir —ha dicho la abuela—. Esta es mi casa.

—Es lo mejor, abuela. Estarás bien.

—No, no quiero.

—Estará usted como en casa —ha dicho entonces la directora.

Las voces se acercaban. Desde mi puesto de observación, he podido atisbar a un enfermero cargando una maleta mediana. Detrás, Elisa conduciendo a la abuela del brazo. Letárgica, puede

que desbordada por la conmoción o quizás bebida, se dejaba llevar, pero al alcanzar el vestíbulo, ha parado en seco.

—Quiero despedirme de la nena. Quiero decirle adiós a Ana —ha balbuceado.

—No.

La abuela se ha soltado de un tirón del brazo de Elisa y ha hecho el amago de dirigirse hacia las escaleras.

—Tengo que hablar con ella.

Uno de los enfermeros la ha detenido. El otro ha dejado la maleta en el suelo y ha acudido a ayudarlo. Entre los dos, mientras ella se revolvía y gritaba, la han sacado en volandas hasta la cancela. He corrido hacia la ventana del salón. En cuanto ha pisado la acera, la abuela se ha resignado, aunque ha levantado los ojos hacia mí. Me he apartado al sentir su mirada de reina partiendo al exilio.

He corrido a refugiarme en el estudio de mamá. Aunque la habitación está insonorizada, me parecía oír la vana resistencia de la abuela: «No quiero ir. Tengo que hablar con la nena». He buscado una música que recordaba amable y clara, las piezas del *Pequeño libro de Anna Magdalena Bach,* pero a los pocos minutos mis nervios no soportaban el repiqueteo machacón del clave pinchándome en los oídos. Cuerda grave, necesito cuerda grave.

Cuando Elisa ha subido a verme, me ha encontrado sentada escuchando un concierto para chelo de Carl Philipp Emanuel Bach.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Y tú?

—También. Y ella igualmente lo estará. Es una excelente residencia, donde no le faltará de nada.

Por la tarde, después de ventilar durante horas la habitación, Elisa ha empezado a empaquetar las cosas que la abuela aprecia y quiere, para que las tenga en la residencia. A este respecto, tampoco le faltará nada.

Tras varias idas y venidas de la residencia, una vez que queda claro que la abuela tiene todo lo que desea, ha vaciado su habitación. No entiendo ni la necesidad ni la urgencia, la casa tiene suficientes habitaciones.

—No volverá —me dice—. De estos sitios no se vuelve. Y con dos cuartos museo en la casa basta.

—Pero ¿está bien?

—Cada día más conforme.

Estar conforme no es estar contenta.

Elisa ha donado la ropa y los zapatos que han sobrado. Se ha quedado los pañuelos y chales; como mamá, tiene un cuello largo y blanco, y la abuela siempre fue una adicta a la seda y al cachemir.

Ha hecho trapos de limpieza con las sábanas, incluso con las buenas; ha sacado las toallas bordadas de las baldas en las que vegetaban desde hacía años y las ha puesto a trabajar. El alcohol lo ha ido vertiendo al inodoro en días alternos. Las ratas del barrio se emborracharon el lunes con Crown Jewel Beefeater, el miércoles se pimplaron dos botellas de London Dry Elephant, el viernes les cayó una ginebra japonesa... Y así día a día hasta dejar limpio el mueble bar.

Porfiada, Elisa ha dejado en la habitación solo el esqueleto de los muebles. Pero no ha encontrado ni una página de la historia familiar que se suponía que iba a escribir la abuela.

—¡Qué pena! —le digo—. Me habría gustado descubrir alguna buena leyenda familiar, averiguar que somos parte de una saga con

hazañas coloniales, aventuras, intrigas políticas y económicas, matrimonios de conveniencia y fábricas textiles..., me gustaría que la abuela hubiera escrito su libro sobre «tres generaciones de mujeres», pero nada.

—Pues nos hemos quedado sin la historia de esa parte de la familia.

Tampoco es que conozcamos demasiado de la otra.

De mamá sabemos que era hija de una emigrante española que se marchó a trabajar a Hamburgo y conoció allí a nuestro abuelo materno, alemán, que murió muy joven de cáncer. La crio su madre viuda; ella apoyó su talento musical y murió poco después de que se casara.

—¿Lo ves? —le comenté con rencor a Elisa una tarde en la que mirábamos viejas fotos de la familia materna.

—¿Qué?

—Que su madre esperó a morirse. No lo hizo hasta que vio a su hija ya asentada, concertista profesional y casada con papá. Esperó a pesar de que siempre decía que no veía el momento de volver a reunirse con su marido. No la dejó sola.

—Eso sí que son leyendas familiares —replicó Elisa.

—Mamá nos lo contó. También a ti.

—Y, recuerda, no estás sola. Me tienes a mí.

# 21

Pese a todo lo sucedido, he entregado puntual la traducción en la que estaba trabajando. Elisa, a quien confío los asuntos prácticos, ha enviado la factura.

—A ver si pronto te llega un encargo nuevo.

Tengo una traducción en perspectiva, pero no me enviarán el texto hasta julio.

—Falta mucho —dice Elisa.

Sé que le preocupa mi inactividad, que, por más que quiera sonar jocosa, cuando me llama *couch potato* al encontrarme medio adormilada viendo alguna serie o un concurso de la tele, se le nota la desazón. Y me enerva cada vez que me recuerda que no debo descuidar los ejercicios gimnásticos que tengo prescritos.

Una semana sin trabajo.

—Los he hecho, como siempre.

Doce días.

—¡Pues claro que hago los ejercicios!

Catorce días.

—Deja de preguntármelo cada día, Eli.

—No me hables así, Anita.

—Pues déjame en paz.

Quince días.

—¡Ha llegado una propuesta de trabajo!

Estoy tumbada en el sofá del salón viendo un concurso de palabras en la televisión. La habitación está en penumbra a pesar de

que es mediodía.

—¿Qué es?

—Un texto para una pequeña editorial que publica libros de viajes antiguos.

—Será algún positivista alemán catalogando bichos por ahí —respondo con desinterés y vuelvo al concurso.

Elisa se sienta a mi lado.

—Venga, que a ti te gustan las listas y las taxonomías y esas cosas. Pero no es eso. Mira.

Me tiende el mensaje que ha impreso. El texto me hace sonreír. El editor, Manel Comas, parece haber anticipado mi comentario despectivo.

«No se trata de la enésima señora británica recorriendo Egipto, o de franceses perdidos por algún desierto, ni de científicos ilustrados catalogando flora y fauna por cualquier lugar del globo. En este caso se trataría de un peregrino alemán que viajó a Tierra Santa a finales del siglo XIV.»

—¿Un peregrino alemán del siglo XIV? ¿Cuántos ejemplares piensan vender? —miro a Elisa.

—No sé, pero he estado viendo el catálogo y, por el tipo de libros, suena a proyecto del hijo ilustrado de una familia rica.

Como me ve dubitativa, Elisa añade:

—El texto está escrito en alemán antiguo.

Me incorporo de inmediato. Elisa aprovecha para apagar el televisor y correr las cortinas, mientras releo el mensaje.

—Mira lo que escribe aquí: «Queremos acercar a los lectores a los tiempos en los que el mapa del mundo estaba incompleto».

Elisa me mira sin saber qué importancia tiene lo que acabo de leerle.

—Dile que acepto.

El editor se muestra entusiasmado.

«Me gustaría hablar con Ana en persona, es decir, por zoom, para presentarle el proyecto de viva voz.»

Está, por lo tanto, al corriente de mis peculiaridades.

—¿Te ves con ánimo? —me pregunta Elisa.

—Sí. ¿De verdad ha escrito «de viva voz»? Este señor ya me cae bien.

El encuentro virtual será al día siguiente por la mañana.

—Quédate a escuchar a ver qué impresión te da —le pido a Elisa.

Confío por completo en su opinión. Ella me aconsejó en una ocasión rechazar un trabajo porque los editores no le parecieron de fiar. No sabía explicar las razones, pero no le gustaron y acertó en su juicio: a los seis meses, la editorial se declaró en quiebra y dejó a deber una decena de traducciones.

Cuando su rostro aparece en la pantalla, Manel Comas resulta ser más joven de lo que su estilo dejaba entrever, no parece haber llegado a la treintena.

—Me alegro de que hayas aceptado. Solo te quería a ti de traductora —me dice sonriente.

—¿Por qué?

No soy una traductora experimentada.

—Porque me gustó mucho tu traducción de *La nave de los locos* de Sebastian Brandt, se ve que conoces bien el alemán antiguo.

Asiento satisfecha, no voy a caer en la falsa modestia. Sé que lo hice bien.

—Y porque yo también prefiero no salir mucho de casa —añade entonces.

Tanta preocupación por la primera frase, cuando la realmente peligrosa es la segunda.

—Yo no lo prefiero, es que no me queda más remedio.

—Perdona. Solo quería que te sintieras cómoda conmigo y he conseguido justo lo contrario. Soy un poco torpe. Igual por eso es mejor que no salga mucho de casa. —Compone una expresión que mezcla consternación con autoironía y después sonríe con la cabeza ladeada disculpándose—. Mejor te hablo del texto, a ver si no soy tan torpe —vuelve a sonreír—. El autor es un clérigo que decidió, junto con otros amigos, emprender un viaje a Tierra Santa. Mezcla el relato del viaje con la devoción, ya que se trata también de mover a la recuperación de Jerusalén.

Explica que el texto es también una particular guía de viajes.

—Salieron de Maguncia, pasaron por Venecia, Corfú, Modon, Rodas hasta Jaffa, Jerusalén, el desierto de Sinaí, el monasterio de Santa Catalina...

Me dejo guiar por esa retahíla de nombres evocadores, mientras él sigue hablando con entusiasmo del autor y de un tiempo en que los libros de viajes contaban el mundo a gente que no lo había visto y probablemente no lo vería nunca.

—Desplazarse en el espacio era para mucha gente de su época tan quimérico como desplazarse en el tiempo. Y después los viajeros querían contarlo y que los lectores creyeran aquello que contaban.

Me habla de mecanismos de certificación, de verosimilitud, de paráfrasis, de metáforas..., términos que devienen tan sugerentes como los nombres de los lugares que ha mencionado antes.

—Me gustaría acompañar el texto con algunas notas, que podríamos pensar y redactar juntos. Y lo publicaremos con las ilustraciones que, ya verás, son fantásticas.

Propone una nueva reunión. Me sorprendo aceptando sin consultar a mi hermana.

—¡Qué lanzada! —me dice Elisa cuando termina la videoconferencia.

—Es que este libro me apetece mucho.

—Me alegro. Pues me voy a ver a la abuela.

—¿Para qué?

—¡Ana!

# 22

—Te veo bien. Te sienta bien trabajar —me dice Elisa al entrar con la compra del mercado.

—¿Sabes qué le escribí a Manel para preparar la reunión de hoy? Si no le parecía paradójico que precisamente yo traduzca un relato de viajes.

—¿Por qué se lo preguntaste?

—Porque no quiero que tenga que andarse con miramientos al hablar de mi ¿enfermedad?, ¿tara?, ¿incapacidad? Porque eso me hace sentir enferma, tarada, incapaz.

—Pero... —intenta replicar Elisa.

—No, no me digas que no estoy enferma o tarada o incapaz. Lo que tienes que preguntarme es qué respondió él.

—Bueno. ¿Qué te respondió?

—Que sí, pero que los viajes están sobrevalorados.

—Buena respuesta.

Manel no ha aprovechado mi pregunta para inquirir sobre mi situación ni sobre sus causas. Me ha ahorrado la búsqueda infructuosa de comparaciones, símiles o paráfrasis que, de todos modos, la gente no acaba de entender. Tampoco he atisbado signos de curiosidad morbosa disimulada, como en la ocasión en que me apercibí de que la editora con la que estaba conversando hacía pantallazos, tal vez para ampliarlos y ver detalles de mi espacio. Desde entonces, lo oculto con filtros.

Esta vez no.

Manel puede ver el papel pintado de seda detrás del escritorio y, en medio del denso estampado de helechos, un colorido paisaje *naïf* belga.

—Has cambiado el cuadro –observa Elisa.

Antes colgaba ahí una sombría acuarela en tonos sepia de un pintor romántico alemán, Adrian Zingg, un árbol viejo de tronco grueso, que se eleva retorcido mostrando una vitalidad que no llega a ocultar que algunas de sus ramas están muertas. Según el inventario, los abuelos lo compraron en Colonia.

—Era muy lúgubre. No sé qué le vieron.

—Pero hasta hace poco te gustaba.

—Y el simbolismo es tan transparente... —ignoro su comentario.

—Es verdad.

Elisa me observa, me analiza, se pregunta cómo estoy, si tal vez se trata de un pico eufórico. Se delata en cuanto me pide:

—¿Puedo escuchar un poquito de vuestra reunión?

—¿Por qué?

—Solo un poquito. Para hacerme una idea. Venga. Te prometo que no se dará cuenta de que estoy ahí. Aprovecharé para adelantar el jersey.

Por la tarde, Elisa, fiel a su papel, teje en silencio, mientras Manel y yo leemos y comentamos los caminos recorridos por el peregrino, los templos que visitaba, las indulgencias que recibía, y las reliquias, muchas reliquias.

—¡Cuánto insiste el autor en lo peligroso de su viaje! —digo.

—Lo era. Pero seguramente también era el modo de evidenciar que se merecía todas las indulgencias ganadas.

Reímos.

—Estos pasajes del texto son citas literales de otros libros de viaje anteriores, de autores antiguos —me explica—, porque en esta época aún pesaba más la autoridad escrita que lo que uno hubiera podido ver con sus propios ojos.

—¿Lo sabían los lectores?

—Los instruidos sí; otros no tenían cómo saberlo.

—Entonces, ¿para esos todo era cierto?

—Así es. O todo mentira.

—Estas son las informaciones que habrá que poner en las notas, ¿verdad?

Mientras hablamos, tomo apuntes en una libreta. En ningún momento desvío la vista hacia mi hermana, tan difuminada para mí como los muebles de la habitación.

—Estoy pensando en lo difícil que debió de ser para este peregrino describir ese mundo extraño a personas que nunca habían estado allí.

—Ese es para mí —responde Manel— uno de los atractivos del texto. ¿Cómo le haces entender a alguien que quizás no ha salido nunca de un pueblo a orillas del Rin, rodeado de montes y prados verdes que se cubrían de nieve en invierno, lo que es el desierto? O la ropa de la gente, sus costumbres, la comida. Es todo un ingente esfuerzo de comparación. «Es como nuestro..., pero es más grande.»

—O más pequeño.

—O más duro.

—O más ácido.

—O más azul.

Reímos de nuevo.

—Y ellos lo imaginaban como mejor podían —concluye Manel.

Elisa teje y escucha.

# 23

En cuanto me despido de Manel, llega la hora de la evaluación. Para ello nos vamos a la cocina. Elisa saca una botella de la nevera.

—Da gusto oírte —me dice mientras llena dos vasos de agua. Me tiende uno y prosigue en tono evocador—: Escuchándoos me he acordado de que empezaste a hablar muy pronto. Y muy bien.

Sonrío y tomo un sorbo de agua.

—¿Te acuerdas de aquel día en el zoo? —me pregunta.

Niego. Recuerdo haber ido con ellos varias veces, pero no sé a cuál se refiere.

—Sí, Ana. Aquella vez que papá te llevaba a hombros y empezaste a señalar los animales y a gritar sus nombres: *elepante, godila, ozzzo*.

Elisa imita el gesto que debí de hacer y empiezo a verlo, aunque tal vez me lo esté imaginando.

—Y al volver a casa, en la comida, la abuela te preguntó qué animal te había gustado más...

—¿Qué dije?

—Con absoluta convicción, soltaste, la *mozzzca*.

Como cuando se deja una ventana abierta en verano, un enjambre de recuerdos se ha metido en mi cabeza. Las risas de mis padres, el zumbido de mi ceceo infantil, la mesa del almuerzo de los domingos, Elisa a mi lado; yo siempre quería sentarme a su lado, imitaba sus gestos al desplegar la servilleta, al coger los cubiertos, incluso comía a su ritmo.

—*Mozzzca*—repito—. Me *guzzzta*.

—Te veo bien —dice Elisa—. Pero ten cuidado.

—¿Con qué?

Abro la puerta de la nevera para meter la botella de agua.

—No vayas a cometer ninguna imprudencia.

Cierro, me vuelvo y me encuentro a mi hermana de brazos cruzados con semblante grave.

—¿Como qué?

—Saltarte alguna medicación —señala el pastillero.

Esta semana toca el azul.

—Ni se me ocurriría —respondo.

—Es que me inquieta.

—¿Qué?

—Que te hagas ilusiones.

Se me tensa la mandíbula.

—¿De qué estás hablando? —Nos separa la mesa de la cocina—. Dime —insisto—. ¿Qué quieres decir?

—Nada. Es que te veo muy entusiasmada con este trabajo...

—Eso ya me lo has dicho. ¿Qué tiene de malo?

—Que no querría que te desequilibrases —titubea.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Es que ese Manel parece que...

—¿Qué parece?

—Nada. Olvídalo.

—¿Qué tengo que olvidar? No me has dicho nada. Para poder olvidar algo, debería saber de qué se trata. ¿No te parece?

—¡Yo qué sé! Cuando te pones bizantina, eres insufrible.

—¿Yo? Pero ¿qué he hecho yo ahora? Eres tú quien ha empezado y no consigues terminar.

—Es que me preocupas, me preocupo tanto por ti, que a veces...

Elisa se cubre la cara con las manos. Rodeo la mesa y la abrazo.

—Lo sé, lo sé. Y lo estás haciendo muy bien.

Elisa se relaja. Unos minutos después se marcha a la planta baja.

Me ha dejado la cabeza poblada de recuerdos. Sé que aprendí a leer sin darme cuenta, a fuerza de señalar rótulos y preguntar: «¿qué pone ahí?». Mi cartilla fueron los carteles de las tiendas de ropa a las que acompañaba a mamá; mi primer texto leído no fue: «Mi mamá me mima», sino «El Corte Inglés». Esta era una de las historias familiares preferidas de nuestros padres.

Cuando se dieron cuenta de que leía, le pidieron a la abuela que me enseñara a escribir.

—Yo, yo, yo. Quiero hacerlo yo —reclamó Elisa.

Nuestros padres lo encontraron tan impertinente como enternecedor y le cedieron a ella la tarea. Se convirtió en una maestra de trece años. Lo primero fue comprobar que no hubiera salido zurda como mamá.

—Contrariar a los zurdos comporta secuelas —afirmó Elisa con gravedad pedagógica, tras estar segura de que yo era diestra.

—¿Y a los diestros?

—Supongo que también, pero eso no se suele hacer, que yo sepa. ¿Por qué?

—Es que quiero ser zurda, como mamá —dije.

—No puede ser. Pero no pasa nada, las cosas son más fáciles para los diestros.

Elisa escribía letras con gruesos rotuladores que empapaban el papel, y yo las dibujaba a lápiz. Me asombraba cada vez que, al juntarlas y formar una palabra, aparecían imágenes en mi cabeza.

—Veo cosas. Y también las oigo.

Entonces escribía «perro» y los ladridos me ensordecían.

Como a todos los niños, lo que más me gustaba eran los sustantivos. Una tarde en la que el resto de la familia estaba fuera, cogí un paquete de post-it del despacho de papá y les pegué el nombre a todos los objetos del salón. Los que sabía. Cuando volvieron, los recibió un aleteo amarillo que les decía que aquello era una *lampala,* eso una «mesa», esto una «foto» o un *borigrafo*. Celebraron cada papelito amarillo como si por fin hubieran descubierto el nombre de las cosas, y los dejaron pegados, pero al día siguiente la señora de la limpieza recibió la orden de la abuela de retirarlos. Papá conservó el *borigrafo* y, desde ese momento, llamó así a los bolis.

Elisa, mi maestra de letras, es la depositaria y custodia de mis primeros recuerdos; también su creadora.

Me imagino lo que le ha dado reparo decir abiertamente, que teme que proyecte en Manel una especie de fantasía de sanación, como las princesas a las que despiertan besándolas príncipes de paso por el lugar. Manel está de paso, pero no es un príncipe.

—Lo sé, hermanita —digo para mí.

# 24

Querría que el texto me hubiera durado más y a la vez no podía dejar de traducir. Las cifras en mi libreta de contabilidad semejaban las de un próspero negocio, un negocio temporal, una juguetería antes de Navidad, una heladería en verano, una tienda de bufandas el día de un partido del Barça.

Mientras traducía me he tomado la medicación, he comido bien, he hecho mis ejercicios y cada día me saludaba sonriente al verme en el espejo picado del salón. La víspera de marzo la superé sin dificultades ni secuelas. Enceré el suelo del despacho de papá. Antes había pasado el plumero por la colección de globos y los dejé con el Mediterráneo a la vista, mostrando la ruta del peregrino alemán.

Manel leyó la traducción y me envió un mensaje entusiasta, cuyo efecto euforizante he disimulado ante Elisa, que dice que los picos anímicos pueden ser peligrosos. Se lo contaría a la doctora y quizás me añadiría más medicamentos. Quiero estar aquí, presente, lúcida mientras revisamos el texto y escribimos las notas.

Esta tarde empezaremos la revisión.

—Voy a buscar la labor —dice Elisa.

—Preferiría trabajar a solas con él.

Me asegura que lo acepta, pero se marcha con expresión preocupada. Sé que antes ha revisado el pastillero. ¿Por qué teme

que se me vaya a ocurrir dejar la medicación? Es lo último que haría. Quiero estar bien.

Manel se conecta a la hora convenida. Trabajamos concentrados, pero percibo los pasos furtivos de mi hermana acercándose a la puerta. Aunque no entra, me imagino que tiene la oreja pegada a la madera. Lo que oye es una conversación sintáctica, ¿adelantamos o no una subordinada? Esto parece haberla aburrido y tranquilizado lo suficiente, porque acaba marchándose.

Para la siguiente cita dejo la puerta abierta. Ella vuelve a subir, pero se queda al principio del pasillo.

Cuando nos vemos, me pregunta por el trabajo. Yo no le digo que sé que me espía.

# 25

Hoy vamos a revisar la parte del texto que habla de la fauna del lugar. Me ha enviado los grabados que lo acompañan. Algunos de los animales se asemejan bastante a lo que dicen representar.

—Dejando aparte que parece que tenga *hotdogs* en vez de pies, el camello es muy realista —digo.

—Pero aquí —señala la jirafa— se nota que el artista dibujaba de oídas. Siguiendo lo que le contaba el peregrino.

—Y salió esto.

El cuerpo parece el de un perro, un podenco, con las patas muy largas. El cuello también es largo, pero no lo suficiente. Como si el dibujante no se acabara de creer lo que le contaba el peregrino.

—¿Te imaginas su cara mientras el otro se lo describía? Seguramente en su vida solo había visto vacas, caballos, ovejas...

—¿Y si hacemos un experimento? —me propone—. Uno lee lo que dice el texto y el otro dibuja.

—Yo leo.

—Vale.

—Pero tienes que seguir fielmente mis palabras.

—Muy bien.

Describo el animal. Él dibuja. Al terminar, me muestra un caballo jorobado con boca de vaca.

Mientras me río y alabo bromeando su talento como dibujante, una parte de mí se siente transportada por unos segundos a las sesiones con la doctora Molina, a mis ímprobos esfuerzos por hacerle

entender qué me sucedió. Ella nunca había sufrido algo similar, ella nunca había hecho mi viaje. Yo le hablaba de mi camello y ella dibujaba un caballo chepudo y rumiante.

En las ilustraciones del libro, el mono parece un hombre vestido con una gorguera peluda, y el cocodrilo es más bien una lagartija gigante. Así se los describo a Manel, que celebra cada una de mis ocurrencias. Es una pena que no haya *elepantes*.

Pero sí un unicornio.

—Probablemente se trataba de un rinoceronte —comenta él.

—¿Había rinocerontes por esas tierras? ¿Rinocerontes en Jerusalén?

Nos reímos de nuevo.

Elisa entra entonces en mi cuarto. No he oído sus pasos en la escalera. Es como si tuviera mis sensores desconectados.

—¿De qué os reís? Se oyen las carcajadas por toda la casa.

—Cosas del trabajo.

Se acerca.

—Ya me gustaría a mí tener un trabajo así. No sabía que los peregrinos a Tierra Santa fueran tan divertidos.

Se asoma a la pantalla y saluda a Manel.

Él se pone serio al instante y le devuelve el saludo.

—Perdonad que os interrumpa —dice ella—. Es que tengo que decirle algo a mi hermana.

Me levanto y la acompaño a la cocina. Quiere repasar conmigo la lista de la compra.

—¿De eso se trataba?

—También es importante.

—Pero no hay nada nuevo o diferente que comentar.

—¿Y qué?

—Pues que nunca me consultas si no hay nada nuevo.

—¿Qué pasa? ¿He interferido en algo muy importante?

—Bueno... Es que estoy trabajando...

Agita el papel con la lista de la compra delante de mis ojos.

—Yo también. ¿No te parece?

Agacho la cabeza. Lo mejor que puedo hacer es murmurar una disculpa. Ella la acepta, pero se marcha, de todos modos, enfurruñada.

Cuando regreso delante del ordenador, se ha perdido toda la magia. Manel tiene la delicadeza de no preguntarme; trabajamos concentrados y nos emplazamos para el día siguiente.

# 26

Elisa sube con la compra. Lleva un fular azul de cachemira que era de la abuela. Tiene los pies mojados; una lluvia repentina le ha calado el bajo de los pantalones. Mi bolsa contiene exactamente lo que estaba escrito en la lista, un papel arrugado, donde me parece que cada producto está surcado por una línea enfadada. ¿Cree acaso que no aprecio todo lo que hace —y lo que deja de hacer— por mí?

—Estás empapada —le digo—. Quítate toda esta ropa y date una ducha caliente.

—Pero...

—No hay peros, venga —es el mismo tono que ella emplea conmigo.

La dirijo con suavidad hacia la puerta.

—*Husch, husch*—y hago el gesto de empujarla con las manos, mientras repito la onomatopeya alemana que usaba mamá para darnos prisa.

Cuando vuelve, oliendo a gel de ducha, todo está bien entre nosotras.

—¿Quieres que te arregle un poco el pelo? —me ofrece.

No urge, pero parece que necesita recuperar su rol de cuidadora. Colocamos una silla frente al espejo de mi baño y lo convertimos en una peluquería casera. Me siento, Elisa me cubre con una toalla y pasa los dedos por mi cabellera.

—¡Estos rizos! ¿Te acuerdas?

No necesita decir de qué. Cuando era pequeña, mamá me dijo que, tan flaquita y con esos rizos, parecía un diente de león. Cada vez que alguien me llamaba así, yo rugía y levantaba las manos como si fueran zarpas:

—Grrrrrr. Grrrrrr. Soy un diente de león.

Una tarde de domingo, poco antes de que Elisa cumpliera los quince, estábamos las dos leyendo en el salón de la planta baja. Mamá y papá habían salido. Salían mucho cuando ella volvía a casa de las giras; decían que para recuperar el tiempo. La abuela no se encontraba a la vista. Elisa se fijó en que yo me apartaba constantemente el pelo que me caía sobre la cara y me molestaba al leer.

—¿Quieres que te lo arregle un poco?

Cerré el libro.

Elisa, como ahora, puso una silla frente al espejo del baño, me cubrió los hombros con una toalla y con unas tijeras de costura me cortó uno de los rizos que me caían sobre la frente. Sopló.

—¿Ves? Sale volando ¡como el diente de león! —exclamó.

Respondí con un rugido.

—Grrrrrr. Grrrrrr. Diente de león. Grrrrrr. Grrrrrr.

Otro rizo, otro soplido, otro rugido.

—Grrrrrr. Grrrrrr. Diente de león. Grrrrrr. Grrrrrr.

Después, Elisa empezó a cortar por toda la cabeza. Recuerdo el sonido rítmico de los tijeretazos y mis rugidos. Ras, ras, ras. Grrrrrr. Grrrrrr. Ras, ras, ras.

Hasta que la detuvo un grito a nuestra espalda.

—¿Qué has hecho?

De puro sobresalto, mi hermana se volvió con las tijeras hacia la abuela, cuyos ojos iban de mi cabeza pelona a las dos hojas de metal hambrientas que apuntaban hacia ella.

—¿Qué le has hecho a la nena?

Con un golpe seco le tiró las tijeras de las manos. No me gustó, busqué los ojos de la abuela en el espejo y, señalando mi cabeza sin melena, le dije:

—Cuidado, que ahora soy un diente de leona. Grrrrrr. Grrrrrr.

La abuela nos echó a voces del lavabo, barrió todo el pelo y lo dejó sobre un periódico en el recibidor para que nuestros padres lo vieran en cuanto regresaran.

Fue mamá quien asumió la tarea de reñirnos. Ella era la vehemente. Papá solo negaba con la cabeza, consternado. Tras él, la abuela bloqueaba la salida de la habitación con los brazos cruzados.

—Pero, Elisa. ¿Cómo has podido hacer este disparate? ¿En qué estabas pensando?

Nosotras recibíamos la reprimenda sentadas en el sofá del salón.

—Creía que podía confiar en ti. Pero veo que no lo mereces.

Eso le dolió a mi hermana. No podía tolerarlo. Tensé los dedos como garras, me levanté de un salto felino, y me interpuse entre mamá y Elisa.

—Grrrrrr. Grrrrrr.

Ese gesto feroz los desarmó. Nuestros padres salieron del salón para que no viéramos que no podían contener la risa. Creo que hasta la abuela se rio.

Cuando Elisa termina de arreglarme el pelo, le pregunto:

—¿Me prepararás una infusión esta noche?

Infusión. Preocupación. Dedicación.

Es el calor del cuidado de Elisa.

Después, en la cama, siento por los brazos y las piernas, por las manos y los pies, los pasos de unas hormiguitas que levantan mi cuerpo y lo transportan a un lugar oscuro y recogido del que no regresaré hasta la mañana.

# 27

Manel y yo deberíamos estar trabajando, pero pasamos los minutos hablando de traducciones, de estructuras, de sinónimos, de etimologías, de correcciones. Palabras para hablar de palabras. Palabras para hablar de las palabras que hablan de las palabras. Vértigo.

El vértigo.

El vértigo de las palabras que no conozco y se refieren a cosas que tampoco conozco.

El vértigo de las cosas que conozco y no sé cómo se llaman.

El vértigo de las palabras que no sé qué significan.

El vértigo de las palabras fantasma. Todas las que mis padres no llegaron a decirme.

El vértigo de la palabra que carga con el dolor fantasma: orfandad, y la triste lista de sus sinónimos.

A veces pienso que mi trabajo no es bueno para mí. Cuando hurgo en las palabras, se vuelven porosas, inestables...

Y me vienen ganas de contarle a Manel que de pequeña las palabras me hacían ver cosas. Y me muero de ganas de contarle que guardo un post-it en el que escribí *borigrafo,* que encontré en el despacho de papá.

Y me muero de ganas de contarle que colecciono nombres de frutas y verduras mal escritas que me manda mi hermana: *nalanjas, alchochafas, lichugas, pomelones*...

Y me dan ganas de contarle también que de pequeña ya sentí el vértigo que provoca la arbitrariedad del lenguaje. Repetía una palabra muchas veces hasta que se descomponía en sílabas que carecían de sentido. Lo mismo me sucedía cuando buscaba su significado en el diccionario y me extraviaba en una cadena de otras palabras, que derivaba en una espiral infinita hasta perder el sentido también. Y que, cuando empecé a interesarme por la etimología, las palabras que parecían eternas, cinceladas en piedra, resultaban arenosas si escarbaba en sus antepasados y llegaba a tatarabuelos indoeuropeos, cuyos tatarabuelos señalaron un día algo con un índice peludo mientras emitían algún sonido gutural.

Sin darme cuenta, se lo he contado todo, sin esfuerzo.

Manel me corresponde.

—Si las observas demasiado o las repites demasiadas veces, notas que las palabras pierden el significado. Y tomas conciencia de que aquello que te permite pensar no es más que un invento. Caes en un agujero en el que todo pierde su sentido. Es una sensación de vértigo.

Ha dicho «vértigo», la misma palabra que he pensado yo. Me ha dejado muda. En el pequeño recuadro en el borde derecho de la pantalla veo mi cabeza asintiendo tres veces con energía, *con moto,* como mamá. La genética.

—¿Sabes lo que hago yo cuando esto me sucede? —mira a su alrededor, como si alguien pudiera estar espiando—: Lo mismo que con los mareos físicos, hay que evitar cerrar los ojos, así que pego la espalda al respaldo de la silla, y concentro toda mi atención y la mirada en algo tangible y lo nombro como si fuera la primera vez que ese objeto recibe un nombre, como si estuviera inventando la palabra.

Si no fuera ridículo, desproporcionado, empezaría a dar saltos por la habitación o a bailar. Pero palabras merecen palabras.

—Yo hago algo parecido. Cojo un lápiz, lo aprieto con fuerza, como si estuviera vivo y pudiera escaparse, y repito varias veces el sustantivo. Una vez que el lápiz recupera su nombre, todos los otros objetos que me rodean lo hacen también.

—Seguro que esto tiene un nombre —dice él.

—Y, si no, se lo buscamos.

Nos ponemos a inventar términos, cada vez más absurdos.

El rostro de mi hermana asoma en el marco de la puerta. Un óvalo perfecto, una cara de otra época, de retrato en miniatura. Con el pelo partido en dos por la tersa raya, los rasgos aparecen inhumanamente simétricos. La piel tiene el mismo color que la de mis padres en las fotos del salón. Me sobresalto.

—¿Qué pasa? —pregunta Manel.

—Mi hermana, que me ha pegado un susto.

Ella se marcha encogiéndose de hombros, negando con la cabeza. Como la abuela. La genética otra vez.

No ha sido un día de trabajo demasiado productivo, pero me siento muy bien. Tanto que no me enfado con Elisa cuando me repite que sea precavida, que no descuide mi medicación. Pero me he puesto en guardia cuando ha dicho, fingiendo que bromeaba:

—Veo que te lo pasas bien. Las risas se oían por toda la casa.

La genética es cruel. Tengo que buscar en el diccionario si existe una palabra como «materna» o «paterno» para lo que se refiere o pertenece a los abuelos.

Mientras, para tranquilizarla, le pido que por la noche me prepare otra vez la infusión de dormir.

A partir de ahora bajaré el volumen de mis risas. No quiero que Elisa esté molesta. Es lo último que querría.

Los que nos cuidan en cautividad tienen un gran poder. Si dejan de alimentarnos, morimos de inanición como los canarios olvidados en sus jaulas durante las vacaciones, o nos agostamos como las plantas de los balcones. Por eso hay que aceptar las reglas no escritas, hay que respetarlas, es lo que tiene la cautividad, aunque la celadora sea una persona tan abnegada y bondadosa.

¿Qué estoy haciendo? No debería pensar siquiera en palabras como «celadora». Me contaminan la mente. Mi hermana no es una celadora. Es mi cuidadora. Es quien me cuida con celo. ¡Qué feos son los otros sinónimos! Vigilante, guardiana, centinela, bedela. Bedela me hace reír, me relaja. El diccionario me libra de pensamientos oscuros.

Por la noche me entrego al ejército de hormiguitas, que alzan mi cuerpo y se lo llevan a su oscuridad acogedora para que descanse.

# 28

—Podría ser algo así como «ávico», porque en latín abuelo es *«avus»*. La pena es que no exista —le cuento a Manel.

—Pues ahora sí.

Y entra en el particular diccionario de palabras propias, adoptadas, inventadas, resignificadas que estamos creando entre los dos. Pronto terminaremos. Procuro no pensarlo.

Manel se detiene en un pasaje.

—Aquí toca poner una nota. Es imposible que viera esta iglesia.

—Pero la describe con detalle. También el interior.

—Lo ha copiado de otros, porque la iglesia fue destruida más de cien años antes de su viaje.

—¿Por qué lo hace?

—La autoridad de la palabra escrita —responde—. Seguramente, en otros libros de viajes a Jerusalén la mencionan y el autor se siente en la obligación de decir que también la ha visto.

—¿Aunque sea mentira?

—Sí, porque podía darse el caso de que alguien conociera esos textos anteriores y le echara en cara que no mencione esta iglesia. Con lo que pondría en duda todo el viaje.

Me extraña que una mentira libresca valga más que la propia experiencia.

—Un relato de viajes es una lucha constante contra la incredulidad. Hay que demostrar siempre que se está diciendo la verdad. Como los lectores no conocen los lugares, tampoco pueden

estar seguros de que lo que les dicen sea cierto, los autores se esfuerzan por certificar, por buscar elementos que corroboren lo escrito. Tenéis que creerme, fue tal como lo cuento. Yo estuve allí.

—Pues yo me lo he creído.

—Este hombre estuvo allí —concluye Manel—, y sabía perfectamente que esa iglesia ya no existía, pero era mucho más importante seguir lo ya escrito que confiar en la certificación autóptica.

—¿En la qué?

—Certificación autóptica. Quiere decir que lo has visto con tus propios ojos.

Los dos, sincronizados, nos vamos a la página web de la RAE. Pero mientras él me lee la definición de «autopsia», yo lo miro. Es un momento perfecto para observarlo sin que se dé cuenta. Cómo mueve los labios, sus ojos castaños, tan grandes, siguiendo las palabras en la pantalla, su nariz recta, como tallada. Lo miro, «con mis propios ojos». Certificación autóptica. «Autóptica», una palabra que huele a mesa de forense, a formol; un tropiezo de palabra, con dos oclusivas casi pegadas la una a la otra, una desconocida hasta hace unos pocos segundos se convierte en una palabra mágica, una llave que me abre la boca, que me suelta la lengua y que, en cuanto él se vuelve sonriente hacia la pantalla tras terminar la lectura, hace que diga:

—Quiero verte.

# 29

Quiero verlo con mis propios ojos.
Quiero que nos veamos.
Quiero mi certificación autóptica.

# 30

—Vendrá a casa para revisar algunos flecos del texto.

Elisa no está muy conforme con la idea.

—Las visitas siempre te han perturbado.

Pero acaba aceptando. Se da cuenta de que no estoy dispuesta a ceder, aunque le confieso que estoy nerviosa.

—Te prepararé una infusión.

Las visitas me alteran mucho. Me alteraban; hace tiempo que nadie viene a verme.

Durante los primeros meses del encierro, vinieron algunos compañeros de clase. Acudían de dos en dos o de tres en tres, como se va a la casa de la vieja loca a pedirle la pelota que se ha colado en su patio.

Las miradas de mis amigos y compañeros se habían enrarecido; me escrutaban buscando señales de mi «locura», interpretaban cada palabra, cada gesto; también cada objeto de la casa. Unos y otros nos esforzábamos tanto por fingir naturalidad que nos movíamos y hablábamos como en un teatrillo de marionetas, gestos rígidos y vacilantes, palabras declamadas por miedo al silencio.

Cuando Elisa dijo que sería mejor que se presentasen de uno en uno para no alterarme, algunos vieron la oportunidad de desaparecer; otros, pocos, persistieron, pero sus apariciones se

fueron espaciando con el tiempo y en algún momento cesaron. Tal vez fuera por la incomodidad de la situación, o porque la vida seguía y se ramificaba fuera de esta casa.

Probablemente también los ahuyentaran las instrucciones de Elisa, que les decía cómo saludar, qué no debían decir, lo que era preferible no mencionar...

Les pedía también que no hablaran demasiado alto.

—No hagas movimientos bruscos —le explicó a una compañera del instituto, una de las últimas visitantes, mientras la guiaba hasta la escalera.

Desde la puerta, aunque sin pasar el límite de seguridad para evitar el mareo y la asfixia, le grité:

—¡No soy un potro en la cuadra! ¿Le vas a decir también que me dé azucarillos?

—¿Por qué dices eso? Es por tu bien. Estás aún muy frágil.

Elisa hablaba al pie de la escalera, con una mano apoyada en la bola de mármol al inicio de la barandilla.

—¿Y crees que me va a dar un ataque si mueve las manos demasiado deprisa?

La compañera se detuvo en el primer rellano, mirándonos alternamente.

—No dramatices.

—No estoy dramatizando.

—Y si te pasa algo, ¿qué?

—¿Qué me va a pasar?

—Ya sabes qué.

Entonces nos interrumpió la voz de la visita:

—Bueno, si acaso ya vengo en otro momento.

Empezó a bajar. Desde la puerta le imploré que no se marchara, mientras que mi hermana permanecía en silencio.

—Ya vuelvo otro día —la voz se alejaba.

Me asomé a la puerta y, al instante, una mano me apretó el cuello. Los escalones se estiraban y encogían mientras delante de mis ojos aparecían puntos negros, moscas, corcheas que anunciaban el desmayo. Caí de rodillas, y aún llegué a ver los ojos espantados de mi compañera al pie de la escalera, antes de que el cuerpo de Elisa lo cubriera todo.

La compañera no encontró ese otro momento. Me escribió mensajes cada vez más espaciados durante meses y, finalmente, desapareció de mi vida.

También recibí visitas de alguno de los editores para los que trabajo, incluso algún autor al que he traducido. En cuanto acepto un encargo, Elisa los pone al corriente de mis circunstancias.

Las visitas se programaban con días de antelación y con un tiempo acotado. Siempre nos reuníamos en mi estudio, no podían entrar en otra estancia de la casa, ni siquiera el lavabo. Si necesitaban ir al baño, tenían que bajar a la planta baja. Esto fue idea de Elisa.

—Nada delata más la intimidad de una persona que el contenido de los armaritos del baño y dudo que resistan la tentación de mirar adentro.

A su llegada, Elisa los recibía, los acompañaba al estudio y también les servía café o bebidas. Después del trabajo, a la hora fijada, los recogía y los acompañaba a la calle. Subía, recogía las tazas y vasos y me preparaba una infusión para los nervios. Me la tomaba por no hacerle un feo, ya que no servía para evitar que la tensión acumulada me alterase el cuerpo. Después de las visitas,

siempre acababa enferma, sufría fuertes dolores de estómago y jaquecas.

Pero, como sucedió con mis antiguos compañeros, una vez saciada la curiosidad de ver a la reclusa, mi situación les incomodaba y ya no se dejaban caer por aquí. Debía de parecerles demasiado rara, demasiado inexplicable, demasiado absurda. Todos los demasiados perturbadores.

—Tampoco los necesitas.

Y menos aún, afirmaba Elisa, a aquellos que se mostraban empeñados en «solucionarme», con consejos más o menos velados y teléfonos de psiquiatras, psicólogos, terapeutas e, incluso, una médium.

—¡Qué se habrán creído!

—Bueno, lo hacen de buena fe.

—No la necesitamos, su buena fe. Ellos que te den traducciones. Eso es bueno para ti. Del resto me encargo yo.

—También me hacen compañía —dije una vez, aunque ya no estoy segura de ello. Tal vez solo lo pensé, ya que Elisa no pareció acusar esas palabras.

Como ha ido aumentando de un modo tan gradual, he acabado acostumbrándome a mi soledad. Ahora me basto. Me basto conmigo y con Elisa.

Y, sin embargo, cuento los días hasta la visita de Manel.

# 31

Dolores y pinchazos en el estómago y en la cabeza, temblores en las manos, hormigas en los pies. Los ignoro.

Recorro las habitaciones, mis dominios, una y otra vez. ¿Está todo bien? ¿En orden? ¿Es bonito? Más aún. ¿Es hermoso? ¿Le gustará?

Por la mañana he subido al desván como una buscadora de tesoros, de objetos bellos. Algunos de ellos, a pesar de los años transcurridos desde que los compraron, han bajado a la casa por primera vez.

—Son muy valiosos, se podrían romper —decía la abuela.

—Los objetos son para usarlos, si no, se deprimen —respondía mamá.

E ignoraba su mirada de desaprobación cuando ella y papá empezaron a tomarse el café del desayuno en las tazas de la Cartuja de Sevilla que antes languidecían en un aparador. Papá siempre secundaba a mamá. Una vez, incluso, se puso a hacer malabarismos con unas hueveras de porcelana inglesa.

—Loquito te tiene, loquito —refunfuñaba la abuela.

Hacía calor en el desván. He abierto la ventana y la mirada se me ha ido al mar, tan lejano. De pronto, la ciudad ha dejado de sonar. La gente, los coches, los perros ¿Dónde están? ¿Se han quedado mudos? Cinco segundos hasta que se oye un grito desabrido, un claxon, un ladrido de perrito iracundo. Ya está, ya pasó. Están de

vuelta. El silencio no significa nada, como tampoco quiere decirme nada el hormigueo en las manos.

Asomo la cabeza a cada habitación.

El estudio de mamá.

—¿Te gusta?

El despacho de papá.

—¿Te gusta?

El salón.

—¿Te gusta?

Y él dirá: «Sí, qué hermoso todo». O quizás: «Sí, qué limpio todo». O tal vez: «Sí, todo tan ordenado». O mejor aún: «¡Qué ordenado todo, Ana!». Cada vez con mi nombre al final, y cuando lo haya dicho tres veces...

Solo el miedo supera a la vergüenza en velocidad. ¡Qué estupidez acabo casi de pensar!

—¿Cuántos años tienes, Ana? ¿Esperas a un príncipe azul? ¿Para que te salve? ¿Para que te saque de aquí? —me digo por el pasillo y me respondo—: Nadie puede sacarme de aquí.

¡Malditos cuentos infantiles que nos envenenan la mente para siempre!

Invoco, como antídotos, las cabezas cortadas de Trifina y de las esposas de Barba Azul, del pirata Störtebecker y de sus hombres, las de los santos degollados y decapitados. Todos acuden a ayudarme. Con sus muertes crueles, diluyen el almíbar en ríos de sangre.

Pero deseo que mi casa le guste, quiero impresionarlo.

Para Manel la he llenado de objetos bellos. Ignoro el dolor de estómago y los pinchazos en la cabeza, que me torturan a pesar de que me he tomado lo que me ha preparado Elisa; por seguridad, incluso he repetido. También ignoro la voz interior que se burla de mí y me dice que parezco una adolescente enamorada. Le planto cara y le digo que sí, que quizás soy una adolescente enamorada, que quizás no puedo ser otra cosa ya que no he podido serlo antes, y que, si se da la ocasión, quiero acostarme con él, sabiendo que en la cama seré una adolescente primeriza y torpe.

Todo está listo. Estoy nerviosa y excitada. Por supuesto, no le he dicho a mi hermana que he cambiado las sábanas, aunque hoy no tocaba.

# 32

Manel llega puntual a las seis cargando el ordenador en una mochila. Elisa lo recibe, se abstiene de darle instrucciones, así se lo he pedido, y lo acompaña hasta la puerta de mi planta. En cuanto ella empieza a bajar la escalera y él y yo quedamos frente a frente, no sabemos cómo saludarnos. Primero, nos damos la mano. ¡Cuánto tiempo sin tocar otra piel! Nos miramos, él ladea la cabeza y se acerca para darme dos besos. Me gusta el roce, me gusta su olor, y me abochorna la risita conejil que se me escapa.

Le enseño la casa con forzada naturalidad, siguiendo su mirada. ¿Estará apreciando los objetos que he dispuesto con tanto cuidado para él? Tengo el corazón acelerado y me parece que se me nota en la voz, me tiembla un poco, mientras le cuento, no sé muy bien por qué, los cambios que se han hecho en la casa para adaptarla a mis necesidades.

—Mi dormitorio es el mismo —le digo trazando un arco abarcador desde la puerta mientras siento que la ropa se me desprende del cuerpo.

Una punzada en el estómago. Mis intestinos se retuercen como si fueran esos globos alargados con los que los feriantes hacen animalitos. «Toma, niña, una jirafa.» «Mira qué perrito más bonito te he hecho, nene.» «¿Quieres que te haga un *elepante,* nena?» Peristaltismo. Los nervios, tengo que controlar los nervios.

La visita me está quedando algo rígida, museística, me temo, pero parece haber satisfecho su curiosidad, que no le reprocho. Me

pongo en su lugar, el despacho de papá, el estudio de mamá son espacios extraños, por más que yo le explique que también los uso, por más que haya presentado la inmensa colección de cedés de mamá y la algo vetusta biblioteca de papá como si fueran mías.

Volvemos a mi despacho, hora de trabajar. Mientras Manel instala y enciende el ordenador, preparo café para él y la infusión que me ha dejado Elisa para mí, con la esperanza de que me calme los nervios.

En cuanto me siento a su lado, se me taponan los oídos, su voz me llega lejana. Aun así, me gusta. Es todavía más bonita que cuando hablamos a través de la pantalla. Noto el calor de su cuerpo. Al señalarle con mi lápiz rojo una palabra en el manuscrito, se acerca para leerla, me toma la mano como si quisiera apartarla del papel para ver mejor, pero no la suelta. La piel me arde y se me escapa un jadeo. Me vuelvo hacia él, que hace lo mismo. Nos miramos, nos sonreímos, nos acercamos más, cerramos los ojos. Nos besamos. Una súbita arcada me sube desde el estómago, logro apartarme a tiempo de su boca, giro la cara, me doblo por el dolor y vomito en el suelo.

Al incorporarme, veo en sus labios un rictus de repugnancia, pero lo peor son sus ojos, sus ojos me miran con tristeza. Ojalá se eche a reír, ojalá lo vea como un patinazo gracioso del que algún día nos reiremos, pero los segundos pasan y el olor acre que nos envuelve deja claro que no vamos a conseguir verle la parte chistosa. Me estoy mareando, una segunda ola se apresta a subir. Antes de que vuelva a suceder, digo con un hilo agrio de voz:

—Creo que es mejor que te marches, no me encuentro bien.

Me levanto para ir rápidamente al lavabo. Vomito otra vez.

Me da vergüenza salir, pero tengo que hacerlo.

Al regresar a mi estudio, él ya ha recogido todas sus cosas.

—¿Quieres que avise a tu hermana?

—Por favor.

Se marcha sin decir nada. Simplemente se va.

Oigo sus pisadas bajando la escalera y sé que, en cuanto él haya abandonado la casa, mi hermana subirá. No me dirá que ya me había advertido, no hará falta, ya sé que lo estará pensando. Ella limpiará el vómito sin hacer comentario alguno y me pedirá que me acueste, que descanse, que mañana estaré mejor.

Obedezco y me dirijo algo tambaleante al dormitorio. Los objetos que he repartido por la casa son burlones testigos de mis ridículas expectativas. Las más crueles son las sábanas, con su olor a limpio, a suavizante virgen. Antes de desvestirme, cierro las contraventanas y las cortinas; no quiero ver cómo esta vez las prendas caen de verdad.

Solo la lucecita roja del televisor ofrece una indicación espacial. Me tumbo en el centro de la cama, en mi posición de dormir y caigo rendida.

Me despierto sin saber qué hora es al sentir los movimientos de un pájaro dando saltitos sobre mí. Un pájaro pequeño, pero compacto, como una paloma, que sube y baja hasta que se detiene a picotear sobre mi pecho. Ahuyento al pájaro con una mano pesada como rellena de arena mojada. Se marcha sin que se oiga el aleteo. En ese silencio percibo que hay alguien en la habitación, en el silloncito a mi izquierda.

—¿Cómo te encuentras, chiqui?

Claro. Es ella, que me vela.

—Mejor.

—¿Quieres algo? ¿Un poco de agua?

Me muero de sed, pero no quiero que encienda la luz y me vea empapada de bochorno.

—Vete a dormir. Estoy bien.

—Me tumbaré a tu lado.

—Vale.

Duermo cogida de la mano de mi hermana. Mi hermana escudo, mi hermana paraguas, mi hermana dique, mi hermana barrera...

# 33

Esa hermana escudo, hermana paraguas, hermana dique, hermana barrera..., que ha tendido la colada en el jardín con todas las pinzas mezcladas. Azul con verde, rojo con azul, rosa con amarillo. Mal. Mal. Mal. Primera pinza amarilla, segunda pinza amarilla. Primera pinza roja, segunda pinza roja. Sabe que me tortura, que no soporto ese desorden, que no podré concentrarme en el trabajo, porque no puedo bajar a reparar el desorden. Está enfadada conmigo. Así me lo dice. Entre las prendas cuelgan mis sábanas acusatorias. Ha descubierto mis intenciones. Las sábanas me recuerdan el absoluto ridículo de mis planes y me llenan la boca del sabor agrio del vómito.

Por la tarde, mientras estoy leyendo en el salón, Elisa sube con la ropa limpia y doblada. Ella misma la guarda en el armario de mi dormitorio sin hacer comentarios. No hace falta. Sabe que he entendido su mensaje en lenguaje de pinzas.

Yo sigo el sonido de sus movimientos sin cambiar de posición, sigo sosteniendo el libro, aunque, desde su irrupción, el texto ha dejado de tener sentido. Cuando entra en el salón, la acompaña el olor a detergente y suavizante. Es el olor del perdón.

—¿Cómo te encuentras, peque?

—Mejor.

Se sienta en el brazo del sillón y me pasa el brazo por los hombros. Cierro el libro y me apoyo en su cuerpo. Ella me besa en la cabeza. De soslayo, veo nuestra imagen reflejada en el espejo de la cómoda. Mi hermana apoya su cabeza en la mía al decir:

—No era el momento, peque.

—No.

—Ya llegará. Lo verás. Saldrás y conocerás a chicos.

—Sí, pero no tengo prisa. Estoy bien así.

Su sonrisa de satisfacción al oír mis palabras se refleja en el espejo. Por un instante atisbo una sombra deslizándose detrás de nosotras. En cuanto parpadeo, solo estamos Elisa y yo.

—Yo te cuidaré. Estarás bien.

Un último beso en la cabeza y se levanta.

—¿Te he jodido la vida? —le pregunto.

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Porque seguro que tenías otros planes, no dedicarte a tu hermana tronada.

—Primero, no estás tronada, solo delicada. Y, segundo, me gusta esta vida.

¿Cómo decirle que a mí no me gusta la mía?

Por más que lo niegue, sé que le he trastocado la existencia, que debía de haber tenido otros deseos, otros anhelos. Los años que nos separan no me permitían conocer su mundo antes de que el accidente de nuestros padres lo trastocara, antes de que mi problema lo rematara. Apenas conocía a sus amigos, a su pareja. ¿Se separaron por mi culpa? ¿Porque no soportaba su dedicación a mí? ¿Qué habría hecho ella si nuestros padres no hubieran muerto?

—¿Qué habrías hecho?

—No lo sé.

—¿Seguro?

—¿Cómo puedo estar segura de no saber?

No es la primera ocasión en que mantenemos esta conversación. Mi mala conciencia emerge de vez en cuando; muchas veces asociada a los momentos en los que creo haber hecho algo mal, a los momentos en los que ella deja escapar su enfado conmigo olvidando comprar algún producto o retrasando el horario de sus visitas. Eso me pone muy nerviosa y espío los sonidos de la planta baja desde la puerta para asegurarme de que, por lo menos, está en casa.

—Pero una cosa puedo asegurarte, que te habría cuidado. Lo he hecho toda mi vida.

Elisa, la hermana escudo, la hermana paraguas, la hermana dique, la hermana barrera...

# 34

Manel ha tardado dos días en dar señales de vida. Me envía unas consultas poco interesantes sin mencionar lo sucedido. Como no puedo dejarlo así, le escribo unas líneas breves de disculpa de las que da acuse de recibo.

«No se hable más.»

¿Eso es todo?

Eso es todo.

Le propongo que trabajemos sin utilizar el vídeo. Espero borrar también la imagen de su expresión de repugnancia y pena. No sé cuál de las dos me duele más. Él acepta sin resistencia.

—¿Te puedo escribir de vez en cuando? —me pregunta cuando acabamos.

—¿Para qué?

—Para que no perdamos el contacto.

Como si no supiera que ya está perdido. Le respondo con un «vale» tan desganado que dudo que me escriba de vez en cuando.

Se acabó. Solo quedan las galeradas. Es decir, un paquete de hojas de papel.

¿Qué esperaba?

No lo sé. ¿Una palabra mágica? Una palabra tuya bastará para sanarme. ¡Pamplinas! Elisa tiene razón. No es el momento, el cuerpo lo ha dicho claramente. ¿Cuándo lo será? Todavía no. Hoy estoy bien. En casa. No era el momento.

Recorro las habitaciones y me paro frente a cada uno de los objetos que puse para él.

—Estúpido —le digo a uno de los jarrones de cristal.

—Ridículo —a otro.

—Absurdo —al reloj sobre la repisa.

—Tarado —al busto romano.

—Inútil —al escabel de terciopelo.

Pieza a pieza, hasta ensuciarlas y denigrarlas a todas y tal vez a Manel a través de ellas. Si la vergüenza me enfanga a mí, también tiene que enfangarlo a él. Busco palabras para despreciarlo, pero lejos de reconfortarme me apenan aún más. Si lo tacho de pusilánime, no me convierto en valiente. A mí tampoco me gustaría que casi me vomitaran en la boca.

Los objetos, en cambio, no ofrecen resistencia. Una vez envilecidos, los retiro, los cambio. Recupero algunos que había tenido antes. El desván es inmenso, pero finito. Empieza a agotarse.

Y, a pesar de todo, conservaré nuestras palabras inventadas, como guardaban las abuelas las cartas de los novios que se habían ido a América o a morir a alguna guerra. En vez de una cinta de raso celeste, las protegerá la clave del archivo encriptado con las iniciales PA. Sí, lo he llamado *«paraules d'amor»,* aunque me dé sonrojo.

# 35

Víspera. Estoy en el sillón orejero con un libro en las manos y las piernas cubiertas con una manta. Pasos en la escalera, en el recibidor, en el pasillo y mi hermana irrumpe en el salón.

—¡Qué frío hace aquí! ¿No has puesto la calefacción? —Se dirige a los radiadores—. ¿Ves? Lo tienes muy bajo. Acabarás pillando un resfriado. —Gira las ruedecillas y sube la temperatura. Se acomoda en el sofá—. Y con la humedad de esta ciudad... —Elisa golpea el asiento a su lado con la mano—. Ven, siéntate conmigo y pásame un poco de manta.

Apoyo un cojín contra el brazo del sofá y me tiendo con los pies sobre sus muslos. La manta que nos cubre a ambas es de color azul oscuro, un mar de lana en el que nadan peces anaranjados. Era de la casa de Palamós, la versión invernal de las toallas de playa que colgaban en los balcones de los apartamentos todo el verano.

—Me da pena que hayamos vendido la casa de Palamós —digo con los ojos cerrados.

—A mí no. ¿Para qué la queremos? A mí nunca me gustó ir y tú no puedes.

—Es verdad, la odiabas.

Sí, Elisa odiaba la casa de Palamós, la casa de todos los veranos. Odiaba las paredes blancas de las que colgaban cuadros de «amigos artistas», las macetas de terracota, las tumbonas a rayas, las piezas de cerámica que eran recuerdos de viajes. Odiaba el pino descomunal que había plantado el abuelo y empequeñecía el jardín

con su gigantismo. Odiaba los vestidos de mamá y los bermudas de papá. Odiaba las piernas y los brazos morenos de los amigos que los visitaban, sus risas, sus copas, sus conversaciones alrededor de la piscina, sus anécdotas. Odiaba la música que sonaba mientras bebían y la que cantaban cuando alguno se presentaba con una guitarra. Pero sobre todo odiaba que no se tomaran en serio su odio.

Mientras me frota los pies fríos bajo la manta azul, me acuerdo de unas vacaciones de Semana Santa. ¿Qué edad tendría Elisa? Quince o dieciséis años. Una tarde les lanzó una vehemente filípica a nuestros padres y al grupo de amigos reunidos alrededor de la piscina, reprochándoles su falta de compromiso político, su ociosidad, su vacuidad. Papá la reprendió en ese tono calmo que ponía frenética a mi hermana. ¿Por qué no podía levantarle la voz, como hacían otros padres? Entonces, una de las invitadas, una escultora, se levantó de la tumbona, se puso al lado de Elisa, le rodeó los hombros con un brazo largo y musculado y soltó con la voz pegajosa por las margaritas:

—Dejadla, es un derecho de la edad. Si con quince o dieciséis no puedes odiarlo todo, ¿cuándo?

—Muy cierto —respondió otro de los amigos, desparramado en la tumbona como si se estuviera deshaciendo.

—¿No fuimos nosotros también así? —La escultora la apretó con más fuerza.

El invitado desparramado alzó la copa.

—¡Viva el mal! ¡Viva el capital!

Esa cita burlona de un programa infantil arrancó a Elisa del abrazo de la escultora y propició que dejara de dirigirles la palabra a nuestros padres durante el resto de las vacaciones. Solo me hablaba a mí, que transmitía sus mensajes. «La voz de su amo», me llamaba papá, como siempre, sin levantar la voz.

—¡Qué pesado se me hacía el viaje! —dice Elisa.

—¿Te acuerdas de aquella vez?

—Claro.

—Dilo, dilo —susurra con los ojos cerrados.

—Dilo, dilo.

Elisa cierra también los ojos y ambas nos reencontramos en el mismo recuerdo.

Estamos sentadas en la parte trasera del coche, de camino a Palamós. Los carteles de la autovía van desgranando salidas como una cuenta atrás hacia las odiadas vacaciones de verano en la casa, siempre esa casa.

Cuando llegásemos, la cuidadora, a la que nuestros padres llamaban la *«masovera»,* ya habría limpiado y ventilado las habitaciones, las camas estarían hechas y la piscina llena. La nevera, en cambio, seguiría vacía. La compra siempre la hacían ellos, de esta manera anunciaban en el pueblo que ya estaban de vuelta, en la «torre».

«Dilo, dilo», me pidió Elisa en voz muy baja. Habíamos abandonado la autovía y circulábamos por una carretera que se ondulaba siguiendo la costa hasta la zona en la que se encontraba la casa. Como yo dudaba, me lo repitió. «Dilo, dilo.»

—Siempre hacía lo que me pedías —digo, y muevo el pie para que me frote en el tobillo.

—Eras mi cómplice.

—Tu pequeño gólem.

Me solté el cinturón de seguridad sin hacer ruido y asomé la cabeza entre los asientos.

—¿Cuánto falta?

—Muy poco —respondió papá.

Elisa me puso un dedo en la espalda. Presionaba ligeramente sobre una vértebra, que debía de ser la de la obediencia.

—¿Cuánto es muy poco? —insistí.

—Poco.

—¿Cuánto es poco?

—Poco es poco —dijo él con fastidio—. Échate para atrás. Pero ¿qué haces sin el cinturón?

Fingí forcejear con el mecanismo.

—Es que no sé ponerlo.

—Que te ayude tu hermana.

—No, tú —aniñé la voz.

Papá metió medio cuerpo entre los asientos, tiró del cinturón y lo ajustó en el enganche.

—Ya está. No era tan difícil, cuentista.

Al girarse para volver a su asiento, se desequilibró, golpeó en el brazo de mamá justo en una curva cerrada y le hizo dar un volantazo. El coche se salió del carril, se encaraba al quitamiedos, a los pinos que parecían pender de los barrancos, a las matas de genista que festoneaban el acantilado, al mar. Nosotras gritamos. Mamá recuperó en el último segundo el control del coche y volvimos a la carretera. Los ojos aterrorizados de papá habían visto lo que podía haber pasado. Mamá, impasible, nos dijo a los tres:

—¿Queréis hacer el favor de estaros quietos?

—Cuando mamá decía eso de «queréis hacer el favor de», era una orden indiscutible —se ríe Elisa.

—¿Quieres hacer el favor de recoger tu cuarto?

—¿Quieres hacer el favor de cerrar esa ventana?

—¿Quieres hacer el favor de acabarte el puré?

—¿Quieres hacer el favor de no dar portazos?

—¿Quieres hacer el favor de bajar la música?

—¿Quieres hacer el favor de apagar la luz?

Entreabro los ojos. Me ha parecido escuchar ruidos, golpes sordos, en la zona del pasillo.

—¿Qué era eso?

Mi hermana no responde, tiene la mirada perdida. Habrá sido un ruido de la calle.

—A mamá le encantaba conducir —dice.

—Es verdad.

Siempre le gustó conducir. Se sacó el carné a la primera, contaba, ansiosa de la libertad que le regalaba el volante. Había pasado tantas horas de su vida encerrada frente a un atril practicando y ensayando, que adoraba el aire libre, los espacios abiertos, los viajes, la velocidad, su Mercedes rojo. Conducía rápido.

—Era muy buena conductora —añado—. Papá, en cambio, lo odiaba.

Prefería sentarse en un vehículo, cualquier vehículo, y dejarse llevar. En el coche nunca se quejaba ni daba instrucciones. Miraba por la ventana y se quedaba prendado de algo que hubiera visto al pasar, una casa, el nombre de un pueblo, unas ruinas, un tractor arando un campo...

—¿Te acuerdas del viaje a Asturias? —le pregunto.

Papá había visto una vaca bicolor en un prado. Los cuartos traseros eran blancos y los delanteros marrones. Una media hora después se preguntó en voz alta si también habría vacas con una distribución vertical de los colores.

—Mamá le preguntó si todo el tiempo había estado rumiando sobre esa vaca.

—Y él dijo: «Sí. ¿Por qué no?».

Nos echamos a reír.

—¿Por qué fueron a Palamós ese día? —le pregunto. Sigo con los ojos cerrados.

Elisa, que sabe bien a qué día me refiero con «ese», se ha sobresaltado. Insisto.

—¿Por qué fueron? Ya habíamos cerrado la casa después de las vacaciones.

—Tal vez quedó algo pendiente.

—Lo habrían hecho antes de que mamá se fuera a tocar a Alemania, ¿no?

Abro los ojos y me incorporo. El perfil de Elisa es el de una estatua de sal.

—No sé. Igual los llamó la cuidadora de la casa.

—Pero es que es raro que...

—Déjalo. Están muertos. Llevan casi cinco años muertos.

—Pero ¿por qué?

—¡Yo qué sé!

—¿Tú no lo sabes?

—¿Por qué tendría que saberlo?

—Igual te dijeron algo.

—Ya te he dicho que no.

—¿Seguro?

—¿Qué quieres, Ana?

—Que me digas la verdad, si tú sabes por qué...

Elisa se levanta de un salto del sofá. Me mira desde arriba.

—¿Qué verdad, Ana? La única verdad es que se despeñaron y se mataron. Y que de eso hace casi cinco años. Y que tú y yo estamos así desde entonces. ¿Vale?

Agacho la cabeza. La última frase me ha cerrado la boca.

—Tengo que irme —dice Elisa—. Y tú tienes que tomarte tus medicamentos.

Se dirige a la cocina. La sigo. Elisa abre el pastillero rosa, controla que el compartimento de la mañana esté vacío y saca las de la noche.

—Toma.

# 36

Cojo las pastillas. Elisa no me quita ojo de encima. Está enfadada. Yo también, pero me lo callo, no quiero que se enoje más conmigo. Me tomo los medicamentos, apuro el vaso de agua y sonrío con cara de niña buena. Me devuelve la sonrisa, aunque niegue con la cabeza. La acompaño hasta la puerta de la escalera.

Se marcha y me deja sola con mi pregunta.

¿Por qué fueron esa tarde a Palamós?

¿Por qué se ha enfadado tanto por preguntárselo?

¿Me está ocultando algo?

Mi hermana ya está abajo, en su parte de la casa. He espiado sus pasos.

Cuando me separo del marco de la puerta, siento un frío súbito en la nuca, un aliento helado a mi espalda. No me atrevo a volverme. Escucho un burbujeo, como cuando alguien sopla por una cañita en un refresco. Es un burbujeo rítmico, una respiración bajo el agua. Agua de mar, porque huele a algas.

—Anita —oigo una voz de hombre a través de un gorgoteo de pulmones anegados.

Me giro. No hay nada. No hay nadie.

Corro al salón.

Allí me detengo en seco.

En medio del pasillo oscuro que lleva a mi habitación atisbo una silueta. No le distingo la cara porque tiene la cabeza caída sobre el pecho y el pelo le cubre el rostro, pero sé que es mamá.

# Segunda parte
# A menudo pienso que solo han salido, que pronto volverán a casa

# 37

Me despierto en medio de la oscuridad absoluta de mi habitación. Veo el pilotito rojo de la tele que me ayuda a reconstruir el espacio. A mi derecha, un rumor de tela. Hay alguien en el cuarto. ¿Ellos? Gimo.

—Soy yo, peque.

—¿Qué haces aquí?

—Velarte. Has tenido una crisis.

El silloncito cruje. Elisa se acerca a la cama y se tumba a mi lado.

—Duérmete otra vez. —Me abraza por encima de la colcha.

Me echo de lado y me pliego sobre mí misma, siento el abrazo de mi hermana, su cuerpo pegado a mi espalda. Me envuelve, no puede pasarme nada malo. Duermo.

Por la mañana lo sucedido me parece irreal. Elisa me pregunta qué ocurrió, por qué gritaba en el recibidor. Las imágenes de ayer no tienen consistencia, se emborronan cada vez que intento recuperarlas. Ante su mirada interrogante, acabo diciendo:

—Un ruido.

—¿En la casa? —se asusta.

Siempre fue algo miedosa. ¿Cómo le voy a contar mis visiones? La aterrorizaría con algo que ya no estoy segura de haber visto.

—En la calle —respondo.

—¿Tan grave fue?

—Me sobresaltó mucho, sí.

—Estás cansada. He hablado con la doctora Molina —dice entonces.

—¿Vendrá a verme?

—Si tú quieres...

—No hace falta.

Si le cuento a la doctora lo que he visto, oído, olido, tal vez se empeñe en ingresarme en alguna clínica.

—¿Qué ha dicho la doctora?

—Que tienes que descansar. Te ha cambiado un poco la medicación para las dos próximas semanas. Una cura de reposo. Yo me encargaré de que la hagas.

Ella lo hace todo.

# 38

Dos semanas de cura de reposo.

Dos semanas de neuronas flotando perezosas por los ríos pastosos que me recorren la cabeza.

Dos semanas de deseos que Elisa se afana en cumplir; dichosa cada vez que le pido cualquier cosa.

—Ya te lo busco yo.

Feliz de satisfacer cualquier necesidad.

—¿Quieres comer algo?

—¿Quieres leer un poco?

—¿Quieres escuchar música?

Le pido algo de Chaikovski.

—Ya te lo escojo yo.

Evita, por supuesto, el concierto para violín. Tampoco lo reclamo. Habría preferido algo más tontorrón, como el *Capricho italiano,* pero la quinta sinfonía, aunque extenuante, me parece bien.

Me deja a solas con la música, sentada muy firme y concentrada, como hago siempre, con los ojos cerrados. Los aprieto con fuerza cuando, durante el tercer movimiento, la habitación se enfría súbitamente y la inunda un olor a algas. Desaparece en el cuarto movimiento, pero no abro los ojos hasta el último compás. Estoy sola.

Después, con el beneplácito de Elisa, me acuesto un rato.

Por la noche le pido alguna historia.

—¿Cuál quieres?

—Una de las de mamá.

Mamá nos había contado muchos cuentos cuando éramos pequeñas. Mi favorito era la leyenda de la ejecución del capitán Klaus Störtebecker, el pirata más famoso y temido del mar del Norte. Esa historia era parte del escaso patrimonio que nos dejó el abuelo alemán de Hamburgo.

Elisa se sienta a los pies de la cama con las piernas cruzadas. La habitación solo está iluminada por la luz del pasillo, que entra por el hueco de la puerta entornada. No le veo la cara mientras narra las hazañas y leyendas del capitán pirata que podía beberse cuatro litros de vino de un solo trago y escapar siempre de las naves de la liga hanseática a bordo de su barco *Perro loco*. Hasta que lo capturaron y lo condenaron a muerte.

—En Hamburgo pusieron a Störtebecker y a su tripulación en fila para decapitarlos, entonces Störtebecker pidió una última merced: que indultaran a tantos hombres de la fila como su cuerpo sin cabeza pudiera rebasar caminando. ¡Zas! La cabeza cayó, y el cuerpo empezó a andar. Uno..., dos..., tres...

Como hacía mamá, Elisa va levantando dedos hasta mostrar las dos manos abiertas.

—Diez. Ahí su cuerpo se desplomó.

—¡Pobre, el once! —digo, como cuando me lo contaba mamá.

Una sombra cruza rauda por delante de la puerta y oscurece la habitación. Elisa sigue la dirección de mi mirada y se vuelve hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Tengo la boca seca. Le pediría algo de beber, pero me asusta que eso la espere fuera de la habitación.

—Te traeré un vaso de agua.

—¡No!

—Me parece que este relato no te ha sentado bien —dice abandonando la cama.

—La próxima vez cuenta hasta once —digo—. Algún día, el once se tiene que salvar.

Mi broma la tranquiliza.

Sale. Expectante, oigo sus pasos alejándose. No pasa nada. Vuelve con el vaso de agua. Espera a que acabe de beber para llevárselo. Cierra la puerta al salir. El somnífero que tomé antes de acostarme no tarda en arrastrarme. Pero, cuando me despierto por la mañana, estoy segura de que el roce de pasos que oí al otro lado de la puerta antes de dormirme no lo soñé.

# 39

Elisa también me hace compañía para ver películas o series. Se sienta a mi lado y me observa. No quiere que me altere, mientras los medicamentos van haciendo su trabajo. Yo suelo dormirme en algún momento. Entonces, ella se aparta, me tumba con suavidad en el sofá, me cubre con la manta azul. Apaga la tele. Continuaremos en otro momento.

—¿Hasta dónde recuerdas?

—No me acuerdo de nada.

—Pues la ponemos otra vez desde el principio.

—¿No te importa?

—¡Qué va! Me encanta esta peli —me miente.

Empezamos otra vez. Procuro no dormirme. Por Elisa, porque sé, sin mirarla, que mi hermana está más pendiente de mí que de lo que pasa en la pantalla.

—¿Tienes hambre? —pregunta cuando por fin aparecen los títulos de crédito.

—Un poco.

—¿Qué quieres?

Ya lo sabe. Todas las noches pido lo mismo para cenar, pero la conversación es parte del ritual de reposo.

—Sopa con pasta pequeña.

—¿Cuál te echo? Tengo pistones, maravilla, estrellitas...

—Letras.

—Ahora te la preparo.

Dos semanas de sopas para cenar, con la vista fija en el plato. ¿Qué saldrá hoy?

Porque, a pesar de que la escalera le da miedo, Elisa ha subido al desván y ha rescatado los platos soperos de cuando yo era pequeña y mala comedora, y mamá sacó estos platos hondos de la vajilla buena de la familia que estaba expuesta en un aparador. En el fondo de cada plato hay un dibujo diferente: pastores, campesinas, molineros..., rodeados de animalitos, patos, liebres, gatos; en el plato con un cazador se veía un jabalí oculto detrás de un matorral. Parecían platos diseñados expresamente para que los niños se acabaran la sopa. Los bordes con cenefas de plantas y flores azules, después una ancha parte lisa que servía tanto para que se pudiera admirar la blancura de la porcelana como para crear intriga.

—A ver qué dibujo nos va a salir hoy —decía mamá, como si no hubiera servido ella misma la sopa que lo cubría.

Yo me la comía como quien pasa con ansia las páginas de una novela de misterio.

Nunca rompí ninguno, para no darle la razón a la abuela, que miraba espantada cómo una niña comía sopa de letras en un plato de porcelana de Meissen del siglo XIX.

Durante dos semanas, Elisa me ha tenido hipnotizada con el humo de las sopas, que he engullido deseando llegar al fondo.

—A ver qué dibujo nos va a salir hoy.

Dos semanas así. Dos semanas de sopas, películas y beatitud química.

—La doctora Molina dice que toca ir volviendo —me explica Elisa.

Me va rebajando la medicación.

Volver. ¿Adónde? A lo de siempre. Otra vez. Una vez más.

# 40

El domingo por la tarde, Elisa sube con el pastillero de la semana próxima, el de plástico azul, un sonajero de veintiún compartimentos. En todos hay pastillas. Las del mediodía son vitaminas y minerales, un alfabeto entero corriendo por mi interior. Son de color amarillo y verde, alegres y prometedoras.

—¿Quién decide de qué color son los medicamentos?

En la cajita hay antidepresivos rosa salmón, ansiolíticos abombados como cochinillas albinas y, para dormir, pastillas rojas, pequeñas como chinches. Me pongo una pastilla de caparazón azulado en la palma de la mano. Un trago de agua y la empujo para que empiece a correr por mi cuerpo, por mis venas, hasta mi cerebro. Un insecto hercúleo empujando hediondas pelotas de miedo con sus patas forzudas.

Debería estar durmiendo. He adoptado la posición correcta, boca arriba, los brazos y las piernas ligeramente separados del cuerpo, pero el sopor, a pesar de que me he tomado la pastilla, no acaba de llegar.

Conjugaré. Elijo un verbo que no tenga aristas, un verbo sin jotas, consonantes dobles o irregularidades. El verbo «beber», con el sonido infantil e hipnótico de las bilabiales, siempre me ayuda.

Al llegar al pretérito indefinido, la cabeza se hunde en la almohada, los párpados me pesan tanto que no logro abrirlos cuando percibo un rumor cerca de la puerta. Pasos ligeros por el pasillo. ¿Son ellos?

El olor a mar inunda la habitación. No puedo moverme, el edredón me aplasta. Sé que están aquí, que me miran y que, a pesar de la oscuridad completa en mi cuarto, pueden verme.

—¿Qué queréis? —murmuro, o pienso que murmuro.

Y sigo sumergiéndome en el sueño en brazos del pretérito anterior, tan tierno y arcaico: «hubo bebido, hubimos bebido...».

# 41

La melodía dulzona y melancólica de Elgar suena en la radio del coche. Vamos de camino a Palamós.

—Dilo, dilo.

—¿Cuánto falta?

—Poco.

—¿Cuánto es poco?

—Poco es poco. ¿Qué haces sin cinturón?

—No sé ponérmelo, mamá.

—Que te lo ponga tu hermana.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—Ahí.

Señalo al frente, al punto en el que Elisa ha aparecido de repente en medio de la carretera.

Papá da un volantazo para esquivarla. El coche se desvía y rompe el quitamiedos. Volamos. Volamos sobre el precipicio. Volamos sobre pinos, matorrales de genista y rocas afiladas en una lenta parábola, interminable.

—¿Cuánto falta? ¿Cuánto falta? —gritan mis padres.

Seguimos volando. Rebasamos la tierra, rebasamos el agua más clara de la orilla, proyectamos un rectángulo sobre el agua oscura.

—¿Cuánto falta? ¿Cuánto falta? —me lo preguntan a mí.

—Muy poco —respondo.

El morro se está inclinando hacia abajo.

—¿Cuánto es muy poco? —chillan impacientes.

—Es ya.

El morro del coche toca por fin el agua. Nos hundimos.

Yo no. Como no llevaba puesto el cinturón, he salido despedida del coche, que se hunde a gran velocidad. Toca el fondo y suelta una gran burbuja de aire.

Meto la cabeza en el agua. Los veo.

Están atrapados en la carcasa del coche. La cabeza de mamá se apoya en el hombro de él y deja caer un hilo de sangre sobre su camisa clara. Ella ya está muerta; él necesita unos minutos todavía.

Me aproximo nadando con fuertes brazadas. El movimiento del agua hace que papá abra los ojos y me mire con fijeza mientras me acerco.

Llego hasta el coche y meto la cabeza por la ventanilla rota del conductor. Un jirón de metal me arranca algunos cabellos y me araña en la nuca.

—¿Qué haces aquí, hija? No es víspera.

—Déjame que te quite el cinturón.

—No vale la pena. Me estoy muriendo.

De todos modos, forcejeo con la hebilla.

—Haz el favor de dejar a tu padre en paz —me riñe mamá.

Intenta levantar la cabeza, pero no puede.

El agua se tiñe con el borbotón de sangre que le ha salido a mamá por la boca.

# 42

Me despierto gritando, pero enseguida me cubro la boca con las manos, no quiero que me oiga Elisa y suba. Me levanto y voy a la cocina caminando de puntillas, por si ella estuviera atenta a mis movimientos. Veo sobre la encimera el pastillero lleno de insectos de colores que se supone que trabajan para mí. Los miro con resentimiento. Han fracasado, me han dejado sola, a merced del agua de mis pesadillas.

—Estoy harta de vosotros.

Solo tomo un vaso de agua.

Después, en el salón, me pongo una película en blanco y negro, me envuelvo en la manta azul y me adormezco escuchando la bella voz de doblaje del feísimo Fred MacMurray: «No oía mis propios pasos: eran los de un hombre muerto».

Por la mañana no consigo concentrarme en el trabajo. Avanzo pesadamente por los párrafos, poniendo y quitando palabras como una adolescente que se cambiara la ropa mil veces, insegura, antes de salir de casa. Hay días en los que traducir es imposible, es una ilusión, un engaño. Las palabras se niegan a ser mis aliadas. Los sustantivos se vuelven porosos, los verbos medio paralíticos, los adjetivos y los adverbios pedazos sobados de plastilina llenos de pelusas y polvo.

Me llega el sonido del piano desde el piso de abajo. Elisa está haciendo dedos, llevaba días sin tocar.

Las dos lo estudiamos. Como el piano se quedó abajo, Elisa me ha ofrecido varias veces alquilar uno, pero yo no quiero tocarlo. A mí me gusta escuchar música, tararearla, bailarla. Eso me basta.

Vuelvo al trabajo. Leo en voz alta la frase que acabo de traducir. Me suena tan mal que el lápiz se me cae de la mano y golpea el papel. Las letras del texto saltan en el aire y vuelven a caer embarulladas; palabras, frases, párrafos convertidos en un amasijo de signos desconcertados.

Las palabras me están fallando. Será mejor que hoy no siga. Podría venirme el vértigo.

Abro la puerta de la escalera y dejo que el sonido del piano entre sin barreras. Ha dejado de hacer ejercicios, ahora empieza a tocar la *Fantasía en re menor* de Mozart.

Me siento en el sofá del salón a escucharla.

De pronto, un pinchazo en la nuca me hace saltar. Algo no está bien. Busco a mi alrededor y descubro que una de las fotos está movida. Choco con los ojos de papá y mamá. Están sentados en un café de la plaza Navona de Roma. Mamá, a la derecha, sostiene la tacita de expreso cerca de los labios, él posa ufano con un periódico italiano sobre el regazo, encarados hacia donde yo me encuentro. Me miran. Me exigen. Míranos. Míranos. ¿No lo ves?

Me acerco a la foto para devolverla a la posición correcta. Sus ojos no me sueltan.

¿No lo ves? ¿No lo ves?

¿Qué tengo que ver?

Levanto la foto.

Otro pinchazo en la nuca.

El dolor en la nuca.

Sí, lo veo.

El sueño de la noche vuelve con nitidez. La curva, la caída, los gritos, el impacto contra el agua, el hundimiento. Es mentira. Estaban mal sentados. Al revés. No conducía mamá. Con ella al volante no se hubieran despeñado. Pero papá era un conductor distraído, que tal vez se quedó prendado de una gaviota sobrevolando el mar, y la siguió con la vista, y con el volante.

Corro hasta la puerta abierta de la escalera.

—¿Quién conducía?

No hay respuesta, pero el piano deja de sonar.

—¿Quién conducía, Elisa?

Aunque no he atravesado la línea de seguridad, estoy algo mareada.

—¿Quién?

Pasos rápidos de Elisa, se detiene al pie de la escalera.

—¿Qué pasa?

—¿Quién conducía ese día?

—¡Qué más da!

—Entonces, dímelo.

Mi hermana sube la escalera a grandes zancadas.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿Por qué no quieres decírmelo?

No es necesario, en realidad.

—Conducía él, ¿verdad?

Los temblores me agitan el cuerpo, me falta el aire y las rodillas me flaquean. Ella intenta sostenerme.

—¡Déjame! ¡Quiero saberlo! Es mi derecho. ¿Por qué conducía papá?

—No lo sé.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Por qué me has mentido todos estos años?

—¿Cómo te atreves?

Nunca la he visto tan dolida e indignada. Me arrepiento de mis palabras.

Soy una desagradecida, soy una desgracia, una carga, un peso muerto, soy su carcelera, soy...

No puedo más.

Me dejo caer. Ella me sostiene y me lleva al sofá del salón. Sale y vuelve con un vaso de agua y una pastilla.

—Tómate esto.

—No hace falta, ya estoy mejor.

—Te ayudará a relajarte.

—No quiero relajarme.

—Como quieras. Te la dejo en la mesa de la cocina por si acaso. Me voy abajo. Tengo cosas que hacer. Si me necesitas, me llamas.

—Lo único que necesito es saber...

Se levanta y se va sin dejarme terminar la frase. Cierra la puerta de la escalera antes de bajar.

—... por qué nunca me has dicho que conducía papá —digo en voz baja.

La foto sigue torcida. Los labios de mamá para siempre a punto de tomar un sorbo de café. Papá con el mismo periódico italiano para la eternidad. ¿Por qué nunca me ha dicho que conducía él?

# 43

Elisa me castiga cada vez que repito la pregunta. Deja de hablarme, acaba lo que haya venido a hacer a mi piso y se va sin decir adiós. Está educándome, condicionándome como al perrito de Pávlov. No sé si soy el perrito más listo o el más tonto, porque llevamos así diez días y no lo está consiguiendo. Aunque esto me robe la poca conversación que tengo, no puedo evitarlo, la pregunta me arde en la lengua y tengo que dejarla salir para que no me abrase la boca.

Este mediodía se me ha escapado mientras ella sacaba la compra de la bolsa.

—¿Por qué no me dijiste que conducía papá?

Ha vaciado la bolsa en silencio y se ha marchado.

Regresa por la noche para ver una película, como si lo anterior no hubiera sucedido. Me perdona cada vez, me da una nueva oportunidad de callar.

Se sienta en su lado del sofá y me pasa el mando.

—Dale.

Lo del mando es cosa mía. También la elección de la película. Para hacer las paces, pongo *Rebecca*. A ella le gusta más que a mí y lo sabe.

Siempre hablamos cuando vemos películas, sobre escenas, los actores, la música.

—¡Qué desaforado! —dice Elisa cuando suena el tema principal, y lo canturrea haciendo amplios gestos con los brazos.

—Ya podría serlo un poco más la protagonista.

Nos reímos.

Llega la escena en que la señorita Danvers intenta persuadir a la señora de Winter para que salte por la ventana, observo de reojo la expresión concentrada de mi hermana. Absorta y tensa, parece verla por primera vez y temer que en esta ocasión sí se dé un desenlace fatal, como los niños que se asustan cuando el lobo está a punto de devorar a la protagonista, a pesar de que no admiten que los padres cambien una sola letra del cuento que les leen.

Y de pronto, algo me hace volver la cabeza hacia ella.

—¿Por qué no me dijiste que...?

No llego a terminar la pregunta. Se levanta y se marcha.

Acabo de ver la película por tozudez.

También por tozudez tiro por el desagüe de la cocina la pastilla que toca por las noches y que ella ha sacado del pastillero para que no la olvide. A ese escarabajo rosado le imagino el mismo recorrido que a las hormigas que se atreven a pasearse por mi fregadero. Los golpes en las cañerías le resquebrajarán el caparazón de excipiente; el agua y todas las porquerías líquidas en las que nadará en cuanto llegue a las cloacas se encargarán de disolverlo. De nada les servirá a los principios activos tener seis patitas forzudas, acabarán, si tienen suerte, en el estómago de una rata, que tendrá una muerte dulce. El agua arrastrará panza arriba a esa pobre Ofelia roedora por debajo de las calles de Barcelona rumbo a algún colector.

Me acuesto. Sin la muleta química, sé que me va a costar dormir, pero no es solo eso. La pregunta está atascada en mi interior, oprimiéndome la boca del estómago. Si no la dejo salir, no me dejará dormir. Tomo aire y digo:

—¿Por qué conducía papá?

Me siento mejor, pero no es suficiente.

—¿Por qué conducía papá?

Otra vez.

—¿Por qué conducía papá?

Tres veces. Como en los cuentos, como palabras mágicas. Que han tenido efecto, aunque yo no me lo había propuesto, porque, si bien sutiles, oigo pasos en el exterior. Se acercan a mi puerta. Contengo la respiración esperando el momento en que la abran. Pero pasan de largo. ¿Adónde van? Me parece que al despacho de papá. Me levanto de la cama, me acerco de puntillas a la puerta, toco el pomo. Está tan frío que aparto la mano. En ese momento oigo sonidos al otro lado de la puerta y doy un paso atrás. Apenas respiro cuando percibo roces en la madera. ¿Papá? ¿Es él? Me falta el valor para hacerle la pregunta. ¿Por qué conducías ese día? Si es ella, tampoco logro sacar las palabras. ¿Por qué no conducías tú?

Nada, ni un susurro sale de mi boca.

No sé cuánto tiempo permanezco de pie, descalza, pero un escalofrío me hace soltar un gemido, un sonido por fin. No puedo volver a la cama, necesito salir. Abro la puerta. Me asomo. El pasillo está desierto. Voy hasta la cocina, cojo una pastilla rosada del compartimento de mañana. Me cuesta beber porque los temblores me agitan todo el cuerpo. Vuelvo corriendo a mi dormitorio, enciendo la luz y cierro la puerta. Aunque me siento ridícula, abro los armarios y miro debajo de la cama. Verme a cuatro patas en el suelo me hace reír. Me incorporo, me meto en la cama y apago la luz. Oscuridad total. La lucecita roja del televisor a modo de faro lejano, el bicho rosa haciendo su trabajo. Duermo.

Por la mañana, la luz diurna me revela que los cuadros del pasillo están torcidos. Han sido ellos. ¿Es un mensaje? Estamos aquí. ¿Por

qué?

Los pongo todos rectos para que Elisa no los vea. Nunca creerá que los he movido yo y esa es la única explicación que podría darle.

Cuando sube, le cuento que tuve que coger una pastilla de otro compartimento porque la otra se me cayó al suelo.

—La tiré.

—¿La tiraste?

—No hay que comer cosas que han estado en el suelo —digo, imitando la voz de la abuela.

Se ríe, me dice que no pasa nada, que lo importante es que no descuide la medicación... Mientras asiento, tomo la decisión de no hacerlo. Si regresan, quiero estar despierta, quiero verlos. Certificación autóptica. ¡Qué cruel es la memoria de las palabras! ¿Por qué tenían que llenarme la boca de sabor a vómito justo ahora? ¿Por qué no se dejan borrar, enterrar, diluir? Me acuerdo de la rata Ofelia y me río por dentro. Mi hermana, que está recortando una pastilla del blíster, no se da cuenta de nada.

# 44

Llevo ya dos noches sin tomar la pastilla rosa. Ellos no han vuelto; por lo menos durante las largas horas en vela. Me cuesta dormir sin la ayuda del bicho rosado. Ya aprenderé. El cansancio acumulado es mi aliado. También conjugar verbos. E imaginar el camino de las ratas que voy matando. Una procesión subterránea de tres ratas flotando con sus pancitas claras hacia arriba, marcando la distancia entre ellas con sus tiesas colas rosadas. Trazo mentalmente su recorrido por las calles, cuyos nombres todavía recuerdo. Una procesión silenciosa entre el ruido blanco del agua.

La falta de sueño ralentiza mi trabajo, avanzo con lentitud por el libro que estoy traduciendo. Para que no se dé cuenta Elisa, falseo las cifras en mi libro de cuentas. Se me están acumulando demasiadas páginas pendientes; tendré que inventarme alguna indisposición para justificarlas.

Cuando sube a media tarde, me encuentra trabajando. Después de visitar a la abuela, ha pasado por una librería a recoger un libro que encargué. Le salgo al encuentro y coincidimos en el salón. Al verme, saca el libro del bolso y me lo entrega.

—Aquí lo tienes, *Hotel Savoy,* el libro de Joseph Roth en alemán.

Mantenemos la distancia de libro mientras yo le ofrezco.

—¿Quieres leerlo tú?

—Espero a que lo acabes.

—Es cortito. Te lo pasaré enseguida.

Nos sentamos.

Me pregunta por la traducción y yo le cuento algunas de las dificultades que me plantea. La noto malhumorada, está en guardia, las piernas tensas, dispuestas a saltar y sacarla de mi piso en cuanto se me ocurra tocar el tema del viaje a Palamós, pero hoy he pasado demasiadas horas a solas, no quiero que se vaya todavía.

—¿Cómo está la abuela? —digo por cambiar de tema.

Se sorprende. No suelo preguntar por ella; no me interesa, en realidad.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros.

—Pues está cada vez peor. Hay momentos en los que no me reconoce.

—Tal vez no le ha sentado bien irse de casa.

—¿Quieres que vuelva a traerla? —Los labios de Elisa son una línea horizontal, tensa y dura.

—No he dicho eso.

—Porque si quieres, la traigo y te encargo a ti la custodia.

—¿Qué te ha dado ahora?

—Quizás podríais compartir el piso. —Mira ostensivamente a su alrededor.

—¿Por qué me dices estas cosas?

—Porque a veces me canso.

—¿De mí?

Los ojos se me llenan de lágrimas. Elisa cambia de expresión.

—No. De ti nunca. Nunca. ¿Cómo puedes pensar algo así? Con lo que yo te quiero.

Se levanta. Rodea la mesa baja y me abraza.

Sé que debería dejarme ir, doblar la espalda, soltar el cuello sobre su hombro, pero estoy envarada. Elisa nota la tirantez, aparta

mi cuerpo como quien mueve un tablón y me busca los ojos. Lee lo que estoy reteniendo en la garganta, percibe mi esfuerzo por callar la pregunta prohibida. Me recompensa quedándose hasta la noche. Disfruto tanto de su compañía que me trago la pregunta cada vez que amaga con colárseme en la boca. ¡Qué listo eras, Pávlov! Lo que condiciona al perrito es el premio, no el castigo.

# 45

Por la noche, entro en el despacho de papá para buscar otro libro de Joseph Roth.

Al momento noto un golpe frío en la nuca, como cuando cae una última gota de agua de la ducha. Algo está mal. Me quedo parada en medio de la habitación, la recorro con los ojos hasta detenerme en el escritorio. Veo la pluma estilográfica en el lado izquierdo de la escribanía, como si la hubiera usado un zurdo. Mamá era zurda, pero nunca usaba estilográficas porque se ensuciaba el canto de la mano al pasarla por encima de la tinta fresca.

Me acerco al escritorio con paso decidido y devuelvo la pluma estilográfica a su lugar. A la derecha, paralela al vade verde.

Salgo caminando hacia atrás de la habitación, como si temiera o esperase que una mano invisible volviera a mover el objeto. La cabeza se me está enredando.

Pluma estilográfica.

Estilográfica. Curiosa palabra.

Entro en mi estudio. Aunque siento que arrastro una estela de aire frío a mi espalda, no me vuelvo, me dirijo al atril, paso las páginas del diccionario. ¿Qué significa «estilográfico»?

El diccionario no se moja, se remite a la etimología, una de esas ciencias perezosas que explican cosas *a posteriori,* solo para decir que proviene del latín *stilus:* «punzón para escribir», y del griego γραφικός: *-graphikós:* «relativo a la escritura».

No, no, no.

Mal, mal, mal.

El diccionario es tibio, cobardica, no me ayuda.

Tendría que decir que son plumas con un depósito de tinta en su interior, por lo que no hay que mojar el plumín en un tintero.

Estilográfica.

Estilo gráfica.

Es ti lo grá fi ca.

Estilo.

Gráfica.

Diferentes estilos gráficos.

Tiene un estilo muy gráfico.

¿Qué tiene eso que ver con una pluma estilográfica?

Basta de divagaciones.

Las palabras hay que pensarlas lo justo. Si hurgas mucho en ellas, se desmoronan como figuritas de arena húmeda. Y con ellas la realidad, a la que las une solo la frágil voluntad humana, el deseo de nombrar.

Estilográfica.

No debo despistarme con la palabra. Se trata de otra cosa.

Mamá no escribía con estilográfica. Los zurdos odian las estilográficas.

Los cuadros torcidos en el pasillo. ¿Hacia dónde apuntaban los marcos? Cierro los ojos y recuerdo cómo los moví para recolocarlos. Tuve que bajar el lado derecho, es decir, que apuntaban hacia la puerta del despacho de papá. Querían guiarme hasta esta pluma. Pero la pluma no es el objetivo. Es otra pista. Una pluma estilográfica colocada como si alguien hubiera escrito con la mano izquierda. Como si la hubiera usado mamá.

No entiendo. No entiendo nada.

Regreso al despacho. Desde la puerta observo que la pluma sigue en su lugar, en su posición.

No me atrevo a entrar, a coger el libro que había ido a buscar. Cierro la puerta y echo la llave.

# 46

En pocos días descubro que es más difícil esconder las preguntas que las respuestas. Tengo todos mis interrogantes pendientes ovillados en la garganta. Los contengo para no irritar a Elisa. Para no delatarme también. ¿Qué me quieren decir? ¿Por qué no han vuelto? ¿Porque no entiendo sus señales? Esquivo sus miradas en las fotos. No entro en el despacho de papá. Traduzco. Me obligo a concentrarme y logro, no solo recuperar el atraso, sino también adelantarme. Por si acaso, por si le llama la atención a Elisa, no lo consigno. Para la libreta de contabilidad soy una máquina metódica y regular.

Mientras tanto, los días pasan. Tac, tac, tac. Otra víspera precede al mal día. Tac, tac, tac.

Una vez más, Elisa entra en casa cargada con la compra, y sube con una bolsa a mi piso, donde yo la estoy esperando sin traspasar la línea de seguridad. Después nos dirigimos juntas a la cocina. Ella deposita la bolsa sobre la mesa.

—Aquí está. Todo lo que querías de la droguería para mañana.

Anuncia sonriente cada producto que saca. Yo los cojo uno a uno y explico en qué habitación voy a usarlos.

—La cera para el suelo del estudio de mamá, esto para...

Después los guardo en su sitio.

Después recorremos la casa. He dejado abierta la puerta del despacho de papá para evitar preguntas.

Después volvemos a la cocina. Ella controla las pastillas.

Después dobla la bolsa.

Después le pregunto qué flores les va a llevar este mes.

—Unas ramas con flores de cerezo.

—¡Qué bonitas!

Regresa por la noche para su control habitual. Ambas estamos vigilantes. Ella teme tal vez que repita la pregunta. Yo temo repetirla. Respiro aliviada cuando por fin baja.

Tengo que amputar una parte de mi ritual. En cuanto me acerco a la puerta del despacho de papá, me falta el valor para entrar a limpiar los globos terráqueos. Canturreo mientras cierro la puerta con llave. Si llega algún sonido desde el interior, no quiero oírlo.

Las noches de abril se van acortando. Amanecerá hacia las siete. Calculo que, si ralentizo otras tareas, podré llegar despierta.

Toca encerar el estudio de mamá. Ya he retirado las plantas y todos los obstáculos. Espero la media hora del secado de la cera, me pongo los auriculares inalámbricos, las zapatillas de pulir, y empieza el baile. Estoy girando sobre mí misma, cuando me parece atisbar un movimiento en la puerta. Me detengo abruptamente, me quito los auriculares.

—¿Eli?

Me acerco arrastrando los pies. Tengo todas las luces encendidas. Me asomo. Estoy sola.

Entro de nuevo. Me pongo los auriculares y vuelvo a mi baile. Suena una polca que sirve para repasar la zona de los zócalos.

Un, dos.

Un, dos.

Un, dos.

Un...

Otra vez el movimiento en la puerta.

Paro y me quedo con la vista fija en el hueco. Esta vez la veo. Una sombra cruza rauda por delante.

Son ellos, han vuelto.

Han venido a buscarme.

No.

—No.

No sé qué quieren.

—No sé qué queréis.

Pero no quiero ir con ellos al fondo del mar.

—No quiero...

La sombra cruza otra vez.

Tengo que seguir, el ritual es necesario para estar a salvo. Antes de cerrar los ojos, mido el espacio con la mirada. Después me ajusto los auriculares y, aunque siento que alguien me observa, sigo mi baile por la habitación. Un vals, otro vals, un minueto. Pero he calculado mal y en una vuelta choco contra el escritorio de mamá. Abro los ojos, me quito los auriculares, miro hacia la puerta. Nada.

El golpe ha abierto el cajón donde guardo las postales de mamá.

Voy a abrirlo del todo, pero noto algo detrás de mí, un aliento frío en la nuca. Escucho otra vez el burbujeo de unos pulmones anegados. Algo me roza el pelo, se acerca a mi oreja derecha.

—Anita —me susurra.

Empujo el cajón, salgo corriendo sin volverme y cierro la puerta con llave. Mañana tendré un moretón.

# 47

Espero en mi estudio a que Elisa vuelva del cementerio. Ansiosa, controlando el pánico para que no crea que lo que le voy a contar es fruto de una crisis. Repaso el modo de explicarle lo que está pasando, busco palabras que otorguen objetividad a lo que tengo que relatar. Tal vez mi hermana me riña, pero me he tomado un tranquilizante para no temblar cuando llegue el momento.

Enrocada tras mi escritorio, tengo el ordenador encendido, el libro que estoy traduciendo abierto sobre la mesa, el diccionario en el atril cubre el flanco derecho, los diccionarios alemanes, el izquierdo; lápices, bolígrafos y marcadores en formación.

Puerta. Pasos en los escalones. Respiro hondo, para tomar carrerilla. Voy a decirle por fin lo que está pasando, que ellos están aquí, que merodean por la casa y me dejan señales, que...

—Ana, mira lo que te he traído.

La voz cantarina me hace abandonar la fortaleza, me levanto y le salgo al encuentro. Elisa me sonríe tras dos ramas de cerezo en flor. Ha llorado.

—¿Dónde las ponemos?

—Espera —digo.

Subo al desván y busco un jarrón de estilo japonista que ya tuve unos meses atrás en el salón. Lo ponemos en la mesita baja entre los sofás. Nos sentamos cada una a un lado y nos miramos a través de las ramas y las flores. Elisa juguetea, te veo, no te veo. Me conmueve su esfuerzo por hacerme más llevadero el mal día. No le

diré nada. No hoy. Puedo esperar un día más. Hoy mi hermana se está sobreponiendo al dolor por mí, hoy es frágil. ¿Cómo voy a decirle que, mientras ella los visitaba en el cementerio, ellos estaban aquí, conmigo?

Cuando después hace su recorrido habitual por las habitaciones que se supone que he limpiado esta mañana, se sorprende de que el despacho y el estudio estén cerrados con llave.

—Había corriente de aire.

—¡Pues menudo vendaval!

Compongo mi mejor cara de hermana pequeña boba y la mantengo mientras abre la puerta del estudio. No se le escapa que las ventanas están cerradas y que no he recolocado las plantas en su lugar. Pongo la traducción como excusa para mi despiste. El escritorio de mamá me hace sentir el dolor del moratón que tengo en la cadera. Lo rodeo. El cajón que cerré de un golpe de terror anoche me atrae. Lo quiero. Es mi oportunidad. Aprovecho que Elisa está conmigo para sacarlo del mueble.

—¡Las postales de mamá! ¿Qué vas a hacer con ellas?

—Un álbum. O tal vez un registro.

—¡Cómo te gusta ordenar cosas!

Es día catorce, no nos vamos a hacer daño. Es el día que nos recuerda que solo nos tenemos a nosotras, que se marcharon y nos dejaron solas. El mal día es nuestra Navidad lúgubre. Paz, armonía, tralarí, tralará, tralarero.

Ya sola, me siento en el sofá con el cajón sobre las piernas y paso uno a uno los rectángulos de cartulina que tengo ordenados cronológicamente. Años de mensajes en bolígrafo azul. «Estoy en...»

«Hoy te escribo desde...» «Mira, ¡qué bonita es...!» «No hay tanta nieve como en la foto, pero...» «Esta es la fuente de...» «Te he comprado una sorpresa aquí.»

De pronto, sé que estoy buscando una postal en concreto, una de las últimas, que me envió desde Frankfurt en el invierno de 2021. La encuentro. Es la imagen de un cascanueces de Navidad, un soldadito de madera, firme en su uniforme rojo de húsar, mostrando, con dientes fieros, que está dispuesto a romper incluso las cáscaras más duras.

«Frankfurt, 18 de diciembre de 2021.» Mamá siempre escribía el lugar y la fecha.

«Hace mucho frío aquí, pero a la gente no le asusta y, tras las restricciones de la pandemia, están deseando volver a la vida. Se notaba esa emoción en el concierto de ayer. Solo dos más y ya vuelvo a casa. Te he comprado una cosita en el mercado de Navidad. Creo que te va a gustar. Besos, mamá.»

Una más entre las postales que nos enviaba, pero esta es diferente, está escrita a pluma. ¿Cómo no lo había recordado hasta este momento?

Se me acumulan las preguntas sin respuesta. ¿Por qué mamá usó una pluma para escribir una postal? ¿Por qué conducía papá el día en que se mataron? ¿Por qué fueron a Palamós? ¿Qué quieren decirme estas señales?

Hay una que es más urgente, cuya falta de respuesta me tortura. Cuando Elisa sube a media tarde con la ropa limpia, la asalto mientras estamos guardándola en el armario.

—¿Por qué no me dijiste que conducía papá?

Deja caer la blusa que tenía en las manos, me mira con rencor y da un paso para salir de la habitación. Me adelanto, salgo antes que ella y la precedo cruzando el pasillo, el salón hasta el recibidor.

Cierro la puerta de la escalera y pego la espalda a la madera. Ella se planta frente a mí.

—¿Por qué no me dijiste que conducía papá?

—¿Yo qué sé? Se me olvidó.

—¿Cómo se te pudo olvidar?

—Ana, quítate de la puerta.

—Entonces, dime la verdad.

—No me obligues a apartarte. Sabes que soy más fuerte que tú.

—¿Lo harías?

—¿Lo dudas?

No, después de la pétrea mirada que me dirige.

—¿Por qué haces esto? —pregunto.

—¿Qué? ¿Cuidarte? ¿Protegerte? ¿Mantenerte a salvo?

Me retiro. Ella abre y me dice sin volverse:

—No subiré después. No te olvides de tomarte las pastillas.

# 48

Eso es precisamente lo que no hago. Llevo ya bastantes días sin tomarme las pastillas de la noche, ni el somnífero rosado ni lo que sea la cápsula blanca que la acompaña en el pastillero. Ambas se van al desagüe. No sé qué les hará a las ratas la de color blanco, pero noche a noche añado cuentas en el rosario de Ofelias mientras reaprendo a dormir.

Todavía me cuesta. Conjugo verbos o cuento ratas flotantes invocando el adormecimiento. Con los brazos y las piernas algo separados del cuerpo floto como un chinche zapatero en la superficie del sueño. A veces me hundo; otras, solo me cubre una ligera capa de sopor.

Esta madrugada, mientras desciendo con lentitud, oigo pasos en la casa. Se acercan a mi puerta. Han vuelto.

Permanezco inmóvil, mientras algo roza la puerta, mientras baja la manija. El silencio convierte el ligero chirrido metálico en un estruendo. Como la oscuridad de mi dormitorio es completa, distingo que la puerta se abre unos centímetros. Sigo quieta, en mi posición de dormir. ¿Van a entrar? ¿Los dos? ¿Mamá? ¿Papá? De repente, tengo diez años otra vez. Mamá o papá entran para asegurarse de que estoy dormida y no leyendo a deshoras. Como sus pasos los anuncian, he apagado la lamparita, el libro está escondido debajo de la ropa de cama y yo simulo la respiración profunda del sueño. Esta vez también. Cierro los ojos y respiro honda y acompasadamente. La puerta vuelve a cerrarse. Se puede engañar a los fantasmas.

Los pasos se alejan.

Recupero mi edad y con ella surge la necesidad de verlos, de saber qué quieren decirme. Salto de la cama y me acerco de puntillas a la puerta. Me falla el valor cuando toco la manija. ¿Cómo serán? Regresan las imágenes de mis pesadillas. La cabellera de mamá agitándose en el agua, el cuerpo descarnado de papá recubierto de moluscos, el olor de yodo y algas podridas, sus voces burlonas... Pero las preguntas toman el poder. Quiero saber, necesito saber y creo que ellos tienen las respuestas. Un tirón, solo tengo que dar un tirón, abrir la puerta y salir.

En la penumbra del pasillo distingo una silueta. Grita al verme aparecer.

—¿No estabas durmiendo?

Enciendo la luz. Los cuadros del pasillo están torcidos.

—¿Por qué? —tartamudeo.

—Es que a veces me sacas de quicio, Anita.

Como la abuela cuando se enfadaba conmigo si yo no me esforzaba por salir de casa, Elisa mueve objetos porque sabe que me perturba.

Estoy atónita. Quiero echarla de mi piso, expulsarla escaleras abajo. ¿Cómo ha podido ser tan cruel? ¿Cómo ha sido capaz de hacerme esto? ¿Tan enfadada está conmigo? ¿Era necesario provocarme tanta inquietud? Se da cuenta.

—Lo siento, Ana. Perdona, no quería asustarte.

¿Qué pretendía, entonces?

Sigo sin saber qué decir.

—Solo quería tomarte un poco el pelo... como una válvula de escape... Es que a veces, no puedo con tanta presión y...

No la escucho. Los pasos nocturnos, los cuadros movidos, la pluma, ¿ha sido todo el resultado de una especie de broma

vengativa de mi hermana?

Abre los brazos buscando que me acerque.

—Venga, no te enfades conmigo.

—Vete.

Baja los brazos y compone una expresión de aceptación.

Se gira para ir al recibidor. La sigo, quiero cerciorarme de que se marcha. Al llegar a la puerta, se da la vuelta y me abraza por sorpresa.

—Perdona, Anita. Ha sido una estupidez. Se me ha ocurrido de golpe.

—Vale, pero ahora vete.

—Dime que me perdonas.

—Ya sabes que acabaré haciéndolo.

—No, ahora. De verdad, ha sido un pronto que me ha dado.

Estoy tan dolida, tan desconcertada, tan asustada. Quiero que me deje sola.

—Te perdono, pero vete.

—Algo es algo —quiere sonar aliviada, pero está al borde de las lágrimas.

Sale por fin. Cierro la puerta y echo la llave.

Elisa golpea.

—Lo acepto, Ana. Pero no dejes la llave puesta en la cerradura. Si te pasara algo, no podría entrar.

Obedezco. Siempre obedezco.

Y me pregunto, mientras vuelvo a mi habitación, si no lo hago guiada por el instinto de supervivencia. A cada paso crece un miedo hasta ahora desconocido, el miedo a mi hermana.

Cruzo el salón. Percibo una sombra de reojo. Mi reflejo en el espejo de la cómoda no está solo. A mi espalda asoma otra cabeza.

Doy un respingo. Ahora sé para qué era la pastilla blanca. Mañana volveré a tomármela y ellos se irán.

Elisa seguirá cuidándome, día a día. ¿Hasta cuándo? ¿Y si se cansa? ¿Qué me hará cuando vuelva a enfadarse conmigo por cualquier cosa? Ha sido cruel. Tal vez no fuera su intención, no lo sé, pero lo que ha hecho ha sido también una demostración de su poder, de su poder sobre mí. Me ha trastornado, me ha llenado la cabeza de absurdas imaginaciones, de fantasmas, de preguntas. Tengo miedo de Elisa.

# 49

—Lo siento mucho, Anita.

Se ha presentado con un regalo, un cuaderno de papel japonés, y una bolsa de palmeritas.

—De las que a ti te gustan, con los bordes tostaditos.

Presentes y diminutivos de mala conciencia. También lo hacía cuando yo era pequeña y me tomaba el pelo para dejar claro que ella era la mayor. Ocho años es mucha diferencia. Ocho años nos incluían en categorías diferentes. Conmigo siempre a la zaga. Ella era una niña; yo, un bebé. Cuando yo era una niña, ella era adolescente. Yo alcanzaba la adolescencia, ella era adulta. Una persecución imposible, solo coincidimos dos años en la misma década.

—¡Ocho años! Tía, tú eres un accidente.

Si alguien lo dejaba caer en el colegio, yo fingía no entenderlo.

—Nunca muestres que algo te duele. Es la primera regla de supervivencia —me enseñó Elisa.

Pero acabé contándoselo un día. Esperaba que se encarase a la compañera de clase que lo había soltado, esperaba incluso que le pegara. No sería la primera vez. Mi hermana sabía hacer de hermano también. Pero en esa ocasión se encogió de hombros.

—¡Qué va a saber esa criatura! No eres un accidente. Te tuvieron para mí. Pero no se lo digas nunca, no lo entenderán.

Tampoco yo lo entendí muy bien, me quedé prendida de la palabra «criatura», que le puso tentáculos, ojos saltones y lengua de

camaleón a aquella compañera. Y la advertencia de Elisa.

—Esto que te han dicho no se lo chives a mamá o a papá.

«Nunca muestres que algo te duele. Es la primera regla de supervivencia.»

Aplico la regla que ella misma me enseñó.

Después de rebuscar en la bolsa, me ofrece la palmera más tostada. La tomo porque, mientras la mordisqueo, evito preguntarle qué hacía tantas noches rondando por mi piso. Ya me sé la respuesta: velarte, para cuidarte, para protegerte. Si le cuento que sus pasos sonaban mojados, que las visitas nocturnas dejaban el aire impregnado de olor a mar estancado, tendré que admitir que no me tomo las pastillas. Se enfadará, porque su deber es cuidarme, velarme, protegerme, consultar con la doctora, darme pastillas e infusiones, llenarme de hormiguitas, cochinillas rosadas, escarabajos peloteros empujando bolas de miedo. No quiero oírlo.

—¿Quieres que te prepare un café o una infusión?

Le pido un café. Dice que lo hará descafeinado, que ya no son horas de cafeína. Sí, Elisa, lo que tú digas, Elisa.

Mientras está en la cocina, doy unos pasos por el salón. Entre las picaduras esparcidas por la superficie, veo mi imagen en el espejo de la cómoda. Los ojos de papá y mamá me siguen desde las fotos.

—No queríais decirme nada, ¿verdad? —les pregunto mientras me miran tomando café en la plaza Navona.

—¿Has dicho algo? —es la voz de Elisa desde la cocina.

—No. Era tos.

—A ver si te has resfriado. Después te tomaré la temperatura.

—No. Era tos sin más —procuro que no se me note la irritación.

Pone el molinillo de café en marcha.

Cojo la foto y la miro de cerca. ¡Qué felices se ven!

—Pero ¿por qué conducías tú, papá? —susurro antes de que se pare el molinillo y vuelva el silencio.

Fue él quien eligió las fotos que están repartidas por la habitación. Siempre sonrientes, cómplices. Los dos eran atractivos, pero estar juntos los hacía más bellos.

Los ojos se me van a la estantería en que guardo los álbumes de fotos y el libro de condolencias del entierro.

Me acuerdo, entonces, de la tarde de su último domingo. El accidente fue el sábado siguiente. Mamá había regresado de una gira por Alemania y Austria hacía dos días. Frankfurt había sido su última etapa. Mientras papá trabajaba en su despacho, mamá se había dejado caer en uno de los sofás del salón como si su cuerpo pesara más de lo habitual. Fumaba con la cabeza sobre el reposabrazos y los ojos cerrados. La mano iba del suelo, donde había puesto el cenicero, a la boca, y volvía al suelo; entonces soltaba el humo. Siempre igual, como una autómata.

Sentada en un sillón frente a ella, había dejado de pasar las hojas del libro que estaba leyendo, y seguía hipnotizada el movimiento rítmico. Deseaba que ella abriera los ojos y regresara, pero a la vez tenía miedo de que me mirase, como si pudiera ser otra persona la que retornara del lugar en el que estaba en ese momento.

Me sobresalté cuando, tras apagar el cigarrillo, me dijo, señalando la estantería de los álbumes de fotos:

—¿Me lo acercas?

A ella le gustaba contarnos las fotos. Quiénes aparecían, cuándo se tomó, qué pasó antes y después. La imagen que mirábamos

durante el relato se convertía en un fotograma detenido durante el pase de una película.

—El verde —precisó.

El verde.

Las fotos de mi infancia están recogidas en el álbum de color verde esmeralda, con unas letras doradas en las que se lee: ÁLBUM.

De pequeña ya me gustaban las letras en todas sus formas y me habría encantado que todos los objetos, como el álbum, llevaran su nombre escrito.

—El verde.

Mientras yo lo sacaba de la estantería, ella se incorporó para hacerme sitio a su lado. Puso el álbum sobre sus rodillas y pasó varias páginas hasta encontrar la foto que quería contarme ese día.

Había sido tomada en la clínica en la que nací. Aparecemos mi hermana y yo recién nacida. Ella tiene ocho años y me sostiene en brazos.

—¡Cómo os miráis!

No nos miramos. Es ella quien me mira a mí.

Mamá parecía ignorar que los bebés recién nacidos no miran, que apenas están acostumbrándose a la luz y aprendiendo a ver.

—Elisa vino con papá al hospital. Al verte dijo: «es mía», y te cogió así. Papá hizo la foto. Elisa se pasó mi embarazo diciéndome que quería una niña, que no quería un hermanito, que tenía que ser niña.

—¿Y si yo hubiera sido un niño?

—Te habría querido igual.

Papá apareció entonces en la puerta del salón. Desde su despacho llegaba una voz de hombre cantando. *«Alle gingen, Herz, zur Ruh.»* Hugo Wolf. Mamá se sobresaltó y cerró el álbum de golpe, como si nos hubiera pillado haciendo algo malo, y me aplastó el dedo entre las páginas. Papá la miraba de un modo extraño, como si estuviera a punto de echarse a llorar. No hablaban ni se movían. Yo parecía no existir; tampoco mi dedo prisionero en el álbum que mi madre apretaba con fuerza hasta que papá le hizo un gesto con la barbilla. Ella me puso el álbum sobre las rodillas y se levantó. Yo no saqué el dedo mientras mamá lo seguía y se marchaban al despacho. Odiaba cuando se hablaban con el pensamiento. Abrí el álbum. El dedo señalaba mi cara en la foto. «Es mía», decía la mirada de ocho años de mi hermana.

La misma que ahora me observa desde la puerta del salón. Lleva una bandeja con dos tazas de café. Me siento de nuevo frente a ella. Tomamos el café. Ella me mira, quiere irse perdonada. Así se lo doy a entender sonriendo, aceptando sus disculpas, escuchando lo que me cuenta de sus alumnos. Yo tengo la cabeza llena de música. «Todos duermen, coraçón. Todos duermen e vos non.»

Cuando Elisa se marcha, voy al estudio de mamá. Por primera vez en todos estos años me gustaría escuchar esta canción. ¿Qué versión? ¿La que me gustaba a mí, la de Schumann? ¿La que prefería mamá, la que sonaba ese día, la de Hugo Wolf? Las dos, quiero que me canten ambas versiones.

Abro la puerta unos centímetros y me detengo de golpe. Hay algo dentro, hay alguien dentro. No es Elisa, ella está abajo. Pero alguien se mueve dentro de la habitación, oigo sus pasos, pasos

húmedos. No me atrevo a abrir más la puerta, no sé si quiero ver. Se acerca.

—¿Mamá?

Un golpe de aire frío sale de la habitación. Cierro de golpe. Cierro con llave.

# 50

Pongo fin a la matanza de ratas, vuelvo a tomarme las pastillas de la noche. No quiero más pasos ni olores imaginarios en el aire. Tampoco verlos. Duermo.

Por la mañana, Elisa sube con un sobre grande.

—Lo ha traído un mensajero.

Deja el sobre encima de la mesita baja del salón. Son las galeradas de la traducción del viaje del peregrino alemán a Tierra Santa para una última lectura. Me acongoja quedarme a solas con ellas.

—¿Te ha dicho algo?

—¿Quién?

—El mensajero.

—Me ha pedido el número del carné. ¿Qué más me puede decir? Venga, te dejo con tu trabajo. No quiero entretenerte.

¿Por qué no? Ven, vuelve, entretenme, cuéntame algo, cualquier cosa. La puerta de la escalera se cierra.

Voy al despacho de papá a buscar un abrecartas. Un abrecartas de verdad, heredado de su abuelo, no un cuchillo de cocina pluriempleado. Las diferencias de clase también se manifiestan en la cantidad de objetos con funciones nimias que se tiene al alcance.

El abrecartas está en su lugar, la pluma también, nada se ha movido y no se va a mover. Todo fue una alucinación. Sin embargo, me apresuro a abandonar la habitación con el abrecartas. Y cierro con llave.

Cojo el sobre y lo llevo a mi despacho.

Leer el nombre de Manel me devuelve un sabor agrio a la boca. Al sacar las hojas, siento que el papel tiene un tacto ligeramente viscoso. No hay sentimiento más pringoso que la vergüenza. Me gustaría olvidarlo todo, borrarlo como se elimina una errata. Pero no puedo. Cada pasaje que repaso viene acompañado de fragmentos de nuestras conversaciones. Las palabras del peregrino alemán no refieren solo su viaje, muchas de ellas están teñidas por nuestras horas de trabajo en común, los comentarios, las risas y lo que pasó después.

Pero hay algo más. Algo que se superpone a los recuerdos, sean gratos o desagradables.

A medida que releo las páginas, se acentúa la impresión de que en ellas hay un mensaje oculto, un mensaje tan secreto que el autor lo dejó hace seiscientos años sin saberlo. Y ese mensaje es para mí. Solo para mis ojos. Nadie más que yo lo verá, nadie más que yo lo entenderá. Llego al final sin descubrirlo. Me río de mí misma. ¿Otra vez con esas tonterías?

Me impongo una sesión de ejercicio físico para recuperar el contacto con la realidad. Solo he tomado dos veces las pastillas blancas y parece que necesitan más tiempo para hacer efecto.

Una lectura más a la caza de erratas y daré la revisión por concluida. Acompaño al peregrino en su viaje, cruzo con él media Europa para tomar el barco, atravieso los desiertos de nuevo. Aunque me he propuesto leer con objetividad, la sensación de que tengo que ver algo más se agudiza, pero lo que sea está tan bien escondido que no lo veo.

—No lo ves porque no está —me digo en voz alta.

No está, no hay nada, y lo que no está no se puede ver.

Con todo, la sensación persiste. De repente, una certeza. Lo que busco, aunque me diga que no estoy buscando nada, no se encuentra en el texto, sino que se esconde entre los recovecos de las conversaciones con Manel.

Ahora sí dejo que me acompañe su voz mientras emprendo el peregrinaje una vez más, la última, me prometo. Me recreo en reliquias, paisajes, costumbres... La voz de Manel me lee el texto y me habla de los desiertos, de los animales más o menos fantásticos, de las ciudades, de las iglesias... Hasta que llegamos a la iglesia que el autor decía haber visitado a pesar de que había sido destruida años atrás.

De eso se trata. De lo que no está.

Una iglesia que no existía, descrita con detalle porque el peso de la autoridad y las expectativas de los lectores se impusieron sobre los ojos, sobre la certificación autóptica. Aparto de mí el bochorno con que se ha teñido esta expresión. No importa mi vergüenza, no se trata de eso. Se trata de que el autor miente y cree estar haciendo lo correcto, por lo menos, lo que se espera de él.

¿No es así como viaja la mayoría de la gente? Con una lista de las cosas que hay que ver; una lista de hitos, que, de no completarse, devalúa el viaje. «Queridos amigos: París es una maravilla. He subido a la Torre Eiffel, he visitado el Museo del Louvre, Notre-Dame, y he dado un paseo en barco por el Sena.» «Hola. Los campos de tulipanes en Holanda son espectaculares. Los molinos son preciosos. He comprado queso y mantequilla. Besos.» «¡Qué pasada Las Vegas! Hemos perdido algunos cuartos en un casino, pero no os asustéis, ya lo teníamos calculado. Por lo menos hemos visto cinco bodas en la capilla de Elvis.» Pero la gente ya no manda postales como estas.

Mamá sí.

# 51

Postales diarias de todos sus viajes.

Voy a mi estudio y me siento en el suelo con el cajón sobre las piernas cruzadas.

Mientras paso las postales y los programas de sus conciertos, que tengo ordenados por fechas, reconstruyo sus viajes.

De nuevo, me fijo en la postal con el cascanueces de madera, la que está escrita con una pluma estilográfica. Frankfurt, 18 de diciembre de 2021.

«Solo dos más y ya vuelvo a casa. Te he comprado una cosita en el mercado de Navidad. Creo que te va a gustar. Besos, mamá.»

Algo no encaja, no solo que la postal esté escrita con pluma. Hay algo en ella que no existió, como la iglesia del peregrino. Cojo el programa donde se anunciaba que mamá tocaría los conciertos para violín de Bach dentro de un ciclo de música barroca. Busco las fechas. Sus conciertos eran el diecisiete y el dieciocho de diciembre, solo dos actuaciones, no tres como dice en la postal.

¿Un error? Sería una explicación posible, pero no me vale. ¿Cómo iba a equivocarse mamá en el número de actuaciones? No, no era un error, mentía. ¿Por qué? ¿Para quedarse más tiempo en Frankfurt? ¿Por qué? Atropelladamente, como si le hubieran dado un empujón desde las bambalinas, entra en escena otra pregunta: ¿con quién? ¿Sería la persona que le prestó la pluma estilográfica? Con una persona que tal vez encontró divertido ver a una zurda intentando escribir sin mancharse las manos con la tinta.

Al salir de mi despacho, piso un charco delante de la puerta. Miro a mi alrededor. Al fondo del pasillo, al pie de la escalerilla que sube al desván distingo una silueta. Es ella. Tiene la cabeza gacha, el pelo le cuelga sobre la cara. Cierro los ojos y tanteo la pared buscando el interruptor. Enciendo la luz, abro los ojos. Estoy sola. El suelo está seco.

Necesito tranquilizarme. Vuelvo a entrar y busco el diccionario.

Otra vez cierro los ojos, abro el diccionario al azar y pongo el dedo sobre la página abierta. Miro. «Malaquita: Mineral de carbonato de cobre, de color verde, susceptible de pulimento, que suele emplearse para chapear objetos de ornamento.» La palabra es hermosa, un mineral disfrazado de diminutivo. La malaquita me baja el pulso, me tranquiliza el corazón. Corazón de malaquita. Estoy bien.

Pero por la noche, cuando estoy en la cama, oigo otra vez pasos. No es Elisa, no puede ser ella. Pasos mojados que recorren el pasillo y a veces se detienen delante de la puerta. Zapatos húmedos, como cuando una de esas lluvias furiosas que a veces caen sobre Barcelona me sorprendían en la calle y me empapaban el calzado. Pies mojados que se mueven por la casa, de una habitación a otra. Pasos de alguien que busca algo.

De pronto, detienen sus movimientos erráticos ante mi puerta. Después, un roce en la manija de la puerta. La habitación se llena de un olor dulce y amarillo. Genista. ¿Es papá? Papá adoraba las

flores amariposadas de la genista. Siempre que salíamos por la costa, volvíamos cargados de ramas para ponerlas en los jarrones. ¿Por qué no entra? Se habrá quedado ensimismado recordando tal vez una mata de genista al borde de la carretera. ¿Estaría festoneado de amarillo el acantilado por donde cayeron al agua? ¿Lo deslumbraron las flores? Entonces se oye un «crac», como cuando las vainas de la genista explotan para soltar las semillas, la señal de que se acabó el verano.

Crac. Crac. Crac.

Los pasos se alejan y no regresan más esta noche.

¿Qué quieren de mí?

# 52

Dejo pasar los días. Por primera vez espero la noche de la víspera con impaciencia. Finjo normalidad; me he vuelto una experta fingidora, hasta tal punto que a veces incluso me engaño a mí misma y creo que mis días son como antes, una anómala monotonía, porque también lo extraño puede devenir rutinario, más aún cuando no es opción, sino necesidad.

Víspera, por fin.

Elisa entra con la compra. De la puerta pasamos a la cocina. Bolsa sobre la mesa: cera para los suelos, gamuzas, limpiacristales...

Llevamos a cabo el recorrido habitual por la casa. Con ella al lado, abro la puerta del estudio de mamá y el despacho de papá. No pasa nada extraño. Pero cuando pasamos de nuevo por el salón, los veo a los dos reflejados en el espejo. Están sentados en el sofá ligeramente separados, como en un coche. Papá, en el lado del conductor. La cabeza de mamá cuelga de una forma poco natural. Por suerte, camino detrás de Elisa y ella no se ha percatado de mi sobresalto.

Se marcha, estoy convencida, sin haberme notado ningún rastro de inquietud.

Los padres que me visitan no vienen a protegerme, a cuidarme, sino a exigirme algo, aunque no entiendo qué. No se trata de la deuda eterna y difusa de los hijos hacia los padres.

Pero he tomado una decisión: hoy seré yo quien vaya a verlos para reclamar.

Por si me vigilan y tal vez adivinan mis intenciones, a lo largo del día sigo mis rutinas cotidianas estrictamente. Trabajo y después de cenar veo una película antigua, en blanco y negro. Después, ignoro las gamuzas, el limpiacristales, la cera para suelos, y me voy a dormir.

Mientras espero el sueño, recito como un mantra las preguntas que quiero hacerles. ¿Por qué ibais a Palamós? ¿Por qué conducías tú, papá? ¿De quién era la pluma estilográfica, mamá?

¿Por qué ibais a Palamós? ¿Por qué conducías tú, papá?

¿De quién era la pluma estilográfica, mamá?

¿Por qué conducías tú, papá?

# 53

Salto al agua desde una roca. En cuanto mi cuerpo se sumerge, veo caer a mi lado, como proyectiles, los cuerpos en blanco y negro de todos los actores muertos que aparecían en la película que he visto antes de acostarme, Bette Davis, Anne Baxter, George Sanders, Celeste Holm..., nadan a mi lado escoltándome hacia dos puntos luminosos que son los faros del coche hundido.

Me acerco con movimientos vigorosos. Me impele la urgencia. El agua podría borrarme las preguntas de la memoria. Llego al coche. Las ventanillas están cerradas. Doy unos golpecitos en la del conductor y mi padre la baja. Como si el coche hubiera estado insonorizado, deja salir las voces de una soprano y un barítono.

Está sonando el *lied* de Schumann en la radio. *Alle gingen, Herz, zur Ruh*. ¿Por qué precisamente este? Querría saberlo, pero tengo que hacerle tres preguntas, tres preguntas, solo tres, como los deseos de los cuentos, es todo lo que hoy se me va a conceder. No debo derrocharlas. Si consigo las respuestas, podré volver a la superficie. ¿Podré salir? ¿Podré salir de casa?

La cabeza de mamá se balancea al compás de la música, es un movimiento suave, pero el cuello se extiende en exceso. El pelo se mece en el agua, tiene un tono verdoso, me parece distinguir los ojos de algunos pececillos que se han hecho su casa allí.

Alguno de los actores muertos que me han acompañado hasta el coche empieza a tirarme de los pies con impaciencia. Entiendo. Se nos acaba el oxígeno, el tiempo. Me agarro al marco de la ventanilla

para meter la cabeza en el interior del coche. Tengo que hablar, aun a riesgo de gastar el poco aire que me queda. Una pregunta, por lo menos una. Pero en cuanto abro la boca, papá se lleva un dedo a los labios y me indica que mamá está escuchando música.

—¡A mamá le gustaba más la versión de Hugo Wolf! —protesto.

—A mí no. Shhhhhh.

El agua se llena de burbujitas.

—¿Por qué esta canción? —insisto.

—¿Qué haces aquí, hija? —pregunta papá.

—Vengo a salvaros.

—No. No es eso. Piensa. ¿Qué quieres?

Los tirones en los pies son más insistentes. Estoy agotando el aire. Papá también. Me queda oxígeno para dos sílabas.

—Salir.

Se acaba la pieza, el cuello de ella se dobla como un tallo quebrado. Vuelvo la vista hacia papá y veo una última burbuja de aire escapando de su boca.

Pero no he hecho mis preguntas. ¡Estúpida!

Me despierto con un peso sobre el esternón. Inhalo con fuerza, el aire entra muy despacio, casi líquido, me encharca los pulmones. Doy manotazos en la cama, para impulsarme hacia la superficie. A duras penas consigo tranquilizar mi cerebro para que no entre en pánico. Despacio, luchando contra la resistencia líquida, llego a la superficie de la conciencia. Estoy de vuelta.

# 54

Con el regreso llega el castigo.

La casa me castiga.

Las paredes, súbitamente finas como el papel, dejan que me ataquen los ruidos de la calle, que me acorralen los ladridos de los perros, los gritos de la gente. La lluvia tamborilea sobre los cristales con la insistencia taimada de los lobos de los cuentos. Dejadme entrar, cabritillas. Cabritilla, aquí estoy, voy a entrar. Me enterraría debajo del peso protector de la colcha, pero la aparto de mí de un manotazo. Pies al suelo. Resbalo. Las flores y las hojas de la alfombra están podridas y viscosas, las baldosas se han descompuesto en barro. Saltando sobre las puntas de los pies, llego a las ventanas. Tengo que abrirlas para alcanzar las contraventanas. El agua corre por la calzada, los coches salpican a los transeúntes. Los muros de la casa de enfrente están oscurecidos. Cierro las contraventanas, pero la madera amplia el ruido del repiqueteo. Cabritilla, aquí estoy, voy a entrar.

La cama será mi refugio, mi balsa de salvación, pero al volverme descubro que las sábanas están mojadas y frías. Si la casa no está dispuesta a protegerme, tengo que engañarla. Fingir, no mostrar miedo, como me enseñó Elisa. Comportarme como si hoy fuera un día normal.

Es que hoy es el mal día.

—Hoy es un mal día normal —la voz me sale pequeña, pero sale.

Muévete, me ordeno.

Aunque el suelo reblandecido se hunda a cada paso.

Muévete.

A pesar del sonido de olas rompiendo contra la puerta del despacho de papá.

Sigue, sigue. No hagas caso a las voces que cantan en el estudio de mamá; no hagas caso al movimiento de peces al otro lado de las ventanas del salón. Sigue, sigue.

Llego a la cocina. Apesta a pescado.

Ignóralo.

Finjo ser yo preparando un café. Finjo moler café como todos los días, sin percibir las sombras a mi espalda. Soy una actriz que pone la cafetera sobre el fogón y contempla, porque es lo más importante del mundo, cómo sube el café lentamente. Soy la actriz que no se va a girar para ver de dónde viene el borboteo tras ella que parece hacerle eco al de la cafetera, soy la actriz que llena la taza y decide que lo tomará sin leche por no ver qué se esconde en el interior palpitante de la nevera.

Muévete, le digo a la actriz.

Con la taza en la mano, como una ofrenda votiva a la normalidad, me dirijo a mi despacho. El pasillo está embarrado, cada paso es un esfuerzo por arrancar los pies, pero avanzo impasible, como si tampoco percibiera el sonido a mi espalda, una especie de masticación húmeda.

No, no me volveré.

La manija de la puerta de mi estudio está chorreando. Da igual, la agarro con fuerza.

¡Abre! Me ordeno.

Un olor intenso a sal y algas inunda el aire.

Entra.

La arena que cubre el suelo se apelmaza a cada paso. Dejo la taza sobre la mesa. Me siento y, al ponerle la mano encima, el ratón, blando y viscoso como una holoturia, escupe sus tripas. No dejo que la repugnancia me detenga, enciendo el ordenador. En cuanto la pantalla se ilumina, el ratón recupera su dureza bajo mi mano. La arena se escurre entre las junturas de las baldosas. El repiqueteo contra los cristales es solo lluvia.

Pero me quedaré aquí hasta que mi hermana regrese del cementerio.

# 55

—¿No has hecho limpieza esta mañana? —me pregunta Elisa al entrar en mi despacho.

—Prefería trabajar un poco.

Me mira con escepticismo.

—Ya lo haré esta tarde.

—Te noto rara. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—No es verdad. Estás extraña.

Mi hermana nunca me pregunta por mi estado, lo afirma.

—Estás cansada.

—Estás algo alterada.

—Tienes hambre.

—Has dormido poco.

—Se te ven los ojos enrojecidos.

Y me dice lo que tengo que.

—Tienes que comer.

—Tienes que acostarte antes.

—Tienes que hacer más pausas cuando trabajas.

—Tienes que tomarte una infusión.

No me deja en paz hasta que hago o prometo hacer lo que «tengo que».

Hoy tengo que tomarme una infusión.

—Se te ve algo fatigada.

Otra afirmación. No quiero que siga diciéndome cómo estoy o cómo tengo que estar. Me lo callo, no quiero ser ni parecer una desagradecida, no lo soy.

Sin embargo, me molesta que recorra las habitaciones como una gobernanta. ¿A qué se debe la inspección si ya le he dicho que no he limpiado?

—¿Por qué has cerrado el estudio de mamá con llave?

No espera respuesta, abre y entra. Yo me quedo en la puerta.

—Huele a cerrado. Hay que ventilar.

¿Qué dice? No huele a cerrado, huele a mar, a un mar estancado, a algas podridas y costras de sal. Están ahí escondidos. Ahora se escaparán y se meterán en otra habitación.

—Y hay que echar un poco de agua a estas pobres plantas.

Sale decidida y vuelve con la regadera metálica. Si se ha dado cuenta de que no me he movido del lugar, no lo comenta.

—Ven. Cortaremos algunas hojas secas.

Me enseña unas tijeras. Un recuerdo me hace doblar las manos como garras y rugir suave. Elisa lo oye y me sonríe.

—¿Te acuerdas? Diente de león.

Asiento. Mi cabeza pelona, la regañina, mis zarpas y el esfuerzo de mis padres por contener la risa.

—Pues, venga, diente de león, no te quedes ahí pasmada.

Tira de mí con sus palabras. Con ella aquí no me va a pasar nada, no me pueden hacer nada, aunque noto que están cerca. Tal vez tras las cortinas que ella ha echado a un lado; tal vez detrás de la puerta. O quizás ya están en el pasillo.

—Chica, no pongas esa cara.

Corta una larga hoja seca del helecho y se la pone en el pelo, como si fuera una pluma.

—¿Eres una india?

—No, mujer, una *flapper*.

Empieza a canturrear el vals de la suite de Shostakóvich. El vals de nuestro padre feliz porque mamá regresaba a casa. En la pared, nosotros cuatro, mis monigotes infantiles rodeados de un ostentoso marco rococó, sonreímos tomados de la mano.

Sin dejar de tatarear, Elisa ha ido a los cajones de los cedés y ha puesto el vals. Vuelve hacia mí, me coge de la mano y de la cintura, y empezamos a bailar. Un, dos, tres. Un, dos, tres. Giramos por la habitación. Ella sonríe con los ojos enrojecidos porque es el mal día y ha llorado en el cementerio, pero ahora me guía en el vals. Un, dos, tres. Un, dos, tres. En las vueltas distingo sus siluetas al lado de la puerta.

—Les he llevado rosas blancas —dice Elisa, mientras me levanta la mano para hacerme girar sobre mí misma.

—Quedarán muy elegantes con el vestido.

—¿Verdad que sí?

Acaba la música. Elisa aplaude a la orquesta. Yo los busco con la mirada, pero ya no están.

—Traigo más agua —dice ella, y sale con la pluma torcida balanceándosele en el pelo.

Me deja sola. Sigue sonando Shostakóvich, pero otra melodía empieza a superponerse. Una voz de hombre. Un, dos, tres. *«Alle gingen.»* Un, dos, tres. *«Herz, zur Ruh.»* Un, dos, tres. *«Alle schlafen.»* Un, dos, tres. La cacofonía de ambas músicas me eriza el vello. Apago el cedé y ambos sonidos cesan.

El cajón del que Elisa ha sacado el cedé sigue abierto. Distingo el lomo del cedé de *lieder* de Schumann que tanto me gustaba. En mi cabeza suenan las voces del dueto de Julia Várady y Dieter Fischer-Dieskau. Pero me voy de inmediato a la W.

Wolf.

Hugo Wolf me devuelve al último domingo, al álbum de fotos, al sobresalto de mamá cuando papá apareció súbitamente en el salón, a la expresión de rabia y desconsuelo de papá empujado por la voz que sonaba tras él. Un barítono cantaba el *lied* de Hugo Wolf. *Alle gingen, Herz, zur Ruh.* Encuentro el cedé. Los pasos de Elisa se acercan. Cojo el cedé, me lo meto en la cinturilla de los pantalones y lo cubro con la chaqueta.

—¿Quieres más música? —me pregunta al ver el otro cajón abierto.

—Podríamos ponerles a las plantas el *lied* de Wagner del invernadero.

—¡Qué depresión! Pobres.

Lo saco y elijo la tercera pieza.

Justo en el verso más patético y conmovedor: *«Ob umstrahlt von Licht und Glanze, / Unsre Heimat ist nicht hier!»,* «Aunque viviésemos entre una luz radiante, nuestro hogar no está aquí», terminamos de acicalar las plantas y regarlas. Esperamos con respeto a que termine la pieza. Después, me encargo yo de sacar el cedé, guardarlo y cerrar el cajón, donde ha quedado el hueco del que llevo escondido.

Elisa se marcha más tranquila. Volverá por la noche para saber qué tal he sobrellevado el día.

En cuanto me deja sola, cierro el estudio de mamá y el despacho de papá con llave. No saco el cedé hasta que estoy en mi cuarto.

Es una versión de 2019, interpretada por un barítono alemán, Michael Frenzel. Al abrir la cajita, descubro que el cedé está partido por la mitad y el cuadernillo mal encajado, con torpeza o con rabia.

Lo saco y lo hojeo. Hay una dedicatoria escrita a pluma: *«Die einsamen schlaflosen Nächte werden bald vorbei sein. Dein Michael»,* «Las noches solitarias de insomnio pronto pasarán. Tu Michael».

Mi cuerpo también va a partirse en dos mitades por dos urgencias: la que pide correr al ordenador a buscar imágenes y la voz de Michael Frenzel y la que quiere abrir el libro de condolencias que guardo al lado de los álbumes de fotos en el salón. Allí he visto ese nombre.

Corro hacia allí y, con el libro de condolencias sobre las rodillas, busco la música de Frenzel en el móvil. Suenan todavía las primeras notas del piano cuando encuentro su letra y su firma en el libro: *«Es konnte nicht sein»,* «No pudo ser».

Su voz emerge desde el móvil. Es la misma voz. La que provocó esa mirada de dolor en mi padre, la que asustó a mi madre, la que me dejó el dedo atrapado en el álbum de fotos.

«No pudo ser.»

¿Qué no pudo ser?

¿Tú qué crees?

Cojo el cedé roto. Veo una parte de mi cara reflejada en cada mitad. Entiendo por qué mamá mintió en la postal. ¿Era suya, mamá, era de ese Michael Frenzel la pluma con que escribiste a tus hijas? Lo entiendo todo, como hizo papá al poner el cedé, al descubrir la dedicatoria, al recordar cuántas veces escuchaba ella esa voz mientras estaba en casa. Imagino el crac al partirlo en dos. Crac, como las vainas de la genista cuando acaba el verano. Crac, como el cristal de la foto de bodas, cuando mamá, al salir corriendo del estudio donde se habían encerrado, la tiró al suelo en su huida precipitada escaleras abajo. Crac, como crujió uno de los arcos de

violín de mamá cuando papá lo quebró sobre su rodilla. Crac, como el cuello de mamá al romperse.

Crac. Crac. Crac. Todo roto.

De fondo, la voz de la abuela cizañeando: «Estás loquito por esa mujer». ¿Lo sabía?

No me encuentro bien, me duele la cabeza, me duelen las manos. Necesito dormir.

Escondo el cedé antes de llamar a Elisa. Nota enseguida que me sucede algo.

—Creo que tienes fiebre. Ya me parecía a mí que estabas rara. Estarás incubando algún virus.

Me prepara algo caliente para beber y se queda a mi lado tejiendo mientras dormito en el sofá.

—¿Qué es?

—Te estoy haciendo unos calcetines de lana para el próximo invierno.

Cierro los ojos. No quiero estar aquí el próximo invierno.

# 56

Como sabe que me gustan las películas antiguas, Elisa elige por la noche una en blanco y negro. Espero que los actores no vengan a visitarme en sueños, aunque, como ella me da algo fuerte para dormir, dudo que sueñe nada. Me acompaña hasta el dormitorio.

—Me quedo aquí hasta que te duermas.

Insisto en que no es necesario, pero se acomoda en el silloncito al lado de mi cama. Apaga la luz. Veo su cara pálida a la luz del libro electrónico que está leyendo, cierro los ojos y me duermo con el crujido del botón con que pasa las páginas.

Me despierto de madrugada en completa oscuridad. Oigo un rumor a mi derecha.

—¿Eli?

Se habrá quedado dormida.

—¿Eli?

—Anita —dice un gorgoteo.

El aire se humedece, me caen gotas saladas sobre la cara, me escuecen los ojos.

—¿Papá? ¿Qué hiciste?

—Anita.

Crac.

Vuelvo a despertarme.

# 57

—Eli.

—Dime.

—¿Estoy despierta?

Mi hermana se vuelve hacia mí sin bajar el libro que está leyendo. Yo hace rato que no paso una página.

—¿Qué tienes?

—Pensaba que me había dormido.

—Se te habría caído el libro de las manos —responde. Deja su libro sobre el brazo del sofá y me toca la frente.

—No pareces tener fiebre. ¿Qué te pasa?

—Es que me siento extraña, como si no acabara de despertarme.

—Tal vez algún medicamento tiene efectos secundarios.

—¿Estoy tomando algo nuevo?

—No.

—Entonces no puede ser.

«Igual es alguna de las infusiones», pienso, pero, ante su cara de preocupación, prefiero no decirlo. Tampoco le he contado lo que descubrí ayer, el mal día, aunque, quién sabe, tal vez sea eso lo que me está haciendo daño. No se lo voy a contagiar a ella, entonces.

Me recuesto en el sofá y pongo las piernas sobre sus muslos. Ella sigue leyendo mientras me frota los tobillos. Me adormezco. Al cabo de un rato, cuando se quiere levantar, me dice:

—¿Ves? Esta vez sí que estabas dormida.

—Y ahora estoy despierta.

—Exacto. Tengo que irme. Tengo clase.

Le digo que estaré bien, que solo estoy un poco densa.

—Vas algo atrasada con la nueva traducción.

—Solo un poco.

No hablamos de las galeradas del relato del peregrino alemán, que ella ya devolvió a la editorial con mis correcciones, y menos aún voy a revelarle el mensaje secreto que descubrí. Cada vez le oculto más cosas.

—Mañana iré a ver a la abuela.

Elisa es demasiado cumplidora; demasiado considerada con una mujer que no merece tanta atención, alguien que últimamente solo me vuelve a la cabeza relacionada con malos recuerdos.

«Estás loquito por esa mujer.»

«Cállate, abuela.»

Elisa cierra el libro y lo deja en la mesita baja para seguir cuando vuelva.

«Estás loquito por esa mujer.»

«Para, abuela.»

«Loquito, loquito.»

«Que te calles, abuela, o le diré a Eli que no vaya a verte.»

«Loquito.»

«Tú te lo has buscado.»

Aunque todavía me escuece la reacción tan extraña que tuvo la última vez, cuando está a punto de abandonar el salón, le pregunto:

—¿Cómo está la abuela?

Da un respingo, como si el pomo de la puerta le hubiera mordido.

—¿Por qué preguntas?

—Por saber —aparento no haber notado su sobresalto. Será mejor que no cumpla mi amenaza.

—Pues sigue igual. Ha perdido mucho. Hay días en los que no se entera de nada y tengo que explicarle quién soy. También se le olvida dónde está, o no reconoce a los cuidadores y a sus compañeros en la residencia, aunque se han hecho muy amigos...

Me explica qué come, qué actividades hace, cómo es su habitación. Nunca me había contado tanto. Tal vez quiera compensar su desabrida reacción en la ocasión anterior.

Vamos a la cocina.

—¿Te falta algo? —suena incómoda.

Reviso una de las alacenas y digo:

—Se me está acabando la pasta de sopa.

—Mañana te traigo.

Siento su alivio por el cambio de tema.

—No hay prisa. Me queda para una vez.

—Según el plan de comidas, después no toca hasta el jueves de la semana que viene.

—¿Te pregunta por mí?

—¿Quién? ¿La abuela? A veces..., a veces dice tu nombre. Ya te he contado que va a peor, que a veces no me reconoce ni a mí, y eso que me ve con cierta regularidad. ¿A qué viene este interés?

Me encojo de hombros. Entonces ella me cuenta que, hace unos días, uno de los residentes se cayó por el hueco de la escalera. Ahora, por su culpa, tendrán que poner redes entre los pisos, como en el hospital de Bellvitge, donde dicen que los pacientes terminales podían echar a volar en cualquier momento. Y sigue hablando y hablando...

Hasta que tiene que irse a dar clase.

# 58

Papá bailando. Papá esperándola. Valseando por las habitaciones cuando mamá volvía. Bailando feliz porque ella estaría otra vez en casa.

Un, dos, tres.

Pasillo arriba, pasillo abajo.

Papá canturreando. Na, na, naná.

Mamá mintiendo.

«Estás loquito por esa mujer.»

La voz de la abuela, burlona y resentida. ¿Lo sabía? ¿Sabía lo del otro? ¿Cómo?

La idea me sobreviene como un calambre. Podría llamarla.

Por precaución, me acerco a la puerta de la escalera y escucho. Elisa ya ha salido a dar clase.

No me permito dudar. Busco el número de la residencia. Llamo y pregunto por ella, la voz de mujer al otro lado de la línea quiere saber quién soy.

—Su nieta. Su otra nieta —añado, porque me parece que duda.

—Su otra nieta. Vale.

Hay algo parecido a un encogimiento de hombros en su voz. Después me pide que vuelva a llamar en unos diez minutos porque está en una sala de actividades y la tienen que ir a buscar. Me pasa otro número de teléfono, de un fijo.

—Es el de su habitación.

Me desagrada el tono en que me habla. Lo entiendo como un reproche porque no he ido a visitar a la abuela. La ignoro; no le voy a explicar cuáles son mis circunstancias.

—Llamo entonces en diez minutos.

Me quedo delante de la ventana que da a la cancela y vigilo la calle. ¿Y si Elisa percibe lo que estoy haciendo? ¿Y si ese instinto que la alerta cuando algo me sucede la hace regresar antes de hora?

Espero once minutos antes de volver a llamar. Otra persona, una cuidadora, me pone al teléfono con la abuela, que pasa de la hostilidad al ansia en dos preguntas:

—¿Qué quieres después de tanto tiempo? ¿Vas a venir a verme?

—Quería hablar contigo y vendré a verte en cuanto consiga salir.

—¿Aún sigues así?

El impulso de cortar la conversación es muy fuerte, pero mi necesidad de saber es más poderosa.

—Veo que tú tampoco has cambiado.

Entonces, súbitamente, se produce el milagro:

—Perdona, nena.

Nena. Con esta palabra vuelve a mí una que ya había olvidado:

—No pasa nada, abu...

Así la llamaba yo cuando era pequeña y aún le gustaba.

—Es que estoy muy sola aquí...

Un sollozo.

Ha apartado el teléfono. Me llegan sonidos que no logró identificar. Espero, temiendo que la cuidadora ande cerca y le quite el aparato al verla alterada. No digo nada, no quiero apremiarla, ser una voz de insecto saliendo del aparato. Espero con el teléfono apretado contra el oído y la mirada fija en la calle. Implorando en silencio a la abuela que regrese y a mi hermana que se demore.

Una respiración al otro lado de la línea. Está de nuevo conmigo.

—Muy sola, muy sola. Y mi nena no puede venir a verme.

—Pero iré —le digo, y en ese momento lo creo—. Y mientras tanto va Elisa...

—Ella no viene. Nunca ha venido.

—No digas eso, abuela. Va cada semana.

Elisa ya me advirtió de que a la abuela le fallaba la memoria y no la reconocía. ¿Cómo preguntarle, en su estado, si sabía que nuestra madre tenía un amante en Alemania? La llamada deviene cada vez más absurda.

—No viene. No viene. Me encerró aquí porque yo quería sacarte, porque quiero que seas libre. Y nunca más ha venido... Pero a mí nadie me hace caso. Soy una vieja a la que nadie hace caso.

—¿Qué dices, abu?

—Tampoco tu padre. Pobrecito, hijo mío.

Me gustaría cortar la llamada, pero no quiero ser tan cruel.

—No hables así de él, abu.

—Pobrecito, hijo mío —la voz le ha cambiado—. No debí burlarme, hijo. Las madres nunca deberíamos burlarnos de los hijos. Las madres debemos consolaros, aunque sepamos que os equivocáis. ¡Te lo dije tantas veces! Esa mujer no era para ti. Y ¿ves? Te engañó. Te lo dije. Te lo dije. Te lo dije. Esa mujer no es para ti. Pero tú estabas loquito por ella. Y ese día, cuando viniste a buscar consuelo, no debería habértelo dicho. No debería haberme burlado de ti. Pero es que te lo dije. Una y otra vez. Nunca me hacías caso. Tan enamorado. Siempre tan enamorado. No te dabas ni cuenta y hasta tu hija lo sabía. La grande. La nena no, pobrecita. Y a saber si esa era la primera vez. A saber, cuántos hubo antes. ¿Por qué no me hiciste caso? Te lo dije. Te lo dije. Te lo dije.

La abuela empieza a gritar, a gritarle a papá. Hasta que, por lo visto, alguien de la residencia, alarmado por sus alaridos, le quita el

teléfono de las manos. Ruidos confusos, voces y, finalmente, una cuidadora, la misma que me ha atendido, se pone al aparato.

—Lo siento. Parecía que estaba bien, de lo contrario, no se la habría puesto al teléfono.

—No pasa nada —dije, aunque acababa de pasar todo.

—Últimamente entra a menudo en bucle con lo de su hijo. Y pensé que hablar por fin con alguien de la familia la centraría. Es que se siente muy sola. Nadie ha venido nunca a visitarla y...

Apenas escucho lo que me dice a continuación, solo deseo que esta llamada acabe antes de que regrese mi hermana. Mi hermana que me ha mentido.

Cuando por fin puedo colgar, el estupor ha dejado paso a la rabia, a una furia encendida.

Tengo que tranquilizarme antes de que vuelva Elisa y me lo note.

Corro al diccionario, en busca de consuelo en la fría objetividad de las definiciones.

Se me van las manos a la palabra «accidente».

1) m. Suceso eventual que altera el orden regular de las cosas.

2) m. Suceso eventual o acción de que resulta daño involuntario para las personas o las cosas.

La segunda acepción contiene una palabra que hasta ahora no me había llamado la atención, pero que me perturba: «involuntario».

Mientras la miro con fijeza, las letras se agitan, se abomban. Las sílabas se separan, les salen seis patas, antenas, y empiezan a correr, haciendo eses por el texto; levantan y arrastran otras palabras, como cuando llevan gusanos muertos al hormiguero. Las aplasto con el dedo. La palabra muerta queda inmóvil sobre el papel,

que huele a ácido fórmico, acre y penetrante. La punta del dedo me arde ligeramente.

# 59

Ya pasó la hora de su visita matinal, pero Elisa no ha subido.

Ha sucedido alguna vez, se retrasa porque está enfadada conmigo. ¿Qué habré hecho en esta ocasión?

Abro la puerta de la escalera. No se oye nada abajo. Tal vez haya salido a hacer alguna compra. O ha ido a un museo, al cine. Pero en estos casos, siempre me avisa. Igual no me ha dicho nada porque está enfadada. Eso es.

Me acerco a la puerta.

—¿Eli?

Sé cosas y no puedo «desaberlas». El conocimiento no se borra a voluntad. Los objetos de la casa me lo recuerdan, la foto de bodas, la pluma de papá, el cedé partido en dos.

Me siento en mi despacho y pongo música en el móvil. Michael Frenzel. Esa es la voz de la que se enamoró mamá. En un pasaje donde hace una pausa y solo suena el piano, me entran las dudas. Tal vez lo he interpretado mal.

Me acerco otra vez a la escalera.

—¿Eli?

Espío a Michael Frenzel en internet, en su página web, en las redes. ¿Te acuerdas de ella, Michael Frenzel? ¿Por qué estás tan sonriente? ¿Con quién apareces en esta foto, Michael Frenzel? Le escribo mentalmente mensajes pidiéndole explicaciones, que, por supuesto, no voy a enviar. ¿Y si solo me lo estaba imaginando?

Leo y releo la dedicatoria en el cedé: *«Die einsamen schlaflosen Nächte werden bald vorbei sein. Dein Michael»,* «Las noches solitarias de insomnio pronto pasarán. Tu Michael». Sus palabras en el libro de condolencias: *«Es konnte nicht sein»,* «No pudo ser».

Con cada lectura encuentro nuevas interpretaciones. Maldigo el lenguaje natural con sus ambigüedades. Nada es unívoco, todo es interpretable, no nos podemos fiar de nada: la mirada, los recuerdos, los relatos, las palabras se convierten en arenas movedizas. No es posible detenerlos, fijarlos, congelarlos.

Vértigo.

¿Por qué no vuelve Elisa?

No me acerco a la puerta. Eli, Eli, Eli. ¿Dónde estás?

Los objetos me curan el vértigo. Ellos son inmutables. Tienen su lugar propio. Siempre son los mismos. Por eso no dejo que entren objetos nuevos en la casa. Nada. Nada cambia. Son sólidos, estables, fiables.

Son siempre los mismos.

Siempre, siempre, siempre.

Fijos, muertos, fosilizados.

Estoy harta de ellos. Estoy harta de que nada cambie. Estoy harta de que no suceda nada.

¿Dónde está Elisa?

Paso otra hora mirando por la ventana del salón, esperando que aparezca ante la cancela del jardín, pero no lo hace. ¿Significa que no ha salido o que no ha vuelto? No me atrevo a apartarme del puesto de observación por si justo me pierdo su llegada.

Pego la frente al cristal para que el frío me tranquilice.

Cuento hasta diez con los ojos cerrados. Cuando los abra, aparecerá.

Cuento hasta cien con los ojos cerrados. Cuando los abra, aparecerá.

No voy a contar hasta mil, pero tampoco aparece.

Voy a la puerta.

—¡Eli! ¿Estás en casa?

¿Le habrá pasado algo? ¿Y si no vuelve?

Cojo un libro y me siento al lado de la puerta abierta de la escalera. Desde mi posición oiré el chirrido de la cancela cuando regrese. Intento leer, pero no consigo concentrarme. Aguzo el oído. Nada. Abajo, el aire está inmóvil. Sin que me haya dado cuenta, he empezado a emitir un gemido quedo, de cachorrito abandonado. Me obligo a callar.

Me levanto porque he cogido frío y me duele la espalda.

—Eli —digo muy bajito, como hacía de pequeña para que me dejase estar en su habitación mientras estudiaba.

Me siento en el sofá y pongo la tele, pero me molestan y aturden las voces. Todo me da vueltas. Abro la ventana. El aire entra con el

canto de los pájaros. Poco después, los devora el chirrido de una sierra radial. Pasan dos mujeres riendo y un chico mirando un móvil. No es verdad que nada cambie. Fuera todo cambia, se mueve, se transforma, pero no por mí o lo que haya podido pasarme. El mundo se mueve conmigo o sin mí.

En algún momento se me agotará el desván.

La sierra se calla y reaparecen los pájaros. Virginia Woolf decía que escuchaba a los pájaros hablar en griego. ¡Menuda imbecilidad! Lo que yo entiendo cuando oigo a uno cantando sobre la rama de un árbol es: «Como te acerques a mi territorio, te reviento».

Yo no quiero salir para escuchar a los pájaros, quiero ver qué pasa en la esquina de donde proviene el sonido de la sierra radial, quiero tocar los cartelitos de colores de la frutería, quiero sentarme en un banco, uno de esos bancos absurdos encarados al tráfico, y ver pasar los autobuses. Mi primer día de calle será un paseo de jubilado, no el paseo de una privilegiada dama inglesa diciendo gilipolleces sobre pájaros.

Pero no saldré nunca y el próximo invierno estrenaré los calcetines que me ha tejido mi hermana. ¿Dónde está?

Eli, ven, ayúdame.

Se han encendido las farolas de la calle. Quedan pocos transeúntes. Me arranco del puesto de observación para ir a la puerta de la escalera. Me asomo. La planta baja está a oscuras. Asomo la cabeza y la llamo. No hay respuesta. No hay sonido alguno. No está.

—¡Eli! —grito.

De pronto, la casa se inunda de olor a mar estanco. El olor proviene del despacho, del estudio. ¿He cerrado las puertas? Da lo

mismo. Están fuera. Están ahí, en medio del pasillo oscuro. Cogidos de la mano. Papá en el lado del conductor. Mamá a su derecha, porque tiene que ser mamá, aunque no le veo la cara. La melena se la cubre, pero cuando da un paso hacia donde me encuentro, la cabeza se balancea, cuelga sin sostén del cuello roto. Se la levanta con la mano libre para poder mirarme. Me sonríe y, al entreabrir los labios, se le escapa un hilito de sangre. Se acercan. Están empapados. Papá me mira con los ojos turbios. Inspira y espira con un gorgoteo de pulmones anegados.

Retrocedo hasta el recibidor, retrocedo hasta la puerta, cruzo la línea de seguridad y el océano me cae encima, soy una anguila aplastada. El aire de los pulmones solo me permite gritar una vez.

# 60

«¿Por qué haces estas cosas? ¿Quieres irte? ¿De verdad? ¿De verdad quieres dejarme? Sal, ya verás lo que te espera afuera. Serás una masa viscosa despanzurrada sobre una acera.»

No sé quién me habla, pero me despierto.

Me molesta mi olor. Hiedo. Apesto a miedo.

—¿Cómo estás, Anita? —Mi hermana se encuentra al pie de la cama.

Han pasado cuatro días, pero no olvido.

No olvido lo que vi.

No olvido que de pronto se encendieron las luces de la planta baja y Elisa corrió escaleras arriba, me levantó y me metió en el recibidor.

No olvido, porque, aunque el terror me eclipsaba la mente, no me cegó lo suficiente como para no entender que todo ese tiempo había estado escondida abajo. Sin moverse, sin encender una sola luz, acechando, esperando un momento, justo ese momento, en el que me quebraría.

No olvido que lo hizo para castigarme.

—¿Por qué llamaste a la abuela? Me avisaron de la residencia. Dicen que la llamaste tú, que habló contigo, que quedó muy alterada, que tuvieron que sedarla. ¿Qué le dijiste?

—Nada. Solo le pregunté cómo estaba.

—No vuelvas a hacerlo.

—¿Por qué?

—No vuelvas a hacerlo.

—Vale. No lo haré más.

—Así me gusta, mi niña. No me des estos sobresaltos.

Me quiere otra vez. ¿Cómo era eso que rezaba la abuela? ¿De cuántas maneras se puede ofender a los dioses? De pensamiento, palabra, obra u omisión. Los dioses no dejan huecos.

—No lo haré más.

Me despierto en la oscuridad. Busco el piloto rojo.

No estoy sola.

—Vete, mamá.

Oigo un respingo.

Es mi hermana.

Siempre es mi hermana.

«Hasta tu hermana lo sabía.»

Ella lo sabía todo.

¿Cómo?

Mamá no se lo contaría.

Lo descubrió.

Lo descubrió como también lo he hecho yo.

—¿Qué haces aquí?

—Velarte, peque.

Mi hermana me pone muchos nombres. Tantos que a veces me parece que se le ha olvidado cómo me llamo. Mi nombre propio. Da igual, ninguno me lo he puesto yo misma. Ella tiene muchos nombres para mí. ¿O son tal vez adjetivos con los que me está determinando?

Tengo hambre y sueño. Ella me da de comer y me acuesta. Soy la niña, soy la peque. Solo tengo que comer y descansar.

Se sienta a mi lado en la cama y me agarra la mano derecha.

—No quiero que siempre tengas que andar cargando conmigo —le digo.

—No me molesta.

—Quizás podríamos contratar a alguien...

Mi hermana cierra los ojos como si acabara de encajar un duro golpe. Cuando vuelve a abrirlos, la voz le tiembla:

—¿Y qué haría yo entonces?

Es eso.

# 61

Subo al desván para trocar el cuadro flamenco del recibidor por un dibujo veneciano, tinta y papel azul. Me asomo a una de las ventanas. El mar ha desaparecido; se ha fundido con el horizonte. Estamos bajo el agua, estamos dentro del mar, por fin nos ha dado alcance. Tendremos que aprender a movernos más despacio, a quitarnos aristas para no oponer tanta resistencia al agua. Todo será lento, pero podremos dar volteretas y hacer tirabuzones como cuando íbamos a la piscina.

Una sombra cruza rauda por delante de la ventana del desván. De derecha a izquierda. Después de izquierda a derecha con un chillido. La tercera vez que pasa distingo que es una golondrina. Entiendo también que es todo una ilusión, que el mar solo está en mi cabeza.

No encuentro calma en ninguna actividad. Me siento en un sofá, abro un libro, intento avanzar unas páginas, pero las palabras y las frases se me resisten, se han vuelto correosas, los ojos no se deslizan por ellas. Pongo la tele. Zapeo de manera compulsiva, sin placer y apenas interés, como una jubilada ludópata ante la tragaperras del bar. No queda nada por limpiar, nada por recoger, ninguna planta por regar. No tengo correos por responder. No puedo

trabajar. Me levanto. Camino de habitación en habitación, de ventana en ventana.

Recuerdo esta sensación, ya la tuve hace años, poco después de lo que me pasó. Eran los medicamentos. ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué me están dando otra vez esas pastillas?

Cuando Elisa sube al mediodía, se da cuenta de mi intranquilidad. La afirma, como es su costumbre.

—Estás nerviosa.

¡Menuda novedad! Casi se me escapa. Pero no debo ser despectiva, desagradable, desagradecida.

—Te prepararé una infusión.

—No quiero ninguna de tus dichosas infusiones —me sale en un tono respondón, el mismo con que los niños rechazan enrabietados que les compren un helado, aunque lo estén deseando.

Pero mi hermana no capta el tono de pataleta.

—¿Por qué no quieres mis infusiones?

No es el malentendido, es el espanto que este le ha causado lo que despierta mi suspicacia. He disparado un dardo sin querer y he dado en una diana.

Tengo los sentidos agudizados por el nerviosismo. Puedo oler su miedo, el sudor inmediato tras el susto. Así deben de oler los ladrones cazados en pleno robo; así deben de oler los infieles confrontados a las fotos del detective; así huelen los mentirosos. Repito:

—No quiero ninguna de tus dichosas infusiones.

Lo primero que ella quiera negar será la verdad.

—¿Qué crees que...?

Frena a tiempo, casi a tiempo. La frase no es difícil de completar. Preferiría no hacerlo. Preferiría no añadir el final que ya tengo en la cabeza. Si lo digo, quedará para siempre. Si lo digo, lo negará, y sabrá que no la creo. No. Todavía no. No estoy preparada. Mejor callar. ¿Se habrá dado cuenta de que he entendido lo que casi se le escapa? ¿Se habrá dado cuenta de que estoy pensando que me intoxica con sus infusiones? Mejor callar.

Mejor que se vaya.

—¿No tienes nada que hacer? —digo con aspereza.

Con el brazo rígido de un robot, deja la taza sobre la encimera; está luchando por no hacerme nada, por no gritarme, por no insultarme, quizás por no golpearme. Cualquiera de estas cosas sería un gran fracaso de su misión como mi cuidadora, aunque en este momento me odia.

Vete, vete, vete, le suplicó mentalmente. Vete antes de que sea aún peor.

Pero no se mueve. Se empeña en quedarse para reparar lo que se ha quebrado, sin darse cuenta de que su presencia no hace más que ensanchar la brecha.

De pronto tengo miedo de que, si se va, cierre la puerta de mi piso con llave porque ya no confíe en el poder de retención de esta jaula con barrotes de miedos, cuidados, pastillas, infusiones...

—¿Lo sabe la doctora Molina? —pregunto.

—¿Qué?

—Lo de las infusiones.

—Claro.

—Me gustaría hablar con ella.

—¿Por qué?

—Porque es mi terapeuta.

Veo pánico en los ojos de mi hermana.

—¿No? —insisto.

Ella baja la mirada.

—¿Eli?

Hace un movimiento brusco con la mano y golpea el frutero. Cazo una manzana que estaba a punto de caer de la mesa. Una pera se queda dando vueltas como una peonza barrigona. Elisa se empeña en devolver las piezas a su posición original, como si fuera algo más que importante, trascendental. Su obstinación casi me conmueve; no debo dejar, sin embargo, que me desvíe de lo que quiero saber.

—Eli, ¿qué pasa?

—Nada. Es que estás muy rara —coloca la última pieza.

—¿Por qué no quieres que hable con la doctora?

Ha terminado de poner la fruta, no le queda más remedio que encararme. Nos miramos. Es ella y no lo es. Es Elisa, mi hermana escudo, mi hermana paraguas, mi hermana dique, mi hermana barrera. ¿Mi hermana carcelera?

—¿Qué pasa con la doctora Molina?

—Nada —más que voz, ha sido un golpe de aire.

Lanzo otro dardo a ciegas, temiendo la respuesta:

—¿Cuánto hace que la doctora Molina no sabe nada de mí?

Se muerde los labios.

—¿Cuánto, Eli? Habla, por favor.

—Desde que la despedí ese día que te maltrataba.

—¿Y quién me prescribe todos los medicamentos?

—Un amigo médico.

—No es posible.

—Cree que me trata a mí. Le cuento los síntomas y...

No visita a la abuela, no habla con la psiquiatra. Todo son mentiras.

—¿Das clases en una escuela de música?

—Sí. Eso sí.

La única verdad le da la fuerza para salir huyendo de mi piso. No cierra con llave porque olvida por completo cerrar la puerta.

# 62

Cierro yo. En el salón veo la labor de punto de Elisa sobre el sillón. No la ha olvidado, la ha dejado esperando que la tarde sea como las anteriores. Una más, idéntica a las anteriores y a las siguientes, otra vez, siempre igual. Eso sería todo. Día a día; mes a mes. Vísperas para mí; cementerio para ella. Mal día para las dos. Y vuelta a empezar. En una casa limpia y recogida, calentita en invierno; fresca en verano. Yo tengo un desván; tú, un jardín. ¿Cómo estás hoy, peque, chiqui, nena, Anita? Pirámides de naranjas y *mandrinas* en la cocina, cera para suelos y bayetas.

Pero el desván empieza a repetirse y el diccionario no es infinito.

Y, sobre todo, hoy no es un día normal.

Cojo la labor de Elisa, extraigo las agujas. El calcetín casi está listo. Me siento con él sobre el regazo. Elisa me imagina por la casa con los pies cubiertos de mullida angora granate. Tiro de la lana y deshago un punto. Siento en la boca el sabor de las infusiones. Tiro de nuevo. Saltan varios puntos. Pócimas para que tuviera dolor de estómago antes y después de las visitas. De otro tirón deshago varios centímetros. Brebajes para «calmarme», que me dejaban flotando en una densa nube sin miedo, pero también sin alegría. Casi sin darme cuenta he destejido la caña. ¿Qué puso en la taza para que vomitara cuando me visitó Manel? Tiro con rabia, desaparece el talón, desaparece el pie, acabo con la puntera.

—¿Por qué? —me pregunta Elisa al ver esa hemorragia granate sobre el sofá.

—No —respondo—. Dime tú, ¿por qué?

Sabe a qué me refiero. Y venía con la respuesta preparada:

—Porque tengo que protegerte. No puedo permitir que te pase nada. Aquí estás a salvo, estás segura. Yo te cuido.

—¿Por qué?

—Es mi deber. Soy tu hermana mayor. No tienes a nadie más.

Va hasta el sofá, busca el ovillo y empieza a enroscar la lana con la mirada fija en la bola, como si fuera un animalillo herido.

Su respuesta no me basta. Golpeo el ovillo, que cae al suelo y se aleja rodando.

—¿Por qué soy tu deber?

Pongo un pie sobre la bola de lana para impedir que Elisa trate de cogerla.

—Porque te quiero, ya lo sabes. Siempre te he querido y tengo que cuidarte y protegerte de todos los peligros que hay ahí afuera. En casa estás segura, yo me encargo de ello. Yo me encargo de todo.

Sigue sin ser suficiente. Ella lo sabe también.

—¿Por qué?

El rostro de Elisa se deforma de dolor, como si regurgitara un erizo cuando dice:

—Porque es culpa mía.

—¿Qué es culpa tuya?

—Todo.

Me siento a su lado. Con la cabeza gacha y los brazos cruzados sobre el pecho parece querer ovillarse, plegarse sobre sí misma y seguir guardando para sí lo que contiene ese «todo», pero no hemos

llegado hasta aquí para nada. Sé que ella estaría dispuesta a reanudar nuestra vida anterior, como si todo lo que nos hemos dicho en las últimas horas fuera un fragmento de texto erróneo que podemos borrar. Pero yo no lo acepto. Hemos empezado este capítulo y lo vamos a terminar.

—¿A qué te refieres?

—Lo tuyo... —balbucea.

—¿Qué culpa vas a tener tú de lo que me pasó? Si hay una causa directa, es el accidente de mamá y papá, porque...

Su cuerpo sufre una sacudida, sube las piernas al sofá, las rodea con los brazos y se echa a llorar. Intento abrazarla, pero me aparta con violencia. Replegada sobre sí misma, llora espasmódicamente, mientras yo permanezco fuera, tensa, esperando un momento para romper la barrera.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

El llanto remite, pero no me atrevo a tocarla todavía.

—No fue un accidente. Yo los maté —dice finalmente desde el interior del caparazón—. Yo te dejé huérfana.

En momentos de absoluto pasmo, cuando la parálisis bloquea cualquier reacción, sale en nuestro auxilio alguno de los personajes que nos habitan; en mi caso, es la traductora meticulosa y pedante, que emerge y corrige sin miramientos.

—Nos dejaste.

Un comentario inapropiado, estúpido, si se quiere, que con su impertinencia rompe todos los muros. Elisa levanta la cabeza, me mira parpadeando incrédula.

—¿Qué pasa, Elisa? ¿Por qué dices eso?

—Es que por casualidad descubrí algo. Algo de mamá.

Parece que quiere volver a esconderse. No, ahora no. Estamos demasiado cerca de terminar este párrafo, quedan pocos para llegar

al final del capítulo.

—¿Qué? —pregunto, aunque ya lo imagino.

—Es que no sé si debes saberlo.

—Tengo que saberlo.

—Descubrí que mamá tenía un amante. En Alemania...

No puede seguir. Espero. Tiene los dedos blancos de apretar las rodillas con fuerza.

—Un cantante...

Se detiene otra vez. Flojea. No es eso lo que me tiene que decir.

—Lo sé, lo sé. Un barítono. Pero ¿por qué dices que los mataste tú?

—¿Lo sabes?

No quiero que me pregunte cómo lo he averiguado. No tiene importancia. Ante un por qué, tienen que apartarse todos los cómo. Tampoco me interesa de qué modo se enteró ella.

—¿Qué paso, Eli?

—Se lo dije a papá —su voz parece salir a través de un papel esmerilado.

—¿A papá? ¿Por qué lo hiciste?

—Porque mamá nos iba a dejar, se iba a marchar con el otro y pensé que, si papá lo sabía, porque no tenía ni idea, el pobre, podría hacer algo. Ha sido todo culpa mía. Lo siento, lo siento tanto.

Se echa a llorar a cara descubierta. Me gustaría abrazarla, consolarla, pero me quedo clavada. Me rompe su llanto, su desconsuelo; solo tendría que acercarme, pasarle un brazo por los hombros para confortarla, acariciarle el pelo... Sin embargo, falta algo, falta la última pieza. Tengo que esperar, tengo que aguantar, aunque se me esté contagiando su llanto.

Hasta que Elisa suelta, por fin:

—Fue mi culpa. No me podía imaginar que haría eso.

Eso.

No tenemos ni queremos otra palabra.

Eso. Lo que hizo papá.

Palabras baúl para que las llenemos nosotras. Yo, con mis sospechas confirmadas; ella, con su culpa.

Eso. Es la última palabra del capítulo. Eso.

# 63

Ahora sé.

Es el momento de acabar con todo esto.

Me levanto.

—¿Adónde vas?

—A la calle.

—No puedes —dice, ronca.

Quiero salir y voy a salir.

Avanzo unos pasos hacia el recibidor.

—No puedes —la voz se le ha endurecido.

Me vuelvo para mirarla. Se seca las lágrimas en dos movimientos bruscos. Los ojos rojos me miran retándome; respondo acercándome al recibidor.

—¿Adónde vas?

He llegado a la puerta.

Elisa me sigue.

—¿Adónde te crees que vas?

Su soberbia me empuja.

—¿Que adónde vas, te digo?

Burla. Otro empellón; otro paso.

—¿No irás a salir?

Desconcierto. Todo esto me espolea.

Vuelve a hablar, hermana. Empújame, hermana.

—¡No abras la puerta!

Lo hago.

—¡Para!

Respiro hondo. Cruzo la línea de seguridad. Los pulmones se me llenan de agua. Espiro.

Doy un paso en el rellano muy lentamente, tengo pies de buzo. Otro paso mientras el agua entra y sale de mis pulmones. El peso del mar quiere aplastarme, pero sigo en pie. Uno más y llego a la barandilla.

El primer tramo de la escalera se mueve como un acordeón; el segundo no llego a verlo.

—¡Para!

¡Está tan hondo! Me voy a caer. Ojalá me cayera, así todo iría más rápido. Los pies se han movido solos y están sobre el primer escalón. Unas garras se cierran alrededor de mis tobillos, pero consigo bajar otro escalón. Me atrevo entonces a mirar a la izquierda, al pie de la escalera. Ahí debería haber un vestíbulo, pero no lo distingo. Veo una luz ondulante bajo el agua. Atraída por ella, he bajado otro escalón sin darme cuenta. No siento los pies, las manos me aprietan con tanta fuerza los tobillos que los dedos deben de estar azules. Tendrán que amputármelos. Tendré pies de china. Emito un sonido que podría ser una risa, me sale un borbotón de agua de la boca y bajo dos escalones.

Reconozco las luces del vestíbulo: son los faros del coche sumergido. Allí están también ellos, me miran. Papá en el lado del conductor; mamá a su lado. Son los mismos padres que me visitaban, pero no me dan miedo. Él me habla con la voz llena de burbujas.

«Sigue, hija, sigue.»

Mi hermana grita.

—¡Para! ¡Para, te digo!

Otro escalón.

«Muy bien, hija.»

Aunque los escalones se mueven como si el acordeonista se hubiera vuelto loco, desciendo uno más. A cada escalón, la presión del agua aumenta. Las vértebras se apelmazan; mi columna es una vara que puede quebrarse en cualquier momento.

Papá mueve una mano, llamándome.

«Sigue, hija, sigue.»

—No me dejes, Anita. No te vayas.

Es mamá, entonces, quien habla.

«Haz el favor de avanzar, Ana.»

Los pececillos que habitan su pelo salen nadando despavoridos.

«Sí, mamá.»

Alcanzo el rellano. Los muslos me duelen de tanto temblar. Las rodillas se han vuelto de goma, las pantorrillas se han agarrotado. Los pies llevan varios escalones muertos. Solo los brazos conservan fuerza. Si esto fuera un sueño, podría tirarme de cabeza y llegar al final buceando.

—¡Vuelve, Ana! ¡No puedes irte! ¡No puedes dejarme aquí!

Estoy a punto de doblarme; si lo hago, me romperé. Podría dar media vuelta y todo este horror cesaría, el dolor, la asfixia, la presión que me va a reventar.

Me estoy quedando sin fuerzas.

—Por favor, Eli, ayúdame.

No puedo más.

—Por favor, Eli.

Siento su mano en la cintura. Me sostiene. Cierro los ojos. Iré a donde ella me lleve. Me baja casi en volandas, escalón a escalón, hasta el vestíbulo. Abro los ojos; ellos ya no están. Seguimos paso a paso hasta la calle.

Respiro.

# AGRADECIMIENTOS

A Klaus, por todo.

A mi editor, Juan Cerezo, por creer en esta novela y enriquecerla con tanta sabiduría.

A mi editora, Christina Sánchez, por un buen hacer y una agudeza que consiguen que revisar un texto sea un verdadero placer.

A Ella Sher, más que agente, compañera de viaje, que no solo es una exigente lectora, sino un apoyo en los innumerables momentos de duda.

A mis amigas Ana, Alessandra, Angélica, Assum, Kasia, Marina, Melba, Pilar, Társila. Ellas saben.

A Toni Hill, por las charlas y cañas compartidas.

A todo el equipo de Tusquets, que tanto cuida y mima mis libros.

Gracias.

*Todos duermen*
Rosa Ribas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Fotografía de la cubierta: © Magdalena Russocka / Trevillion Images

© Rosa Ribas, 2026
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-1107-819-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta